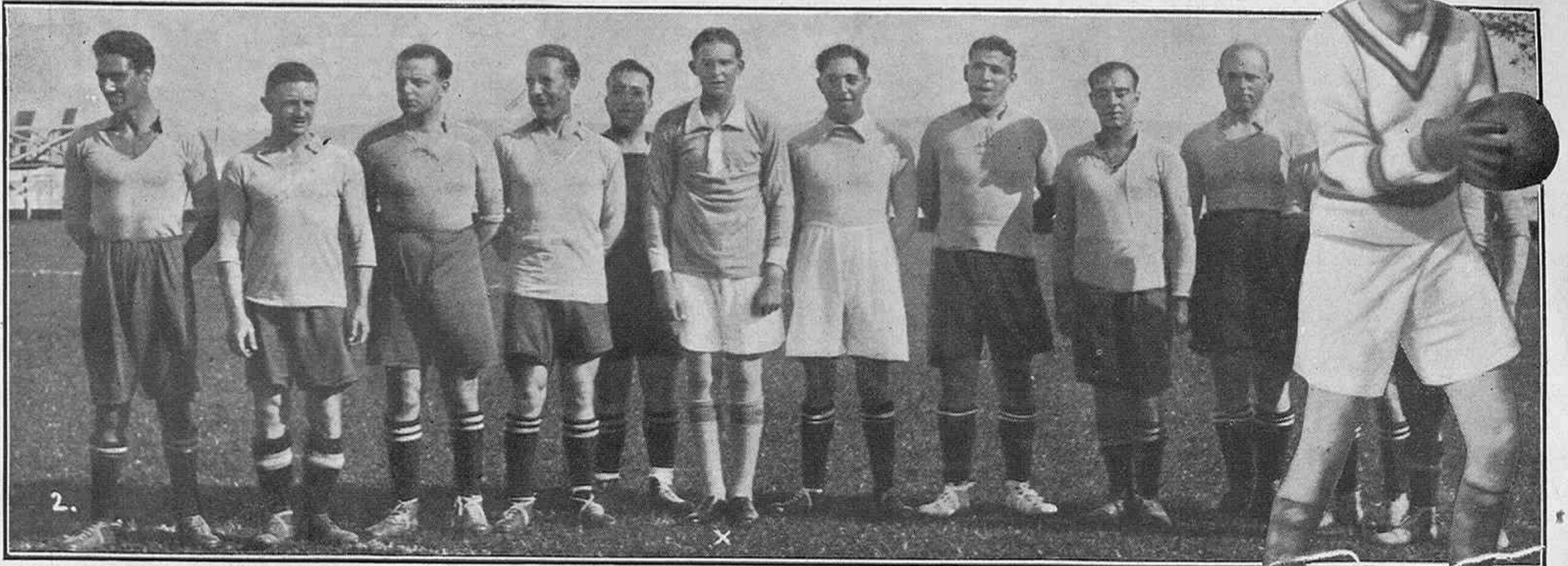


UNA GRAN FIGURA DE LA AERONAUTICA MUNDIAL

El ingeniero Ludwig Dürck, de la Casa Zeppelin, principal auxiliar del doctor Eckener en la construcción del dirigible *Graf-Zeppelin* que acaba de batir todos los «records» de vuelo y de permanencia en el aire con su viaje de 70.000 kilómetros en torno del mundo, viaje llevado á cabo con absoluta regularidad y dominio completo de los elementos, en menos de trescienta horas. El ingeniero Ludwig Dürck colabora también como primer técnico á las órdenes del doctor Eckener, en la construcción del nuevo dirigible, mucho mayor y de más poder que el *Graf-Zeppelin*, que prepara la célebre Casa alemana

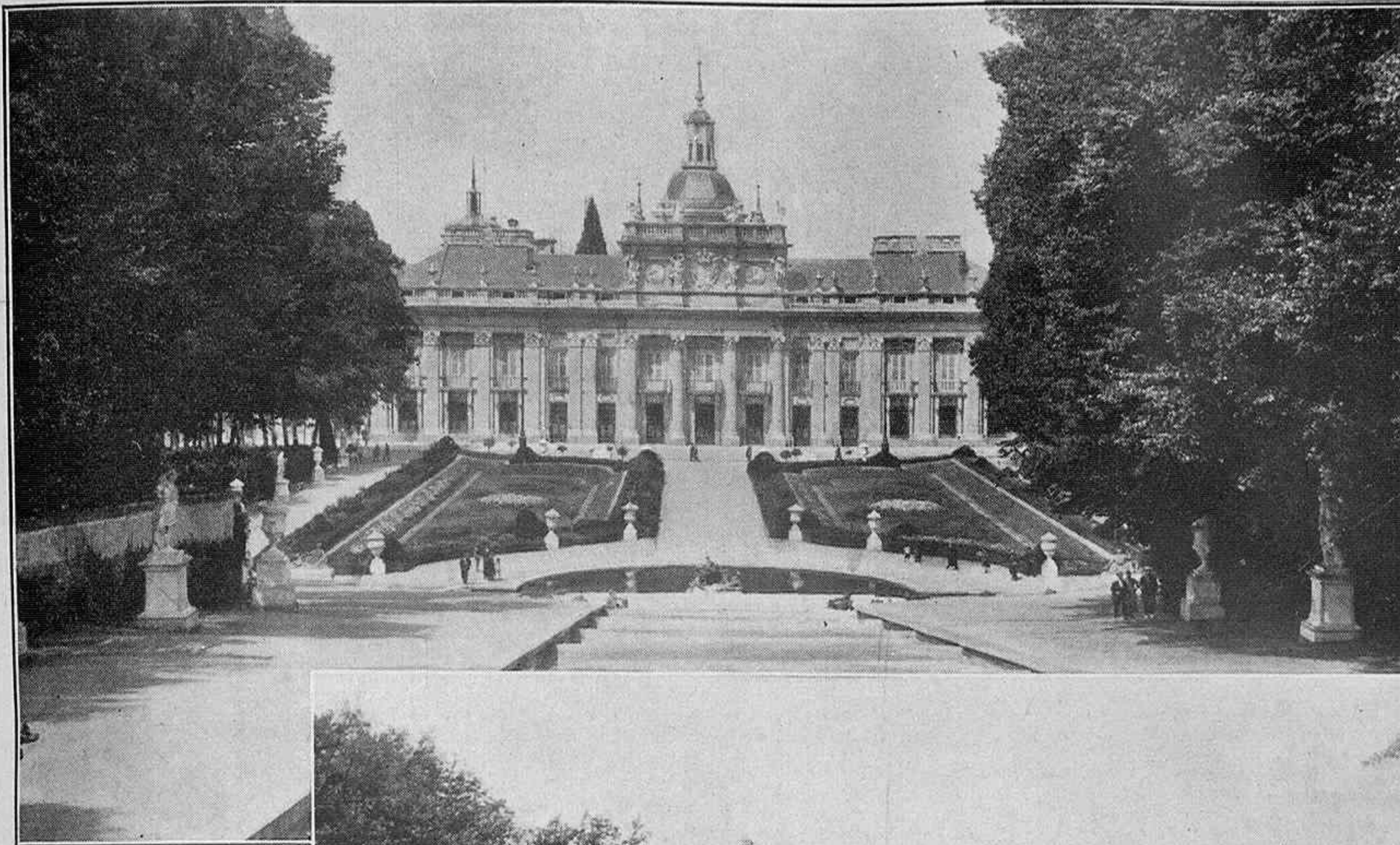
(Fot. Vidal)



Partido de Infantes Un partido de fútbol jugado en el campo del Real Palacio de la Magdalena, en Santander, teniendo por capitanes de equipo á SS. AA. RR. los Infantes D. Jaime y D. Juan.
 1: el Infante D. Juan (x) siguiendo el balón durante el partido.—2: el equipo capitaneado por el Infante D. Juan (x).
 3: el equipo ganador, capitaneado por el Infante D. Jaime (x).—En la silueta: el Infante D. Jaime, jugando (Fots. Del Río)

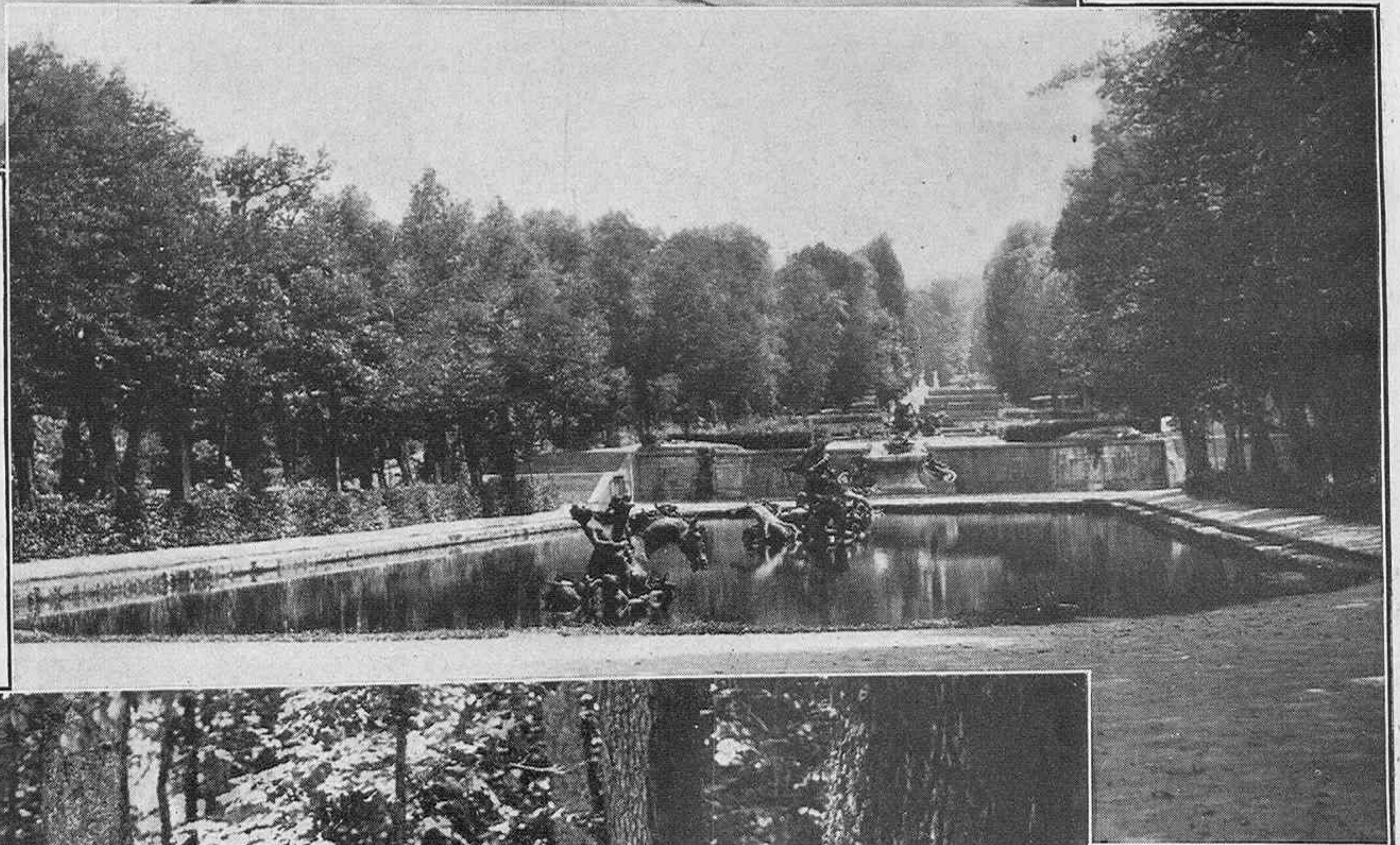


CAMARA-F.I.



El Real Palacio de la Granja, pequeño Versalles español, cobija su bella y sobria arquitectura en la altiva y bella paz de sus jardines esmaltados de flores y amparados de los castellanos rigores estivales por incomparables arboledas

El
veraneo
en
La Granja



Una perspectiva de las fuentes. Al fondo, la cascada nueva.



S. A. R. la Infanta doña Isabel conversando afablemente con los veraneantes, en el «corro» tradicional

(Fots. Piortiz)





— EL CIRCO DE PRICE —
 Y SU NUEVA COMPAÑÍA FEMENINA

El Circo vuelve con los días de Septiembre... Price, con Sánchez Rexach en el puente de mando, inaugura la temporada con una gran novedad: una Compañía exclusivamente femenina, sin más excepción que la del excepcional Ramper, en favor del sexo feo... El Circo vuelve, y vuelve con él la alegría para los chicos y para los grandes...



CÁMARA-FIU



1

EL
VERANEO
EN
SAN
SEBASTIÁN



Los
vencedores
en el
Concurso
de
tiro
de
Monte Ulía



2

CÁMARA F. L.



3

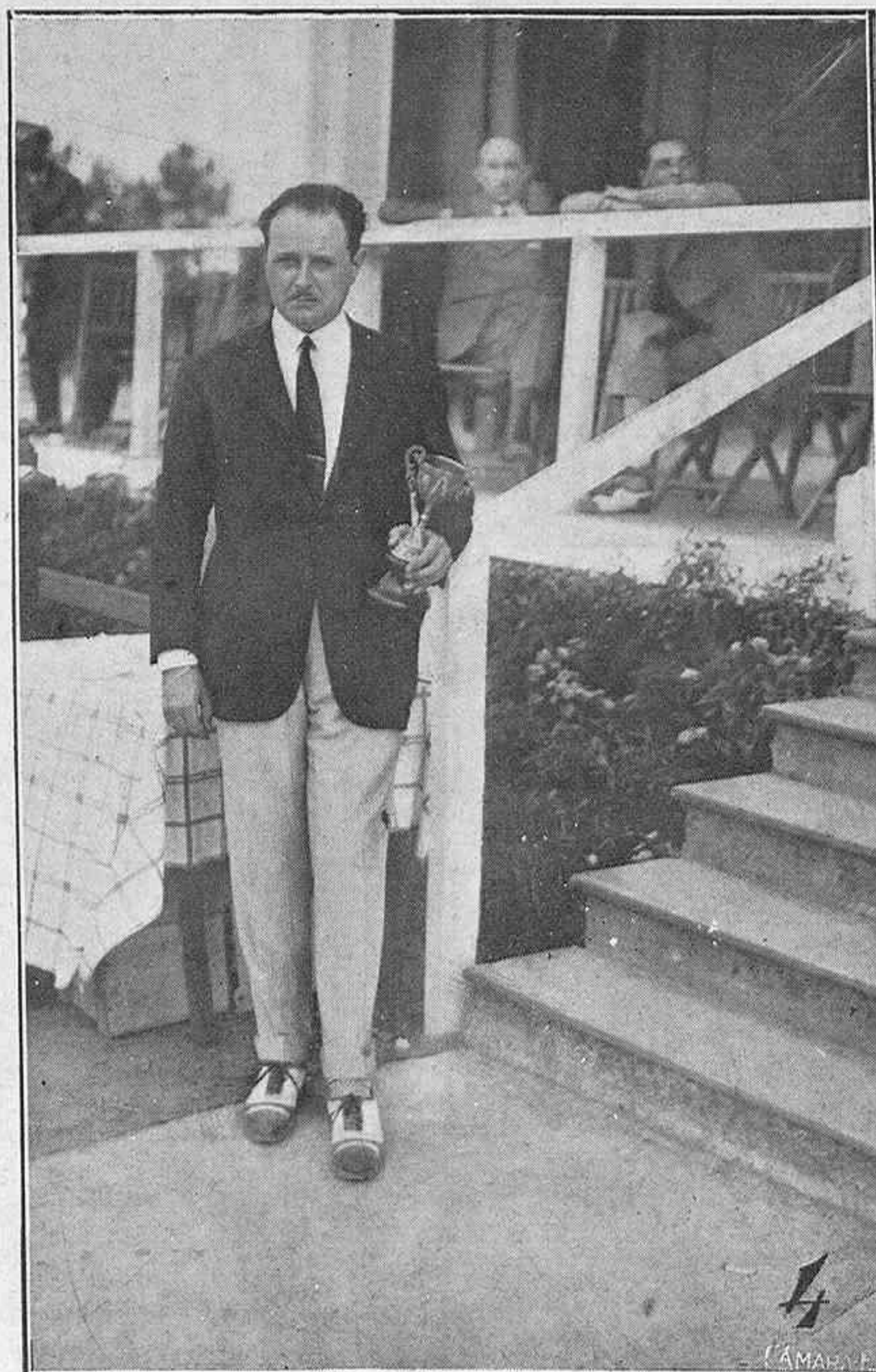
1.—La señorita Ma-
ría Maura, ganadora
del primer premio

2.—La señorita Pie-
dad Muguero, que ob-
tuvo el segundo pre-
mio

3.—La señora de Mu-
ñoz, ganadora del
tercer premio

4.—El duque de Gri-
maldi, á quien fué
adjudicada la Copa
Eibar en el tiro de
pichón de Monte Ulía

(Photo-Carte)



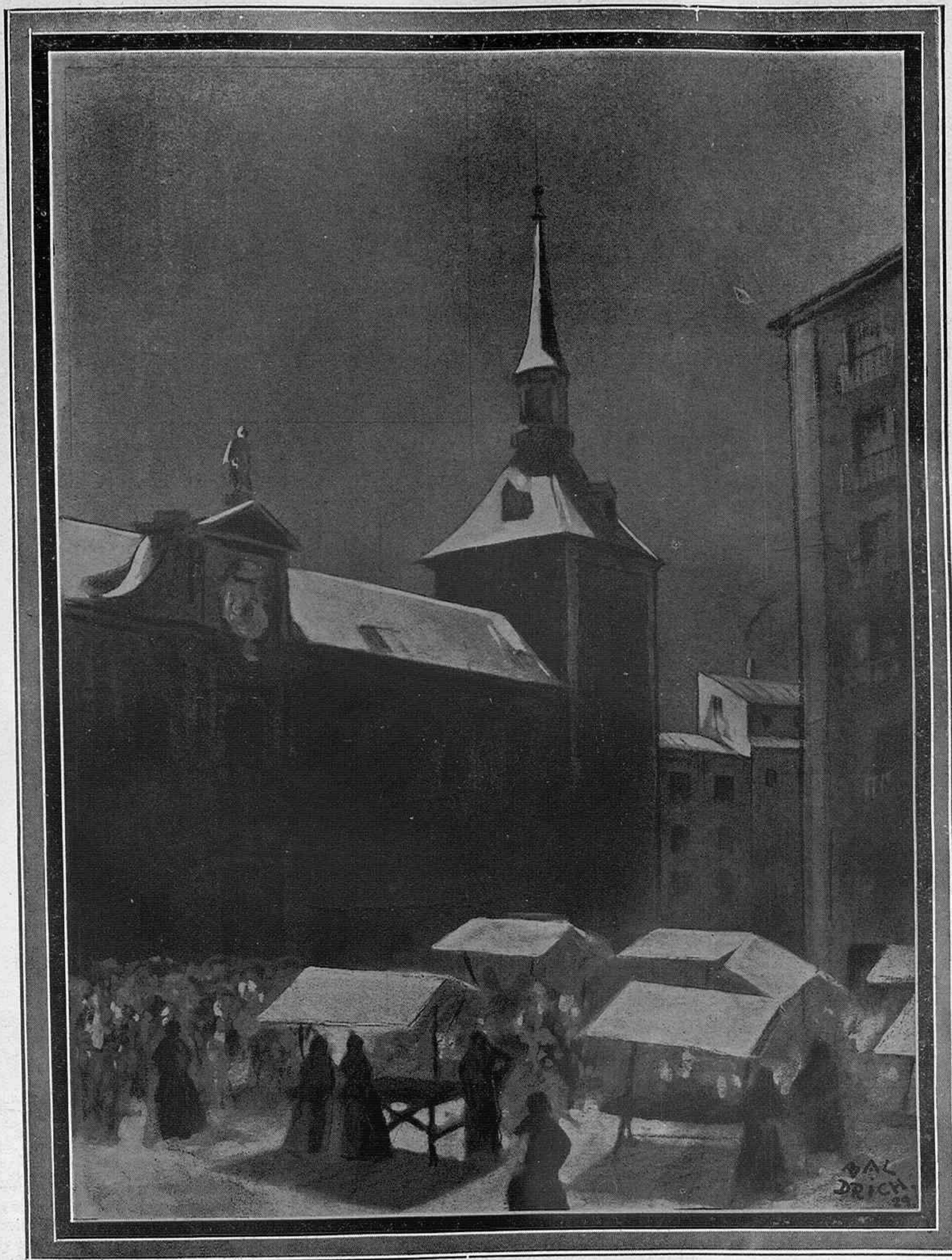
4

CÁMARA F. L.

La tragedia del yate «Mary», á cuyo bordo el doctor Franceschi cruzó el Atlántico acompañado por el marinero Angel Carbó, á quien el doctor Franceschi ha matado « al llegar á Sanlúcar de Barrameda »



En la fotografía del fondo, el yate «Mary», de 38 pies de largo, á cuyo bordo el doctor portorriqueño D. Francisco Franceschi ha realizado la travesía de San Juan de Puerto Rico á Sanlúcar de Barrameda en ochenta y cuatro días. Acompañaban al doctor Franceschi el marinero Angel Carbó y un polizón, Roberto López, que en Nueva York se introdujo en el yate. La expedición ha terminado trágicamente, matando el doctor Franceschi al marinero Carbó durante una reyerta en Sanlúcar.—En la silueta, el doctor Franceschi y el marinero Carbó despidiéndose desde lo alto del palo al emprender el viaje (Fots. Vidal)



CANCIONES DE LA CALLE

*Santa Cruz... Soportales, plazuela provinciana
muy siglo diez y nueve; tiendecitas sombrías;
al fondo de los porches, las viejas platerías
que han vivido en alguna novela galdosiana.*

*Tenderetes humildes; la vieja piñonera
—en blancos mantelillos los tostados piñones—;
rabaneras jarifas cantando sus pregones,
y el horno de castañas al hilo de la acera.*

SANTA CRUZ

*En los días de Pascua, visión de cuento de hadas;
Nacimiento mirífico, de sendas escarchadas,
la pastora de barro y el rizado cordero...*

*Y al fondo, en los recodos de umbrosas callejuelas,
la evocación castiza del ladrón Luis Candelas
y el paredón rojizo del viejo Saladero.*

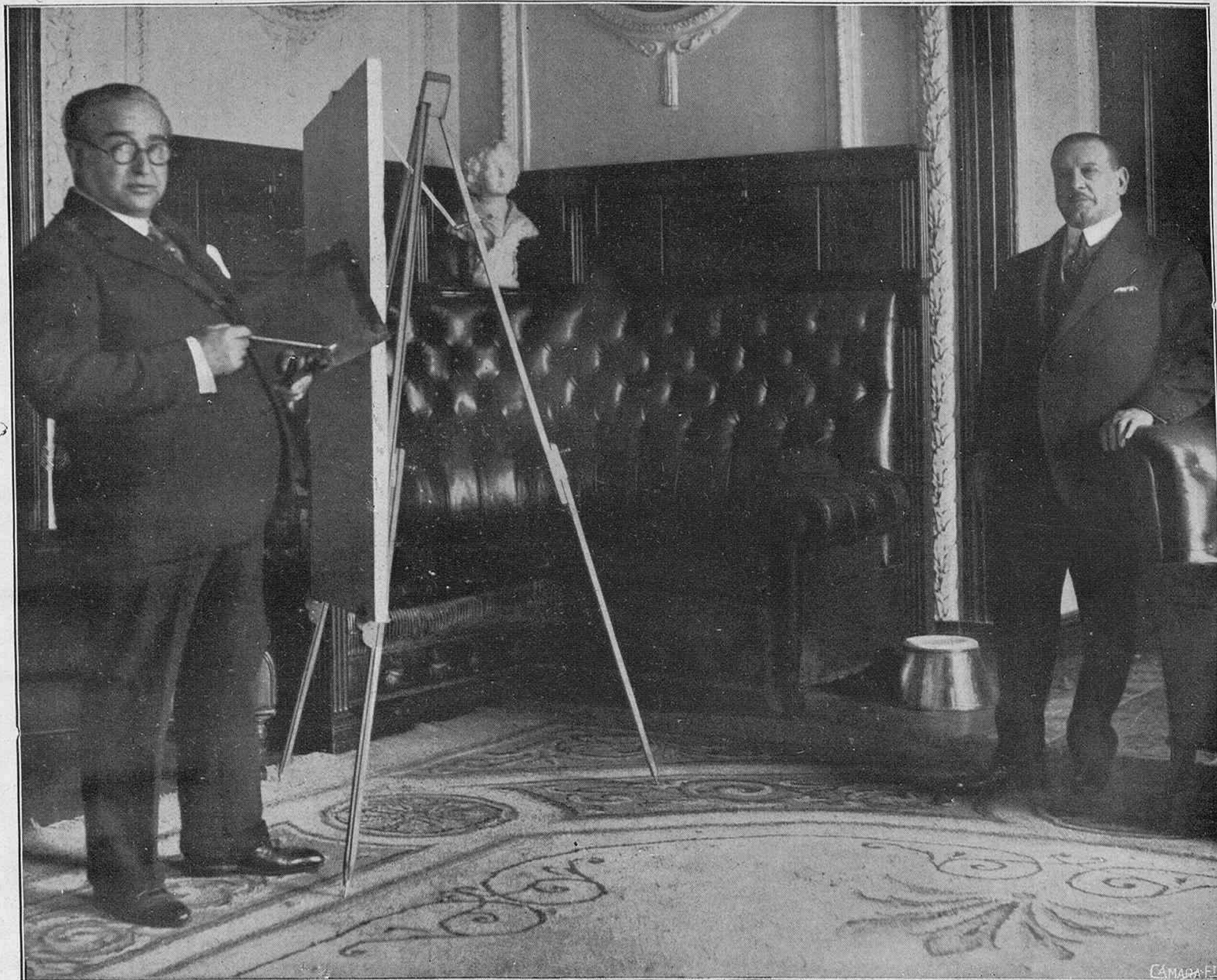
EMILIO CARRERE

(Dibujo de Baldrich)

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

OTRAS DOS OPINIONES



Carlos Vázquez pintando el retrato del Excmo. Sr. D. Severiano Martínez Anido
(Fot. Díaz Casariego)

CARLOS VÁZQUEZ

Los individuos de fuerte personalidad, de maciza contextura ideológica y de apretadas y recias siluetas espirituales, cuando se separan de nosotros, nos dejan tan saturados de su naturaleza y de su espíritu, que sus nombres siguen sonando en nuestros oídos como el retañir de una campana.

Y el eco perdura venciendo á la distancia y al tiempo, como la vibración constante de un hilillo metálico. Y en las celdillas de los cerebros de miles de personas se esconde el recuerdo, que algún día se asomará, como inquilino curioso, á preguntarnos por la persona que conquistó nuestra curiosidad ó estimación con sus obras ó sus palabras.

La diferencia que existe entre el tipo mediocre y el de talento está en que el primero pasa rápidamente y se esfuma, como vaho en neblina, y el otro deja tan grabada en nuestra mente su

impronta espiritual, que siempre está en *nuestra presencia*. Esto nos ha ocurrido con el nombre de un ilustre pintor: Carlos Vázquez. Los nudillos de una carta nuestra han llamado á la puerta de su estudio en Barcelona, y el meritísimo artista nos envía las siguientes líneas, que ofrecemos á nuestros lectores:

«... he pasado quince día en París y un mes en Versalles, de mucho trabajo.» Respecto á sus preguntas sobre las Exposiciones nacionales de Bellas Artes, mi criterio es que no deben suprimirse, sino al contrario: esos certámenes debían ser de verdadera selección. No creo que haya un país en Europa que haya suprimido sus Exposiciones. A los artistas se les hace un daño evidente al quitarles estos certámenes, que son campos de lucha donde todos medimos nuestras fuerzas.

Lo que sí creo es que no debería ejercer una influencia tan directa y decisiva la *parte oficial*, como la llevan á cabo ahora en nuestras

Exposiciones nacionales ó extranjeras; pues siendo hechas exclusivamente por los verdaderos artistas, es decir, por los profesionales, llegaríamos á hacer Exposiciones como la Real Academia de Londres, los Salones de París, etc., donde creo no existen Ministerios de Bellas Artes.

Respecto á las medallas, en el siglo pasado aun servían éstas para afianzar y exaltar el crédito del artista, y tenían una derivación práctica para los concursos; pero desde hace muchos años no sirven las medallas para nada; por lo que respecta á mí, no me ha resuelto en mi vida artística absolutamente nada, y como son tan enormes los escándalos que se promueven el día de la votación de la medalla en las Exposiciones de Bellas Artes—tan grandes son las trifulcas que se forman, que trasciende al público—, yo creo que nada se perdería suprimiéndolas.

El Jurado, á juicio mío, debe estar compuesto exclusivamente por artistas profesionales, y siempre nombrados por sus compañeros.

CÁMARA-FIL

COULLAUT VALERA

Como una esfinge silenciosa y muda está junto á nosotros la estatua en bronce de la Reina Isabel la Católica, que el ilustre Coullaut Valera va á enviar á la Exposición de Barcelona. El maestro, con palabras pausadas y concisas, me da su opinión:

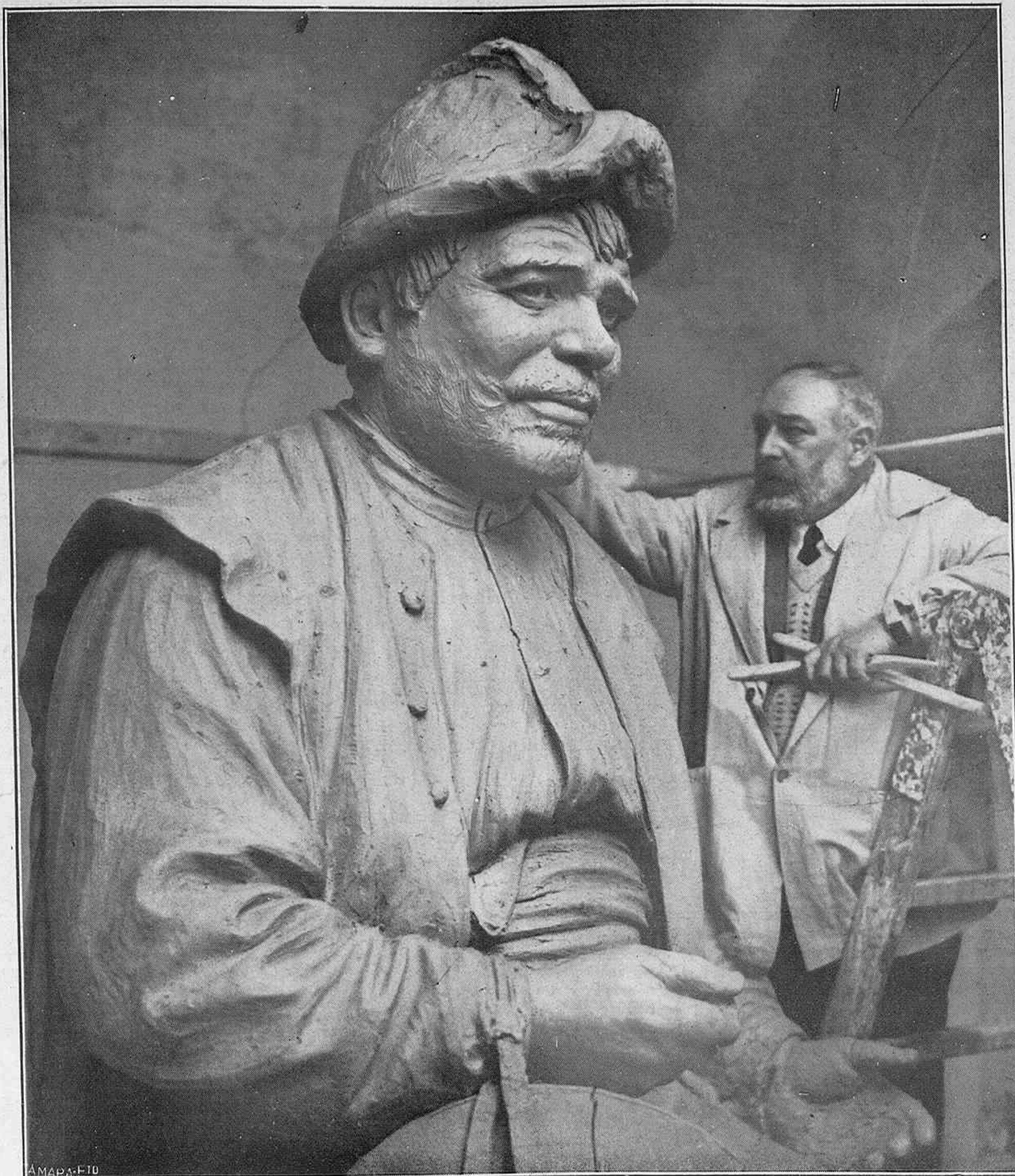
—Las Exposiciones nacionales de Bellas Ar-

tareas de arte sólo tiene valor el presente, y el trabajo de ayer no pesa ni influye para nada en el de hoy. Aunque la comparación no sea muy adecuada, al escultor y al pintor le ocurre como al torero: de nada le sirve haber vencido antes, si fracasa ahora. Este aspecto dramático de nuestro trabajo es su gloria y su servidumbre. El éxito nos invita á la inacción, y el estatismo y la realidad nos enseña que debemos no perma-

esto, sería necesario poseer un palacio adecuado para estos certámenes.

La misma colocación de la obra influye en su éxito. Un notable escultor francés, Juan Bautista Carpeaux, se dolía de que sus esculturas, en las salas de la Exposición, le hacían un efecto deplorable, de decaimiento y pesimismo. Frente á sus trabajos en el salón, decía con pena:

—Me parece muy malo lo que he hecho. En



El ilustre artista Coullaut Valera trabajando en el modelado de la estatua de Sancho Panza
(Fot. Zárraga)

tes son un medio para que el artista se ponga en contacto con el público; pero hacen una labor contraproducente en el espíritu del pintor ó del escultor que acude á ellas. El triunfo del artífice produce en su ánimo una excitación y una embriaguez que se trueca luego en aplanamiento. Primero, el espejismo del éxito le hace creer que ha conquistado la fama y la categoría, y después va contrastando, al paso del tiempo, que aquello sólo fué una ilusión volandera y una satisfacción circunstancial que le sirve de poco. Ha de empezar de nuevo cada día, pues en estas

neces inertes y trabajar en cada nueva obra como si fuera la primera. Este es el peligro de las medallas, estén bien dadas ó mal.

Otro de los males de las Exposiciones, tal como hoy se hacen, es ese conjunto abigarrado, heterogéneo; ese amontonamiento desconcertante de pinturas y esculturas, que convierten las salas expositoras en almacenes caóticos de obras. Hay que modificar las Exposiciones haciendo una labor de selección, de ordenación en los trabajos presentados. Evitar la confusión de escuelas y de tendencias; y para no incurrir en

mi estudio me hacían otro efecto. Yo creo que están mal colocados.

Y constituir jurados de hombres inaccesibles á los requerimientos de la amistad y á las añagazas de los audaces é intrigantes. Porque una injusticia no sólo hace daño al que es víctima de ella, sino que cae sobre la colectividad, sembrando el escepticismo en hombres, como los artistas, que la arma más fuerte que poseen es la fe en su trabajo y en la probidad ajena para juzgarlos.

JULIO ROMANO



MIENTRAS Victoria prepara la cena, yendo y viniendo con mucho donaire de la cocina al comedor, María Luisa abre el piano, situado en un ángulo de la sala, y empieza á tocar de memoria un trozo de Albéniz.

Mamá Josefa cose junto á la ventana, más fiel que á la costura al hilo interior de su pensamiento, tocado de la juvenil alegría de las nietas, dos lindos pimpollos de seductora gracia, que viven bajo la amorosa tutela de la señora desde que, ha muchos años, quedaran huérfanas aquéllas.

Las mil privaciones con que la abuelita alivió la orfandad de las pequeñas aumentaron las razones de cariño que á las tres unían. Mamá Josefa no había sido para María Luisa y Victoria la abuela achacosa, inútil ó inválida, á quien se ama con una ternura triste, sino la madrecita afanosa y activa durante la desamparada niñez de ambas hermanas, y celosa y benévola luego, cuando las niñas dejaron de serlo y sus encantos de mujer tuvieron ya ronda de adoradores.

Anuncia Victoria con reiterado apremio que la cena está ya dispuesta, fingiendo desesperarse porque ni la abuela ni la hermana parecen escucharla. María Luisa acelera el ritmo de los compases—mas resistiéndose á interrumpir bruscamente la ejecución—, y mamá Josefa, sonriendo con sana ironía, recoge sus útiles de costura en un primoroso cestillo mimbreño que tiene á mano sobre la pequeña silla que le sirve de escabel.

Calla, al fin, el piano, y María Luisa irrumpe en el comedor alborozada. La sigue la abuela con su pasito tembloroso, y Victoria las recibe con las cejas fruncidas, queriendo alardear de

su fingido enojo; pero sólo dura un instante la adustez del ceño, que una sonrisa limpia disipa con resplandores de gracia.

Ríen las tres, y ocupan sus sitios de costumbre alrededor de la mesa, radiante de blancura.

Durante la comida, María Victoria habla de las incidencias del día en el despacho en que trabaja; Victoria comenta con gracioso desparpajo banalidades de la jornada en el hogar, y mamá Josefa ríe sin rebozo, interviniendo apenas en la bulliciosa charla de las nietas.

A los postres suena el timbre de la puerta con insistencia, y María Luisa se levanta para abrir. Se oye en el pasillo rumor de saludos, y aparece don Ramón, antiguo amigo de la casa, un viejo arrogante y pulcro, que aún conserva el prestigio de su famosa y ya lejana juventud y que vive en obligado destierro político, al dulce abrigo de sus millones.

Las damas y el visitante pasan á la sala del piano, la mejor y más amplia pieza del piso, que tiene una reja á la calle y está alhajada con muchos filifles modernos, en contraste con la severidad del moblaje que evoca pasados esplendores.

Pronto se organiza la tertulia, que viene á animar la presencia del novio de María Luisa, Juanito del Río, médico titular de un pueblo de la provincia, en los comienzos de la carrera. Forman grupo aparte los novios en sabroso discreto, en tanto que don Ramón distrae con relatos antañones á mamá Josefa y Victoria.

—Celebro hallarle aquí, señor Nogales—dice Juanito aprovechando una pausa de aquél—. Tengo que pedirle un favor.

—Tú dirás.

—Que sea usted mi padrino.

—¿Con quién te vas á batir, muchacho?

—Sin bromas. Es que quiero casarme—aclara el embromado sonriendo feliz y amparando su emoción en la sonrisa.

—Hombre—comenta el señor Nogales tras unos segundos de silencio—, tú creerás que dudo porque tardé en contestarte; pero, chico, tienes una manera de pedir las cosas...

—Perdone usted; disculpen ustedes mi torpeza—corrige azorado el joven mirando á mamá Josefa y á Victoria—. Mi padre me ha expresado esta tarde su deseo de no demorar más el casorio. Se siente viejo y quiere retirarse á vivir en el pueblo conmigo; pero conmigo casado. Sueña con la familia y con la paz del campo. Tiene prisas de viejo y quiere realizar su sueño pronto. Usted, doña Josefa, dese por enterada con estas explicaciones que me alegro de no haber tenido que darle á solas y en otro momento. No hubiera sabido cómo hacerlo. Yo comprendo que á usted no puede sele muy grata la noticia.

—¿Por qué no?—exclama mamá Josefa contentiendo un sollozo y llevándose el pañuelo á los ojos.

—Porque no—replica sentenciosamente don Ramón—; porque los viejos sentimos ya sin lógica y no aceptamos si no á la fuerza las leyes de la vida, que sólo favorecen á los jóvenes. Los viejos somos avaros y egoístas en amor, acaso porque tenemos pocos amores. ¿Quién va á querer á los viejos? En fin, gracias por tu oferta, muchacho. Seré tu padrino, si Dios quiere.

Juanito mira á su novia henchido de felicidad. Ella le sonríe queriendo regalar al amado una sonrisa de pasión y de dulce promesa. Y, sin embargo, rompe á llorar.

—¿Por qué lloras?—dice don Ramón—. Niña más tonta...

También llora mamá Josefa sin decir nada. Y Victoria, cuyos grandes ojos negros permanecen inmóviles, estarían, sin duda, llorando si se lo permitiera su orgullo.

•••••

Casó María Luisa, y marchó al pueblo con su marido. Mamá Josefa y Victoria continuaron viviendo en su pisito bajo de la ciudad, donde fluyera serena y alegre la juventud de ambas chiquillas, mientras la abuela magnificara su vejez con nimbos de ternura.

Lo inopinado del acontecimiento hizo aún más violenta la separación, que, por otra parte, impuso en el hogar no pocas economías.

María Luisa había sido el sostén de su abuela y de su hermana desde los quince años. Con los buenos setenta duros que ganaba en una importante fábrica de jabones—donde entró de mecanógrafa y llegó á ocupar el puesto principal de la caja—quedaban más que atendidas las necesidades de las tres mujeres, que hasta se permitían

ciertas expansiones honestas y pequeños lujos disfrutados con una sana é ingenua fruición.

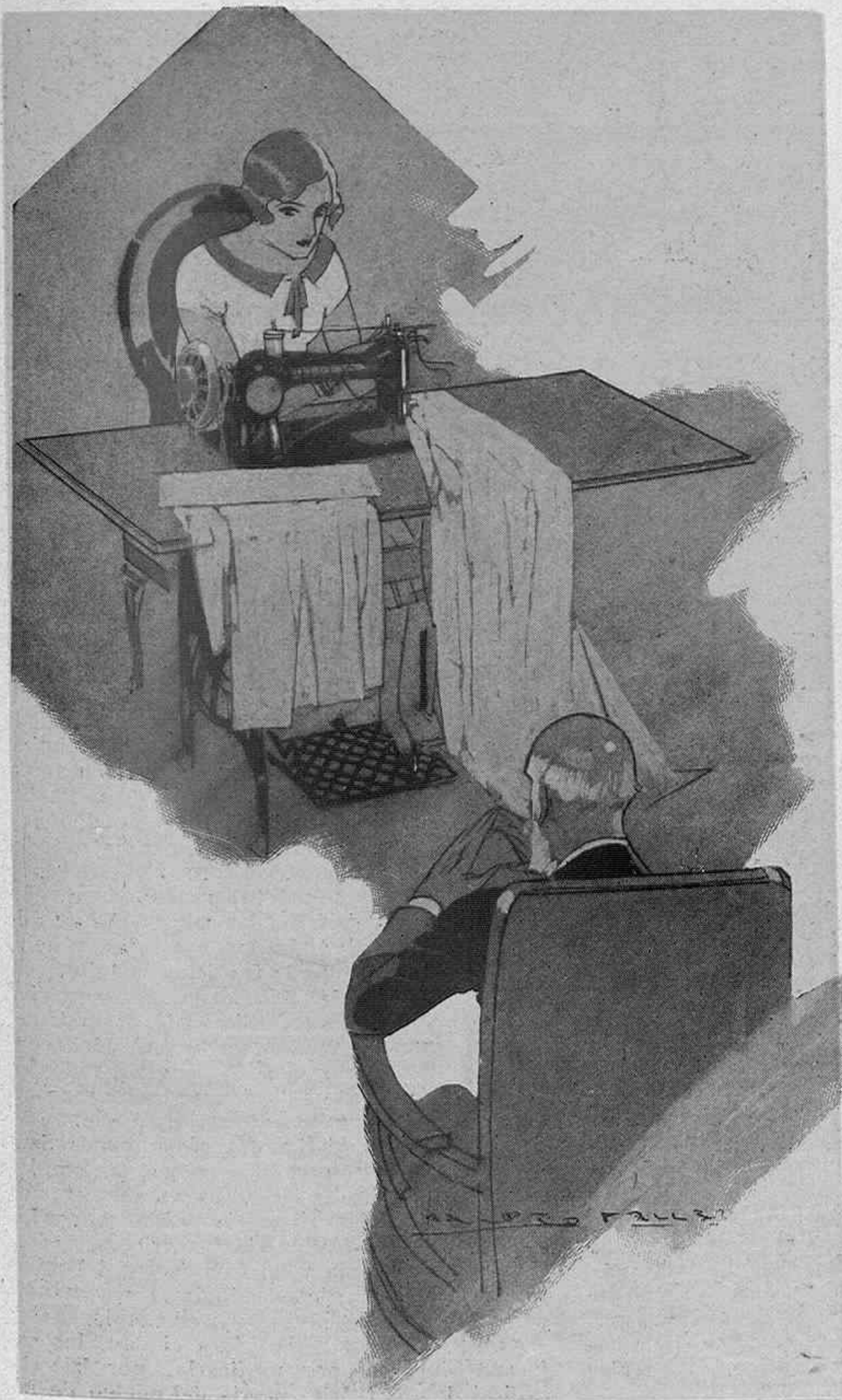
Victoria, acaso más femenina que su hermana, menos moderna y más atenta á los dictados del corazón que á los afanes del cerebro, dedícose á las sutiles labores de modista y bordadora. Y de sus manos salieron finísimos encajes, prodigios de paciencia y filigranas que le valieron más elogios que dineros. Algunos ahorrillos, sí, hubieron de producirle, y con ellos, al casar María Luisa, pudo la gentil costurera organizar seriamente su trabajo como único medio de vida.

Ante la máquina, oyó Victoria desde entonces, muchas veces, las horas de la madrugada, con gran pesadumbre de mamá Josefa, á quien procuraba volver de su inquietud con torpes razones. A decir verdad, también ella, en lo íntimo de su conciencia, lamentaba, más que la necesidad de su propio esfuerzo, el irremediable quebrantamiento de su casa. Y la ausencia de María Luisa, que había sido el cerebro del hogar, aumentaba esta tristeza irreprimible.

No le parecía tampoco lógico quejarse. Su hermana, trabajando menos, sabía ganar más; pero á ella había llegado el turno de sacrificio, y no se hurtaría al deber.

•••••

Está la niña entregada á sus labores cuando oye un repiqueteo conocido en los cristales de la ventana. Entreabre el postigo, y á través del vi-



—¿Qué piensa usted?—apremia ella, algo más segura de sí

sillo distingue, en la penumbra de la calle, la silueta de don Ramón. Acude á abrirle presurosa.

Entra en la sala el prócer, y, por primera vez ante éste, la muchacha se siente adarvada.

—Mamá está en casa con un fuerte constipado.

—Caramba, cuánto lo siento—replica don Ramón, y se acomoda en una de las butacas del estrado—. ¿Estamos, pues, solos?—añade con simpleza el señor Nogales.

—Sí—responde ella, más con el gesto que con la voz.

—¿Y de los tórtolos, qué se sabe?

—Están muy bien. Son muy dichosos.

—Tú, en cambio...

Ella se sonroja y se turba visiblemente, á su pesar.

—No quisiera verte trabajar tanto.

Victoria no responde, y se finge muy atenta á su labor. Durante unos minutos, sólo se oye en la sala el golpeteo metálico de la máquina, rápido, tenaz, isócrono.

—Has puesto la máquina donde estaba el piano—comenta don Ramón, al cabo.

—¿Qué remedio! Usted sabe que no hay otra forma de salir adelante...

Don Ramón recuerda los malos y buenos tiempos de la familia: cuando las niñas eran gorgojos y él las atendía, con largueza, cumpliendo un juramento hecho al padre moribundo; y cuando ya el trabajo de María Luisa bastó para las atenciones de la casa y las chicas se olvidaron de sus duros principios.

Victoria, paralelamente al pensamiento de don Ramón, evoca los favores recibidos de éste, y se avergüenza de hallarse, de nuevo, en trance de recibirlos.

—¿Qué edad tienes ya, Victorita?

—Veintisiete; ¿no lo sabe usted?—responde ella sonriendo, habituada al entrecortado diálogo.

—No lo recordaba. Creí que tenías menos.

—Voy ya para vieja.

—¿Y no has pensado nunca en casarte?

—¿Quién, yo? ¿Y para qué pensarlo, si no me ha salido novio todavía?

—Es extraño, porque eres una mujercita completa.

—Muchas gracias.

Torna á hacerse el silencio, cómplice de la situación.

—¿Sabes lo que pienso?—dice el buen fúcar al rato, errando la vista por el techo.

—¿Qué piensa usted?—apremia ella, algo más segura de sí.

—Que si no fuese para ti muy grande sacrificio aguardar unos años que me restan de vida—muy pocos—, ya tendrías novio y ocasión de casarte.

—No le entiendo á usted.



Entreabre el postigo, y á través del visillo distingue, en la penumbra de la calle, la silueta de don Ramón

—Procura comprenderme, pequeña. Me preocupa tu porvenir. Quisiera asegurarlo, por si Dios no permite que encuentres al hombre de bien que mereces. Conozco tu orgullo, y sé que nada aceptarías de mi mano hoy, á pesar de que me autorizan para ello mi edad y el cariño que nos une de siempre.

Además, yo tengo hijas casadas á quienes corresponde mi fortuna, si bien no en justicia; pues no ignoras que vivo solo desde que murió mi mujer.

Esta soledad me espanta más cada día. El mejor de ellos me voy de este mundo sin auxilio de Dios ni de los hombres. Si no te repugnara casarte conmigo, yo te dotaría á mi gusto, y la sociedad no podría tildarnos, como ahora lo hiciera, de saberse que estamos aquí á solas.

Claro que si tú aceptarás, la gente murmuraría también, pero por poco tiempo: la sociedad no perdona sino lo que está fuera de la ley escrita. Hasta los pecados y aberraciones que supone y censura, los olvida si están refrendados por la ley. Después de todo, unos años... y quedas libre y rica. ¿Comprendes?

El único egoísmo que me alcanza en lo que te propongo es el de tenerte cerca en mi muerte: saber que en esa hora unas manos generosas, por afecto, por bondad—no diré por cariño—, me cerrarían los ojos y unos labios puros rezarían de veras por mi alma...

•••••

Don Ramón Nogales y Victoria Miranda se han casado. En efecto, en el Casino y en la ciudad entera se ha comentado sin piedad esta boda.

JOSÉ Y MANUEL PRADOS LOPEZ

(Dibujos de Aristo Téllez)



Un aspecto parcial de Jerusalén

LOS ODIOS DE RAZAS

La ciudad Santa profanada de nuevo por los árabes

Jornadas de sangre en Palestina

OTRA vez la tierra de Jerusalén, la tierra sagrada de los momentos culminantes de la Vida y Muerte de Jesucristo, se ha visto ensangrentada por los odios de las razas que en torno al Santo Sepulcro parecen destinadas á perpetuar la tragedia de las diferencias entre los hombres.

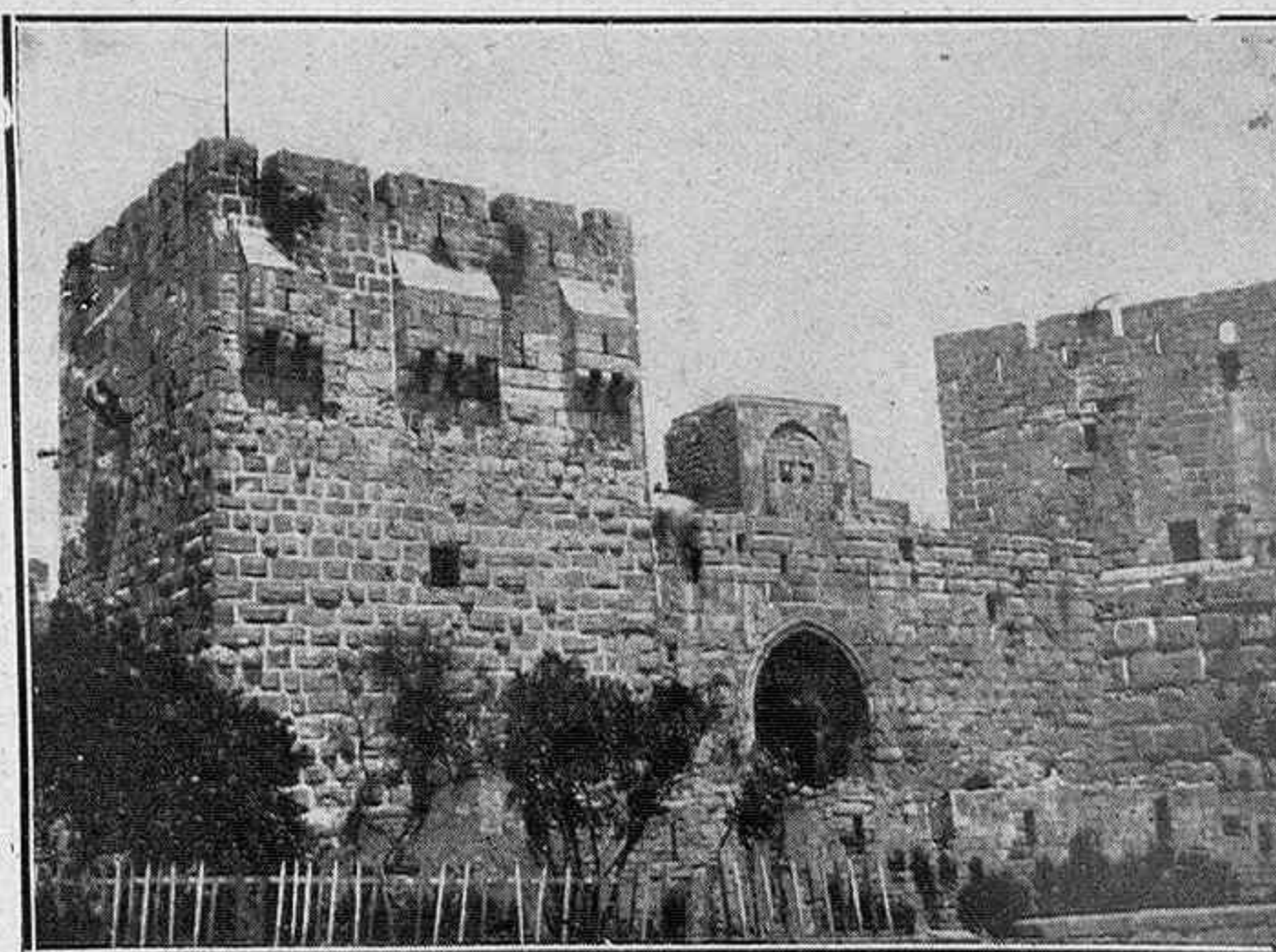
No son esta vez cristianos peregrinos ó heroicos cruzados de Europa, iluminados por la fe, los que caen acuchillados al pie de los muros de la Ciudad Santa. Son israelitas y mahometanos los que ventilan en furiosos ataques sus rencores seculares.

Hebreos y árabes, que con los cristianos forman los dos mayores núcleos de la población en Jerusalén, han empezado á ventilar sangrientamente, más que sus diferencias sociales, sus odios tradicionales. A centenares han caído en las calles de la ciudad de Dios las víctimas de los furores homicidas de ambos bandos.

Impotente la Policía para contenerlos, judíos y musulmanes llevan varios días acuchillándose en Jerusalén.

Los hebreos, hechos fuertes en las proximidades del Muro de las Lamentaciones, se defienden á tiros de los asaltos de los árabes, que se vengan de ser rechazados lanzándose al saqueo del barrio judío de la ciudad.

Los sucesos, que se engendraron en un mercado de Jerusalén, han tomado en seguida esa vigorosidad con que el odio lo fecunda todo, y la ráfaga de violencia y de muerte amenaza exten-



Jerusalén.—La Torre de David

derse ya por toda Palestina... Palestina, que Inglaterra quiere que sea para el pueblo judío la tierra prometida por las Escrituras. Deseo político de la gran potencia europea que no pasa de ser, como casi siempre en las grandes pugnas materiales, bellas palabras para encubrir diplomáticamente, con un velo romántico, más reales ambiciones.

Palestina, bajo el protectorado ó mandato

inglés, no se libra del estigma de inquietud, de miseria, de violencia convulsa que parece pesar sobre ella, como una divina maldición, desde que en el principio de nuestra era fué teatro de la gran tragedia que culminó en el Gólgota. La tierra donde Dios hecho hombre cayó víctima de la humana maldad, no pudo redimirse con la sangre del supremo holocausto.

Castigo milenar el de no haber paz jamás sobre la tierra donde murió Cristo predicando la paz entre todos los hombres. En torno al Santo Sepulcro han ardido perpetuamente los odios de todas las razas... Fué así á lo largo de todas las centurias, y no se interrumpe la tradición maldita.

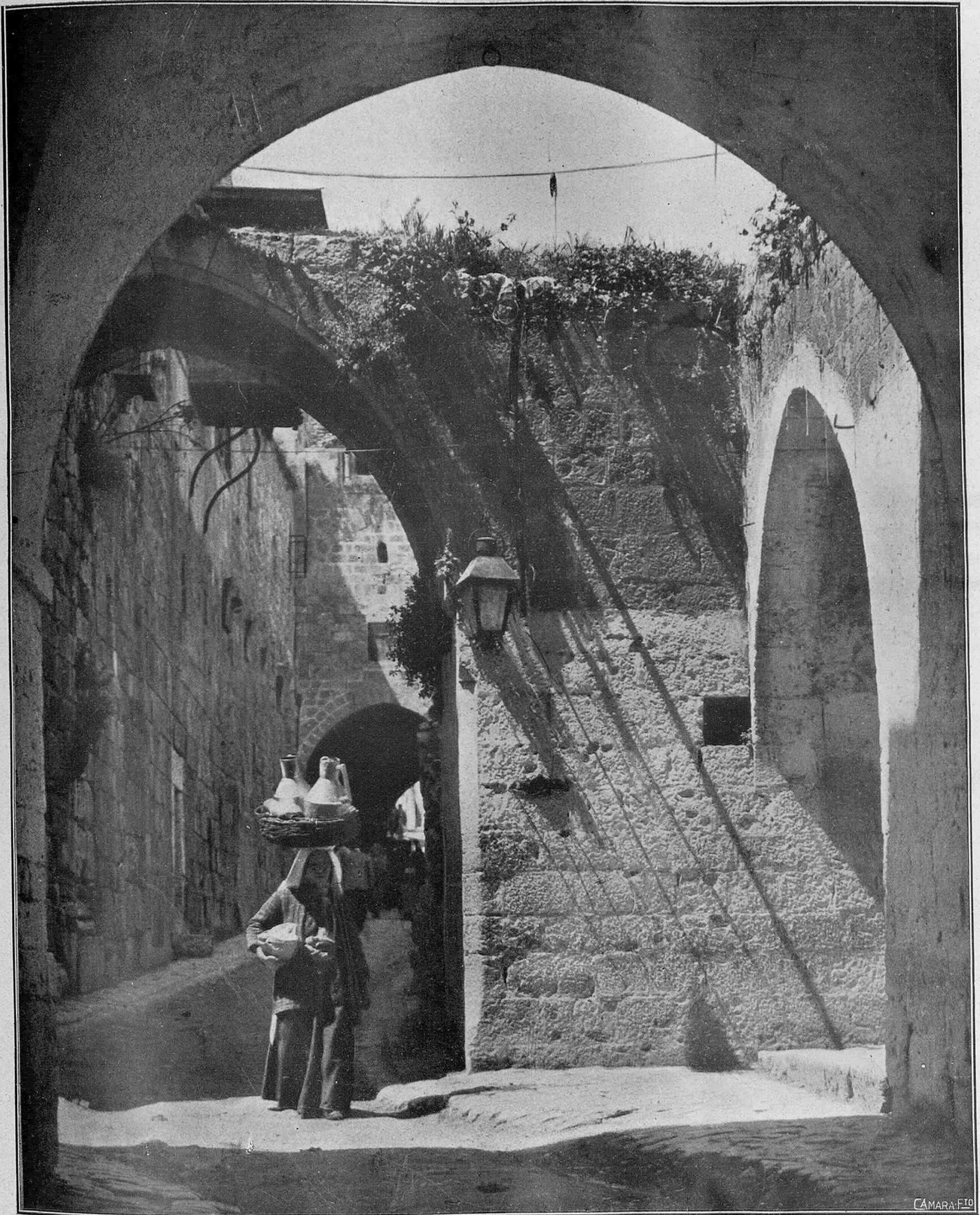
Al contrario, cada día se reaviva con una nueva discordia. Jerusalén es una perenne Babel de confusión: todas las razas, todas las lenguas, todos los fervores y también todos los rencores seculares se aglomeran en ella.

Los cristianos, guardadores del Santo Sepulcro, se entremezclan con las multitudes israelitas y mahometanas;

sacerdotes católicos rozan sus vestiduras con las de los popes rusos y patriarcas griegos, andrajosos santones de la Meca, beduinos del Desierto, pastores de las iglesias inglesas y alemanas, peregrinos de todas las razas y todas las lenguas...

Vanos, en esta heterogénea ciudad, los esfuerzos ingleses por unificarla, por hacerla capital de una teórica patria del pueblo de Israel.

CÁMARA-FIU



CÁMARA-FIO

Jerusalén.—Un rincón pintoresco



LOS MAS BELLOS ROSTROS
 :-: DE LA PANTALLA :-:

La gentilísima damita Norma Shearer se muestra en esta «pose» en un diálogo muy sutil, muy íntimo, con su confidente, el abanico. ¿Qué habrá respondido el cariñoso amigo á la interrogación amante?

ALREDEDOR DE UN RETRATO

CUANDO asiste Van Dongen á una reunión mundana, le acosan, desde luego, las más lindas mujeres de cada grupo, como un enjambre de falenas atraídas por la luz, y en medio de ellas resplandece él. Resplandece de modo paradójico, pues la luz que atrae á estas falenas-mujeres proviene de las mismas á quienes atrae, constituye una luz refleja, cuyo halo transfigura el sonriente rostro de sátiro noble. Van Dongen debe su prestigio al sexo débil, que le estima tanto como le adora, sin protestar contra las bruscas burlas que á menudo se permite el maestro con la gracia y la elegancia femeninas.

No hay regla sin excepción, ni todas las hermosas se someten á la guasona autoridad del gran retratista. Por ejemplo, hoy se le rebela de pronto la bailarina Edmonde Guy, quien acaba de exigirle ante los Tribunales cien mil francos á título de daños y perjuicios. ¿Qué agravio ha inferido Van Dongen á Edmonde Guy para pro-

mover tamañas iras con repercusiones financieras?... ¡Oh! La ha retratado, alterando apenas sus hechizos de sílfide; pero la ha retratado desnuda ó casi, según apuntes que tomó durante dos ratos de *pose*, á los cuales hubo de prestarse voluntaria la escultural modelo años atrás, aunque ahora se conceptúa ofendida.

Hace bastante tiempo, Edmonde Guy se exhibía, junto á dos hermanas suyas, sobre los escenarios parisienses, muy escasa de ropa. Era bellísima, y la ropa estorbaba á la belleza, máxime en París, donde se tiene el sentido de lo estético... Después, sola ya, la admirable Edmonde ha recorrido el mundo, concediendo un poco por doquiera el regalo óptico de su hermosura más ó menos cubierta de aire y animada al ritmo de notas filarmónicas. Ha provocado infinitos flechazos, y hasta se dice que emocionó al genial Charlie Chaplín. Conforme advertiréis, se trata de una ninfa con vistas—¡cuán magníficas vistas!—á Cosmópolis, por lo que, mejor que á



La bailarina parisiense Edmonde Guy, querellante en el proceso que se sigue estos días contra el pintor Van Dongen, á causa de un presunto retrato inmoral



Van Dongen, en su estudio, á raíz de terminar uno de los retratos que le han dado mundial fama

otro, cuadraba al cosmopolita Van Dongen retratarla.

Y la retrató de acuerdo con los elementos que poseía. En 1924 se expuso el cuadro, sin que chocara á nadie. ¿Por qué iba á chocar un cuadro bueno que, de añadidura, representaba una personita deliciosa? Además, sin duda, antes de pintarlo, atendió Van Dongen á consideraciones naturales. Cualquier retrato pretende parecerse al original, y retratando á Edmonde Guy demasiado vestida, acaso no se pareciera ó no se la reconociera... Encontramos justificada la actitud del psicológico pincel al reproducir la efigie de su musa libre de superfluos velos, libertad que no suelen repugnar las musas. Finalmente, la tela en litigio no comporta un desnudo absoluto, puesto que revisten el blanco cuerpo dos brazaletes, un collar y unas botinas de punto encantadoras.

Edmonde Guy se querella en 1929, con riesgo de exhumar el episodio de Friné frente á sus jueces, y resucita una cuestión que data de cinco años, no porque haya necesitado un quinquenio para escandalizarse, sino porque entonces la acaparaba el Extranjero y ha conocido tarde aquel retrato por una foto de periódico. ¿La asiste innegable razón? A lo largo de explicaciones dadas á un *reporter*, alega que su desvestido lo interpreta el pintor de manera inmoral, mientras su desnudez resulta sólo artística á favor de las luces y el ambiente del *music-hall*. Nosotros terminamos preguntándonos qué casta idea del *music-hall* sustenta esta *vedette* y qué idea nefanda sustenta de la pintura.

Tal procedimiento de mirar las cosas delata cierta ofuscación harto comprensible. A todo hombre ecuánime se le antojará algo anómalo que la exquisita danzarina para quien el desnudo resulta artístico en el *music-hall*, cuya atmósfera nada de pecaminoso ofrece á su entender, no aprecie artístico el desnudo en una obra de arte. Aun si al cabo se le condena á instancias de Edmonde Guy—quizá con mayor motivo si se le condena al cabo—, ¡cómo divertirá semejante criterio á Van Dongen, verdadero artista que se dobla de irónico filósofo!...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



«Retrato de la Princesa Ana Victoria», cuadro de Largillière, que se conserva en el Museo del Prado

La
«Virgen
de los
Dolores»



Oleo
de
Félix
Pascual

ARTISTAS ESPAÑOLES

Félix Pascual, el joven pintor vasco

EXPOSICIÓN DE CUADROS HISPANORREGIONALES

EN lucha franca, abierta, optimista, valiente y decidida, con nombre inédito, pero con espíritu alegre y confiado, presentó Félix Pascual, el joven artista de Portugalete, un lienzo ajustado al tema que había puesto la Diputación de Vizcaya en la oposición convocada en 1913 para una plaza de pensionado en Roma: *Un bautizo en una aldea*. Concurrieron á este último ejercicio, además de Pascual, tres afamados pintores: Nieto, bien conocido; Ramón de Zubiaurre, con el aval de medallas conseguidas en varias Exposiciones españolas y extranjeras, y el prestigio que da la adquisición de obras por los museos de distintos países; y el célebre caricaturista vasco José Arrúe, cuyo ingenio y humorismo alcanzaba ya muy justa fama. La Diputación premió la obra de Félix Pascual: primer triunfo del joven pintor.

Embriagado de alientos, de ilusiones, de ansias de vivir y plasmar la vida en lienzos y cartones, sediento de aprender por tierras y por libros, quijote de su Quimera, sin otro bagaje que sus ensueños primaverales, sus dibujos, su paleta y sus pinceles, Félix Pascual recorre Italia y Francia, se adentra en Florencia y en París en aquellas horas de triunfo de los Marinetti y los Picasso... Su juventud se sugestióna con la moda de las extravagancias pictóricas; es la época de su bohemia por estudios y museos, por mesones y bulevares... Y fruto de ese contagio, de ese ambiente artístico sin vuelos, sin arranques, ocul-

tando su carencia de espiritualidad entre vagos perfiles y notas poliédricas, fué el poco éxito de Pascual, en Madrid, con la exposición de algunos trabajos cubistas y futuristas.

Pero el espíritu de este joven pintor vasco no se había contagiado del mal de moda. En él vivía pujante, alerta, inquieta, una profunda emoción estética, un deseo infinito de auroras nuevas, de huir de las frivolidades y de adentrarse, bucear y escudriñar en las honduras del alma, para robarle el secreto de la armonía y la mágica belleza de los íntimos panoramas psicológicos...

Nuestro sol, el sol de España, purificó á Félix Pascual de las influencias extranjeras. Recobró su natural humorismo realista, se sintió dueño de sí mismo, y supo tomar como orientación la resultante entre el impresionismo—donde lo real se pierde en lo espiritual, donde la forma se esfuma en la poesía pictórica, donde lo sólido es vencido por lo gaseoso—y el cubismo, que, como reaccionario, impone la estructura en proyecciones de planos generatrices... Y así, Pascual, con norte y timón propios para su navegación artística, con la optimista valentía que presta una prudente confianza en las propias fuerzas y una orientación definida, con firme voluntad, tenaz constancia y una intuitiva visión goyesca, empieza á cromatizar sus visiones y figuras típicas, que culminan en el cuadro *La verbena de San Antonio*, propiedad hoy del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Huyendo de Exposiciones nacionales, por

haber observado que en ellas no siempre se premia al Arte, decide Félix Pascual gastar el producto de su obra en recorrer nuevas tierras y avizorar horizontes. Las dos populares urbes americanas Nueva York y Buenos Aires, le atraen con sus leyendas de oro, con sus cantos de sirenas...

Y al alba de una noche de ilusiones y pesadillas, sin otro caudal que el de sus frescas y verdes esperanzas, ni otra pena que la ausencia del solar patrio, Félix Pascual se «hunde» en las entrañas de un trasatlántico. En la proa sonríe: allá, al frente, lejos..., pero no en el infinito, vislumbra la Fama, la Fortuna... Y cuando mira á popa, el corazón se le encoge, se ahoga: las costas españolas se van esfumando en la fantasmagórica policromía del crepúsculo vespertino. Rompe á llorar, mientras que su pobre «vieja» parece que aun quiere secar aquellas lágrimas en el constante agitar de su pañuelo...

Acaparado le muestra la Argentina el amplísimo campo de sus actividades artísticas. Diríamos con Campoamor que «la tierra está cansada de dar flores; necesita algún año de reposo»...

Cereales ó *cabarets*, hipódromos ó morfina, comercio ó vicio. ¿Exquisiteces espirituales?... ¿Arte ó literatura?... Existe, ¿cómo no!, si la Argentina es en su tierra y en su cielo, en su cuerpo y en su espíritu, una suprema expresión de la Belleza; es un tango-canción que adormece con la pura voluptuosidad de su romanticismo... Pero la lucha es dura, recia, cruel, porque de las cinco partes del Mundo vienen gentes á beber

CAMARA-FLO



«Avila», óleo sobre talla, por Félix Pascual

del inagotable manantial de sus riquezas, y no queda otro recurso que guardar «cola» de años, ó abrirse paso con mayúsculos valores en una formidable batalla sin fin.

Pero á Pascual no le atolondra ni el ruido comercial de Buenos Aires, ni el estrépito de los *jazz-band*; ya sabe él de los perfumados cre-

púsculos florentinos y de las alegres «noches del Bois de Boulogne». Ya tiene propia y firme orientación; ya viene á hacer, no á dejarse de hacer. Así, huye del materialismo sin caer en el escepticismo; adora á lo ideal, pero idolatra en lo real, alimenta su espíritu en el impresionismo de Sorolla, y pone los ojos en el cubismo de Pi-

casso; amalgama ambos extremismos de alma y de forma, y se adiestra—aparte caracteres propios—en la escuela superrealista.

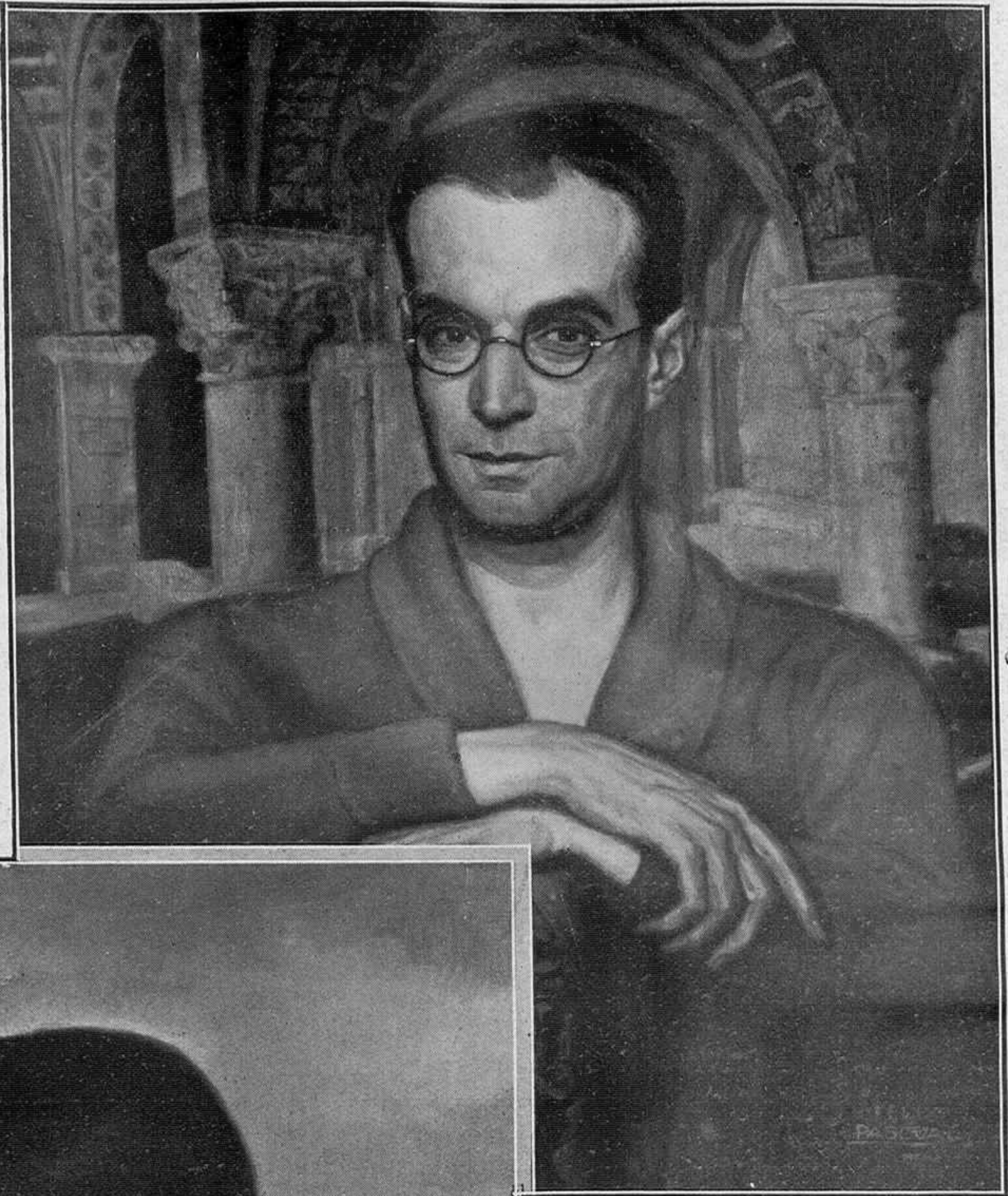
Y vence Félix Pascual en la Argentina. En Rosario de Santa Fe expone sus apuntes del viejo Madrid, sus cuadros superrealistas, sus visiones psicológicas, sus retratos de seguras

pinceladas. El «Salón Mary» se anima con los comentarios de su exquisita concurrencia, acerca de las producciones del joven pintor vasco. Una segunda exposición, en el «Salón Witcomb», termina por acreditar de una vez al novel artista. Presenta en ella treinta y seis cuadros, entre óleos y aguafuertes, y la crítica le rinde unánimemente cálidos elogios. El artista está hecho; el nombre se impone; la Fama se acerca acariciadora y sonriente; la Fortuna se asoma á lontananza, mostrando sus gasas de oro y su risa perlada... *El grillo del café, Morfinómano, Ranchos y ombúes, Piedad, Dolorosa, Señora Ignacia G. de Goyeonechea, Don Mariano Moreno Recio y Estudio* son los lienzos más destacados en ambas exposiciones; hay en ellos un superrealismo muy singular y una muy firme seguridad en la línea y en el colorido. Pascual ha conseguido definirse como un retratista formidable. Su prestigio, en este difícil campo de su actividad, es de una recia solidez. Y es que las figuras de Pascual tienen, más que forma, aliento y vida. Diríamos, en raptó lírico, que es un soberbio pintor de cuerpos y de almas...

Es por eso que Félix Pascual gana por oposición dos cátedras de dibujo: una en la Escuela Nacional de Comercio y otra en el Colegio Nacional núm. 2. Y el eco de su nombre llega á la Patria y se le nombra «miembro correspondiente de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz».

Vino á la Argentina á conquistar Fama y Fortuna; comienza á vencer en su empresa. Pero Félix Pascual, todo espíritu, presto á enamorarse de lo bello, lo exquisito, lo sentimental, es conquistado por la Argentina en la figura de una mujer con alma de poesía y ojos de dantesco infierno.

Y el joven pintor se casa.



«El arquitecto», óleo de Félix Pascual

En breve marchará Félix Pascual á España, con esposa é hija, con lienzos y cartones, con ensueños y esperanzas. Con religiosa unción besará la rugosa frente de su «vieja», que le espera llorando y rezando en el solar vasco, mirando siempre el furioso batir de las olas cántabras... Y después marchará á Madrid para hacer una exposición con sus óleos hispanorregionales. No llevan esos cuadros la expresión del ambiente regional á la manera de Sorolla; no es el paisaje, ni la luz lo que nos hace evocar el sitio; no es tampoco el clásico atavío de chillones coloridos, ni una exhibición de figuras típicas. Félix Pascual ha acometido con valentía y seguridad una difícilísima obra pictórica: sobre un fondo plumizo, donde el paisaje regional tiene ligeros y precisos perfiles, se destaca el busto de una mujer. Esta mujer simboliza á la ciudad que más define á una región española. Y esta mujer destella de su rostro, por la expresión, por la mirada, por la sonrisa—el mismo tipo, diríamos, con mil facetas distintas—, tan definida su espiritualidad, que hace surgir en nuestra mente y en nuestra alma la evocación regional de la patria lejana.

De esa patria á la que Félix Pascual rinde la devoción de sus recuerdos nostálgicos.

FRANCISCO L. PAEZ-ORTIZ



«Toledo», óleo sobre talla, por Félix Pascual

La Virgen de los Reyes...

EL día 15 de Agosto se celebran en Sevilla, con gran pompa y entusiasmo, las fiestas de la Virgen de los Reyes.

Es esta peregrina imagen la que más devoción inspira á los sevillanos, hasta el punto de que siendo las trianeras Santas Justa y Rufina, Patronas de la ciudad, es á ella á la que por tal se venera.

Dicha devoción está cimentada no sólo en la soberana belleza de la imagen, sino en la leyenda que la rodea y poetiza.

Nuestra Señora de los Reyes, que recibe culto en la suntuosa Capilla Real de la Basílica Sevillana, es una maravillosa obra del siglo XIII, de origen alemán, según unos, y según otros, regalo de San Luis de Francia á su primo San Fernando.

Los primeros fundan su opinión en el estilo y en la estructura interior de la Virgen, cuya cabeza, piernas y brazos se mueven por goznes, y los segundos en las lises que decoran su calzado.

Un antiguo cronista describe de este modo la bella escultura y las ricas joyas que en otros tiempos la alhajaron:

«Primeramente está la imagen de Santa María, que semeja que está viva en carne con su hijo en el brazo en un tabernáculo que está más alto que los reyes, muy grande, cubierto todo de plata y la imagen de Santa María es fecha en torno y la levantan y la asientan cuando quieren, para vestir á ella y al su hijo; su paños de carmesí, mantos pelotes e sayas y la imagen de Santa María, tiene una corona de oro en que están muchas piedras granadas, que son zafiros, é rubies, esmeraldas e topacios. E otra tal corona tiene el su hijo, que dicen que costaron estas dos coronas al rey don Alfonso, mas de un cuento.

«E tiene la imagen de Santa María un anillo de oro en que esta una piedra rubi, tamaño como una avellana e dicen que hay de plata en el Tabernáculo y en la imagen de Santa María y del su hijo, más de diez mil marcos de plata, en que están engastadas hasta dos mil piedras, zafiros e rubies e esmeraldas e topacios e de otras piedras preciosas, menudas muchas de ellas. Otrósi ensomo de el chapitel, sobre la Corona de Santa María están cuatro piedras esmeraldas en los cuadros que son tamañas cada una como una castaña. E estaba como del chapitel un rubi tamaño como una nuez e cuando abren aquel Tabernáculo de noche oscuro relumbran aquellas piedras como candelas.»

La preciosa imagen ostenta ahora una nueva corona de un mayor valor y arte, pues alcanzó su precio á dos millones.

Aparece la Virgen sentada en lujosísimo sillón, teniendo á su Divino Hijo sobre las



La Capilla Real de la Catedral de Sevilla, donde se veneran la imagen de la Virgen de los Reyes y el cuerpo de San Fernando (Fot. Linares-Sevilla)



La imagen venerada de la Virgen de los Reyes

...reina en Sevilla

faldas. Para edificar la capilla donde se venera fué preciso derribar la que se había levantado al naciente de la antigua Mezquita, habiendo dado permiso para ello por Real Cédula el Monarca Don Juan II.

Más tarde, en los años de 1518, 1534 y 1535, el emperador Carlos decretó otras cédulas excitando al Cabildo Catedral para que se imprimiese mayor prisa á las obras, cuyo proyecto se debía al maestro Martínez de Gainza.

Aquellas quedaron terminadas por completo alrededor del año 1588.

En dicha capilla reposan los cuerpos del Santo Rey Fernando, de su hijo Alfonso X el Sabio, de la Reina Doña Beatriz de Suavia, del Monarca Don Pedro I de Castilla, de los Infantes Don Alfonso y Don Fadrique y de Doña María de Padilla.

La urna que conserva el cuerpo incorrupto del Rey conquistador es de plata y fué construída en el siglo XVIII.

En torno á la escultura de la sagrada imagen de la Virgen de los Reyes se ha labrado una poética y maravillosa leyenda que el pueblo va repitiendo de generación en generación, dando rienda suelta á su fantasía.

Se dice que estando acampadas las fuerzas del Rey Santo en los alrededores de Sevilla, poniendo cerco á la Ciudad para su conquista, y habiendo el Monarca mostrado deseos de poseer una imagen de la Soberana Madre de Dios, presentáronsele tres mancebos ofreciéndose á labrarla, más poniendo por condición de que durante su trabajo no habrían de ser vistos.

Accedió á ello el Rey, y, pasados los días estipulados, vióse, con la natural sorpresa, que los mancebos habían desaparecido una vez terminada la magistral obra resplandeciente de belleza y hermosura.

La leyenda agrega que los jóvenes escultores eran ángeles de los cielos y la espléndida imagen un prodigio milagroso de sus manos.

También es creencia tradicional que en el momento en que aparece la Virgen por la Puerta de los Palos de la Basílica, el día de su procesión, concede á cada suplicante una de las tres peticiones que se le hacen con fe; y así acude la gente á la plaza componiendo una inmensa muchedumbre fervorosa y esperanzada.

La procesión es una maravilla de arte y un sublime espectáculo de lujo y de grandeza.

Se celebra en la mañana canicular, de luz cegadora y perfumada con esencias de nardos, jazmines y albahaca.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

La gran figura del momento

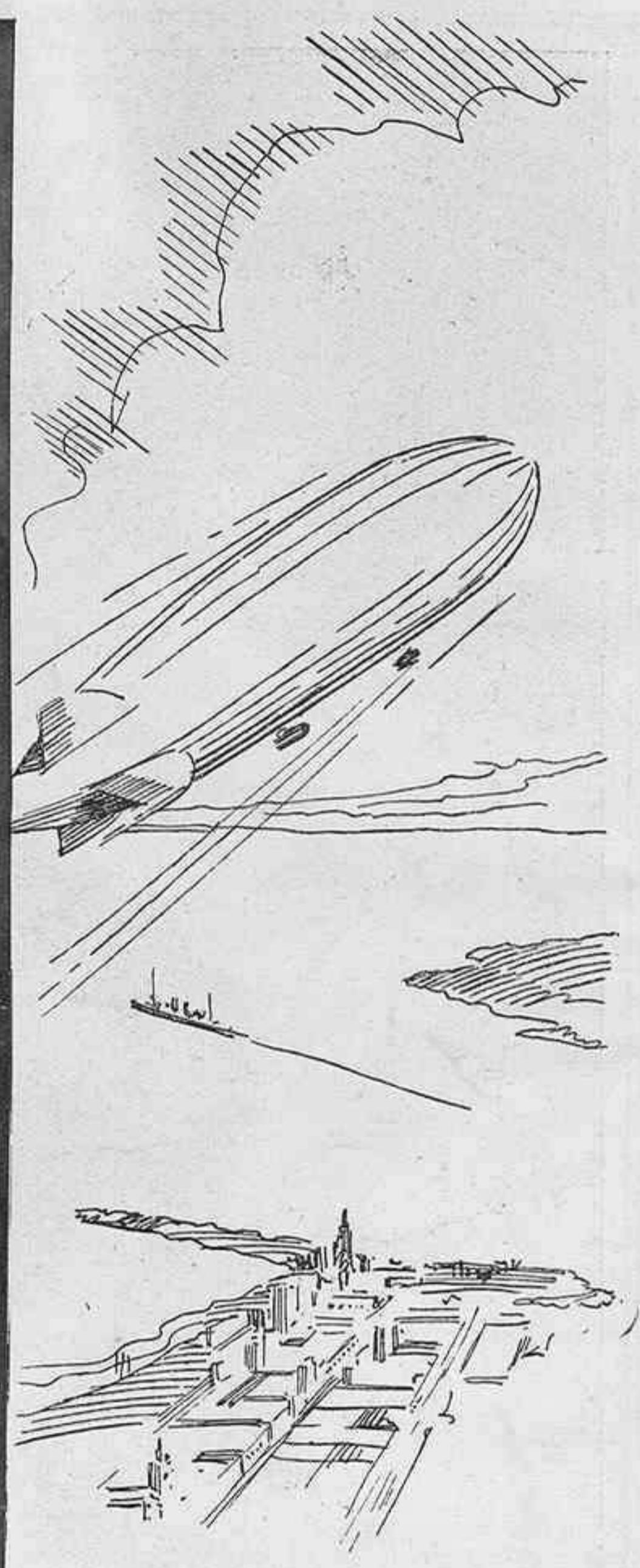
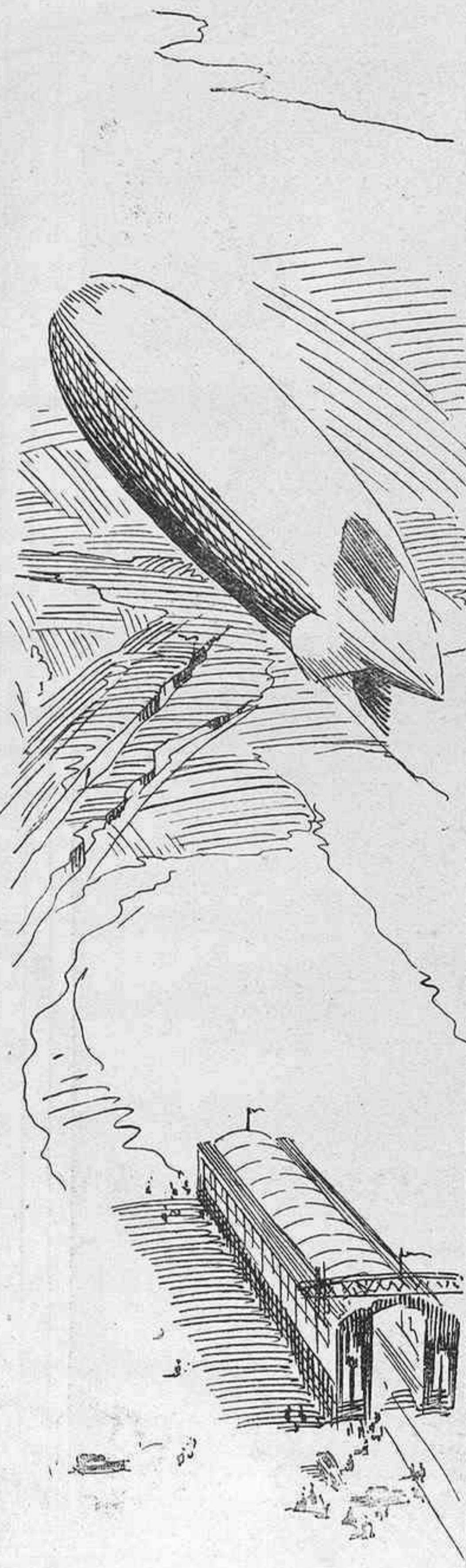
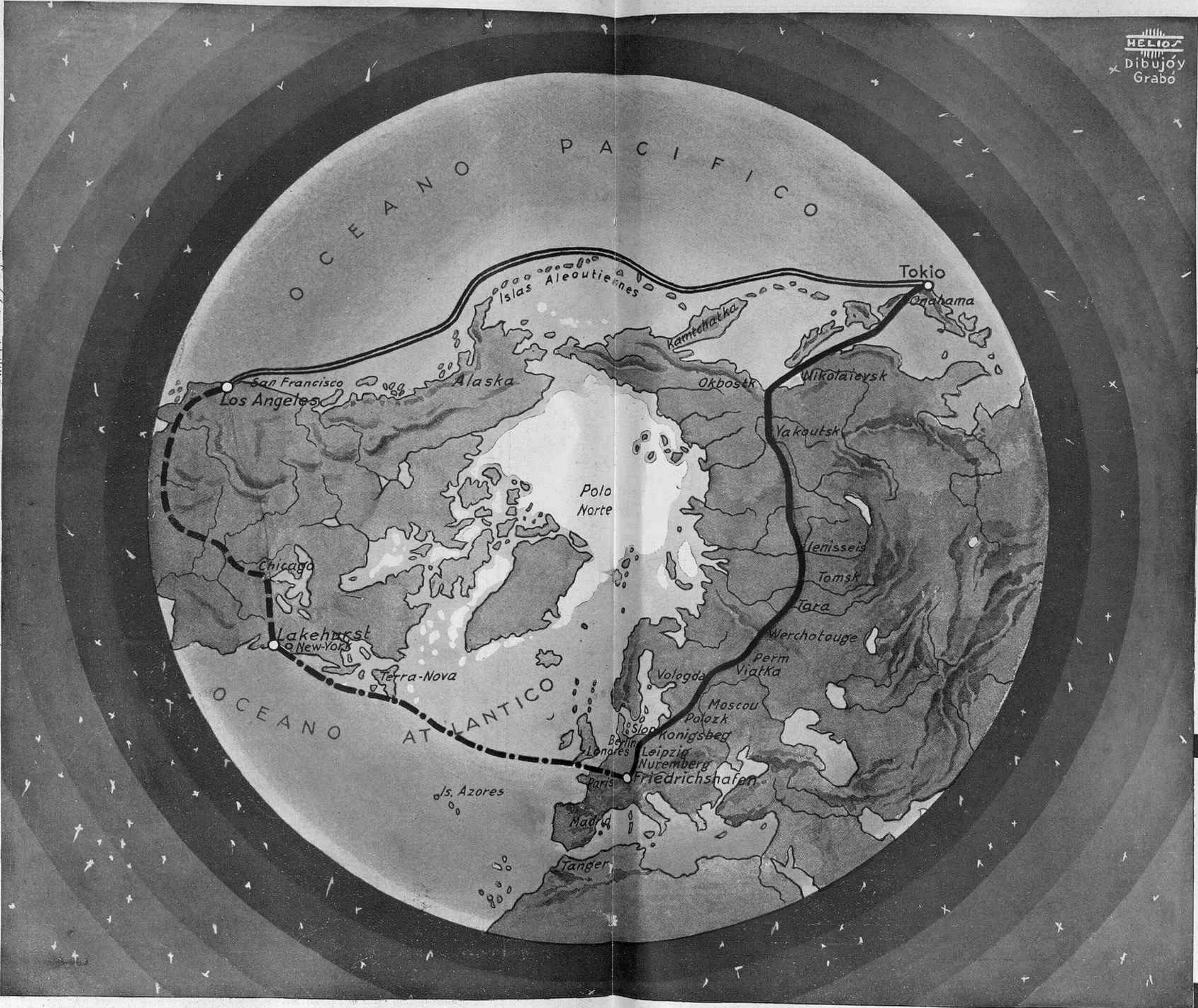
Eckener, conquistador del aire



El doctor Eckener, constructor y piloto del «Graf-Zeppelin» y capitán de ese puñado de valientes que, tripulando el dirigible alemán, realizaron la más prodigiosa expedición aérea que la ambición humana pudo soñar: la vuelta al mundo en doce días y medio de vuelo útil, salvando, sin más escalas que las de Friedrichshafen, Tokio y Los Angeles, los setenta mil kilómetros del ciclo Lakehurst-Lakehurst por el Atlántico, Europa, Asia, el Pacífico y América

(Fot. Marín)

ITINERARIO GENERAL DE LAS ETAPAS SUCESIVAS RECORRIDAS POR EL «GRAF-ZEPPELIN» EN SU MAGNIFICO VUELO ALREDEDOR DEL MUNDO, EN 288 HORAS



- Primera Etapa
- == Segunda Etapa
- - - Tercera Etapa
- Cuarta Etapa

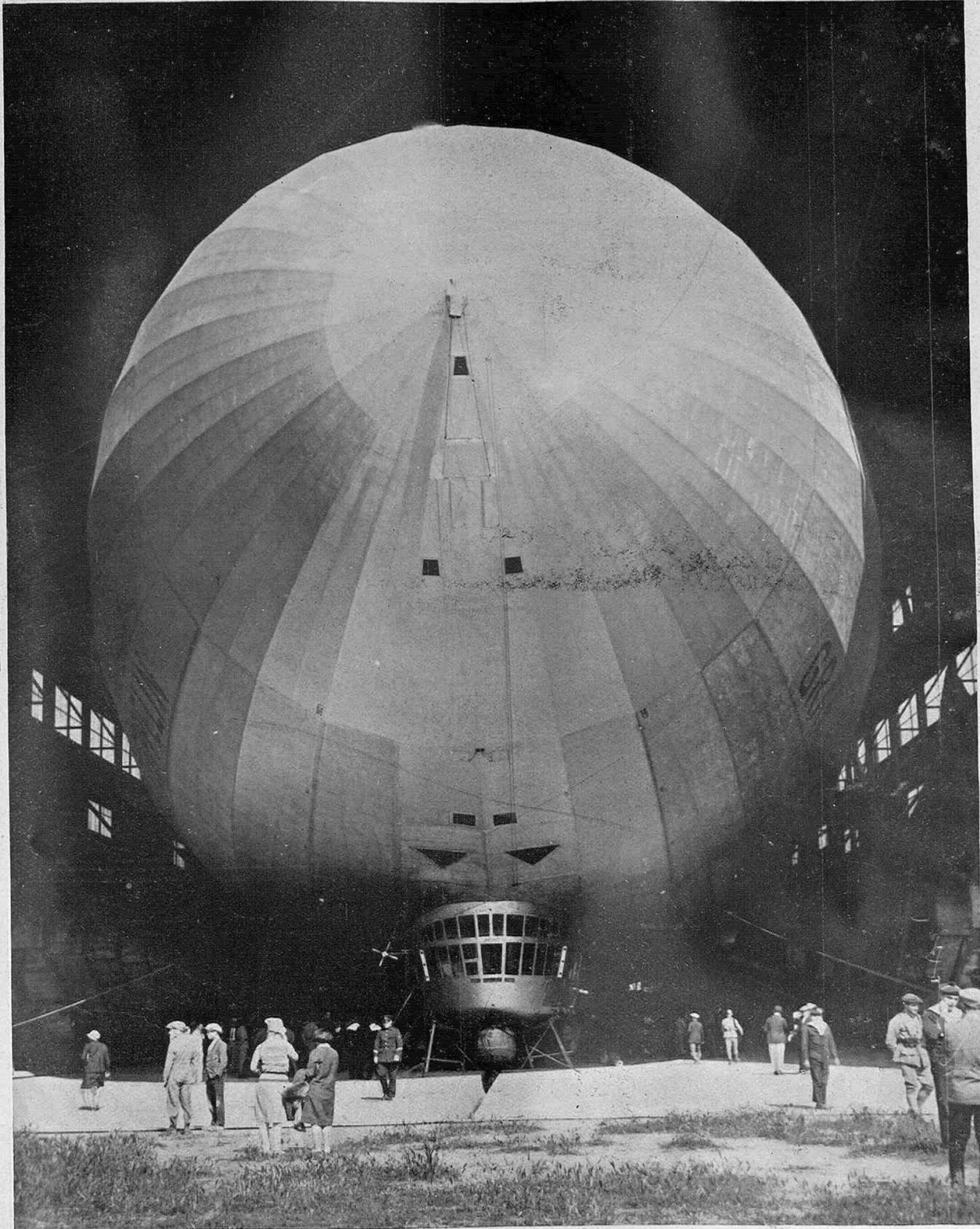
He aquí, resumida en una perspectiva del Mundo, y señalada con diversas líneas que indican las etapas sucesivas, la hazaña sin precedente llevada á cabo por el dirigible alemán construido y piloteado por el doctor Eckener, continuador de la obra de conquista del espacio por el «más ligero que el aire», emprendida, hace muchos años, por el conde Zeppelin, inventor y primer constructor de los dirigibles que llevan su nombre (Notable dibujo de Ernesto Pérez Durías)



LA GLORIA UNIVERSAL DEL «GRAF-ZEPPELIN»

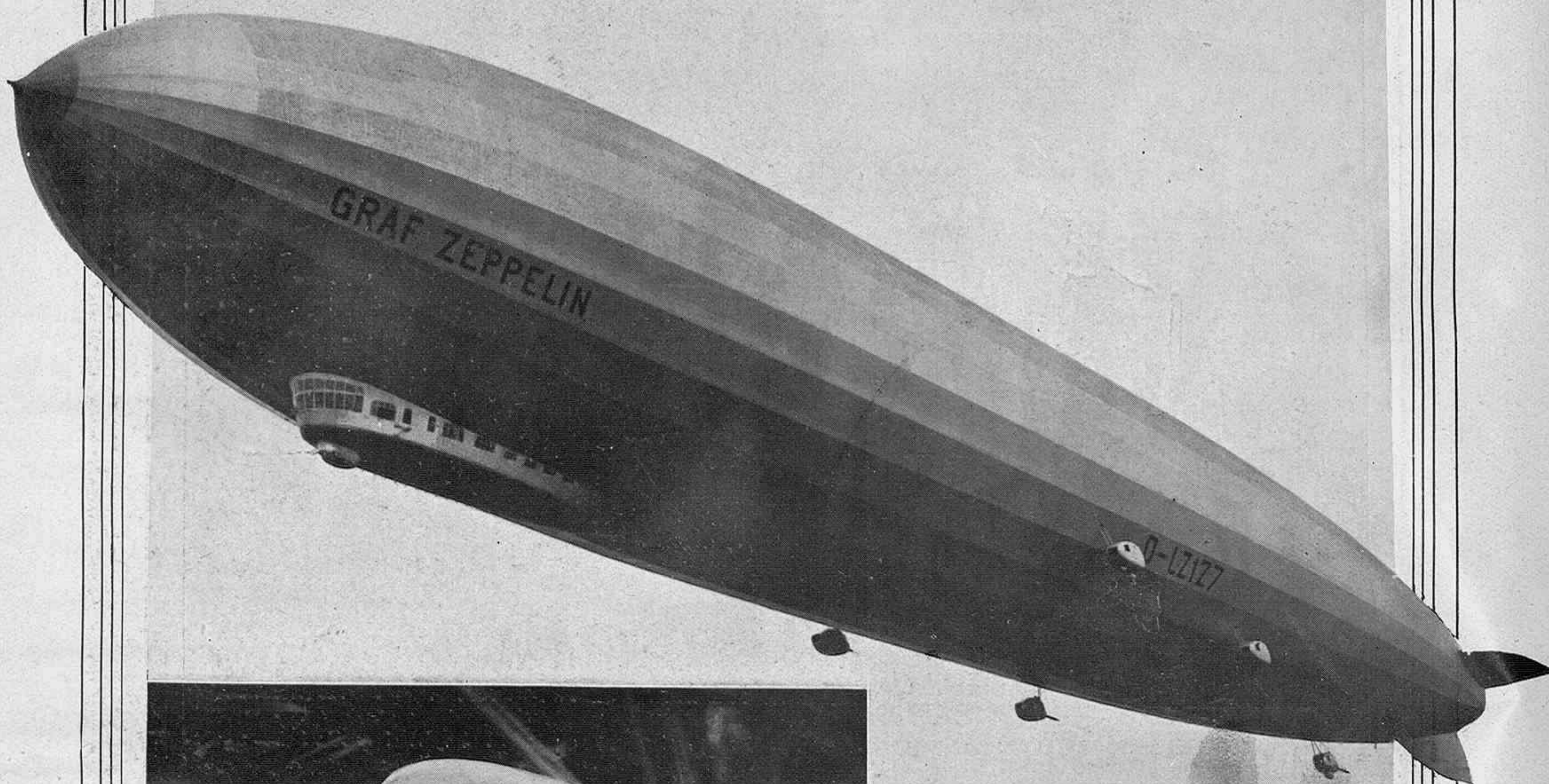
La soberbia y triunfadora nave del aire pasa sobre el monumento á la Victoria, de Berlín; y en este momento simbólico la alada figura, en lo alto de su columna, recupera, en la pacífica victoria, los laureles perdidos en reveses de guerra

(Fot. Vidal)



EL DESCANSO DE LA AERONAVE GLORIOSA

Al término de una de sus épicas jornadas, el *Graf-Zeppelin* descansa bajo el cobertizo que le da albergue. El navío del aire, vencedor de las distancias y de los elementos, recobra, en la angostura del refugio, su aspecto de juguete á un tiempo formidable y frágil: de juguete que sería nada ante la inmensidad, si la ciencia, el arte y la audacia de los superhombres no le prestaran un alma capaz de dictar leyes al Destino...



El espíritu del viejo conde Zeppelin, creador de la flota alemana de dirigibles y de los laboratorios y talleres en donde se han formado científicos y técnicos del mérito y de la voluntad de un Eckener y de un Lhemann, estará satisfecho si, desde el misterio del más allá, puede contemplar la gloria de este *Graf-Zeppelin*, hijo póstumo de su genio.

Todos los *records* de navegación aérea quedan distanciados y batidos fastuosamente por el fantástico vuelo del *Graf-Zeppelin* en derredor del mundo, salvando los continentes y los océanos, venciendo las tormentas y cerrando el ciclo de su magnífico viaje sobre el Atlántico, sobre Europa y Asia, sobre el Pacífico y sobre América, en doscientas ochenta y ocho horas.

La hazaña del *Graf-Zeppelin* es la más rotunda victoria humana en la conquista de las rutas del aire.

El «Graf-Zeppelin» en el aire, y retrato del conde Zeppelin, creador de los modelos de dirigibles que llevan su nombre (Fots. Vidal)



BARCELONA

TEMAS DE LA EXPOSICIÓN

La campana, el agua y la luz

EN esta curiosa realidad, en que se basan los mejores aciertos del Hombre, y que se llama modestamente la filosofía de las pequeñas grandes cosas, á pesar de su paradojismo y de constituir la trama evidente de la historia universal, habrá de figurar el encanto de los detalles arrinconados de esta Exposición, cuyo poderío deslumbrante y belleza de magnificencia no ha podido borrar ni absorber la propia virtud de sus ínfimos componentes.

Ni los grandes palacios de fantástica prestancia, ni las disposiciones de urbanismo, realmente maravillosas, han logrado el olvido de la pequeña cosa. Por el contrario, el observador imparcial y justo las destaca notablemente en su memoria admirativa, al cancelar su visión del certamen barcelonés.

Pasado el primer momento de entusiasmo ante la obra total, aligerada la imaginación del apasionamiento que forzosamente provoca el arte colosal del conjunto que revive la brillante leyenda de los cuentos de hadas, el espíritu sereno vuelve al cauce de sus emociones puras y, abandonando el camino de lo fantástico, emprende con singular deleite el senderillo poeta de lo que le llega muy adentro.

Y entonces aparecen como cimientos fundamentales de la belleza creada en tierra de Montjuich y frente al Mediterráneo, la campana, el agua y la luz.

La campana que ora en la torre mudéjar, ya



CÁMARA-FIU

El campanario mudéjar que otea los nuevos horizontes desde la soberbia gallardía de su torre...

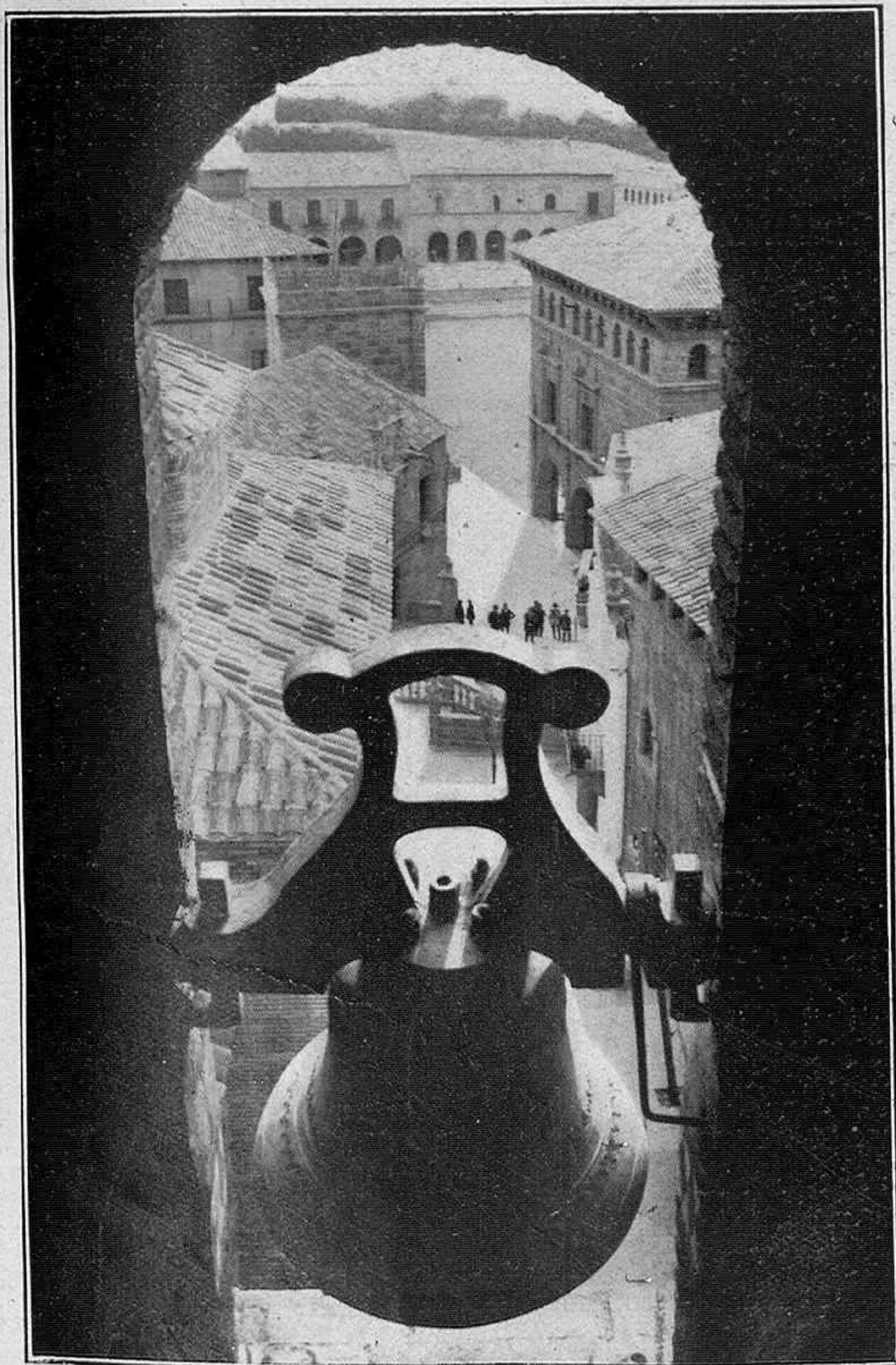
en la ermita ó sobre la gallardía soberbia del monasterio, llama á los ojos para que se aparten de piedras y riscos, y vean el horizonte completo del recinto; pero no el que marcan murallas y árboles, sino el otro, el que puede ser para España el marco grandioso de un nuevo concepto y de una nueva Patria. El horizonte de la Nación futura á que todos aspiramos, con más deseos de gloria para ella y perdón para los que no supieron conocerla, que rencores para otros tiempos, cuya exacta definición presente y pasada se resiste al dúctil deseo del buen patriota.

El agua, que desde la modesta plazuela andaluza, llena de sol y de encanto, como himno de admiración y homenaje á la tierra hidalga, que brota rosas donde murieron héroes, y que guarda todo su castizo sabor de sobria belleza y peculiar poesía, á las gigantescas combinaciones de cascadas y surtidores, prodigios de la mecánica moderna, cuyo dominio y descubrimiento estaba destinado á nuestros contemporáneos, entra mansamente por tubos imperceptibles en la Exposición y, tras el lógico martirio de sus dispositivos, salta hasta el cielo azul para tender sobre el certamen su divino manto de cristal.

Y la luz, la luz, que es sol caliente y deslumbrante durante unas horas del día y es locura de colores y orgía de la imaginación durante la noche encantada, cuyo negro manto ahuyenta, desafiando á las estrellas con el poder arrebatador de sus juegos y sorpresas, que obligan á dudar de la fría razón que regula el día y la noche.

Por encima de los grandes tesoros artísticos de pabellones y departamentos; por encima de

... Y la voz de bronce que llama á los ojos para que se aparten de las piedras y se embriaguen de azul...





La plazuela callada, llena de sol y de encanto, en la que la típica fuente de castizo sabor canta himnos de homenaje á la tierra andaluza...

las afortunadas exhibiciones del progreso nacional en todas las manifestaciones de la actividad humana, y por encima del valor que representa la labor de idear, escoger y realizar cuanto constituye una exposición de este rango, están las pequeñas cosas que le dieron el verdadero ser.

Sin ellas, la exposición no hubiera pasado de serlo. Con ellas, el certamen es algo más, mucho más que una exposición más que siguiera mejor ó igual camino iniciado y seguido por docenas de exposiciones con que los industriales de todo el mundo, de acuerdo con sus municipalidades, han ofrecido sus plausibles adelantos á la aprobación de sus visitantes.

El agua y la luz han aristocratizado la exposición, han elevado su categoría artística, le han envuelto en un ambiente elegante de prestancia y prestigio, desterrando toda idea de escaparate mercantil y atrayendo el gusto prócer del museo de Atenas, realizando el milagro de dar simpatía á un monte que nunca la tuvo, y vehemencia inusitada á una ciudad cuya psicología se ha querido unir siempre, con igual torpeza que ignorancia, al concepto de huraña hosquedad.

Barcelona, que tanto se debe á sí misma, deberá á su certamen la gracia impagable de haber abierto en su vida una ventana al infinito. Una exposición—la de 1888—la hizo rica, multiplicando su población, lanzando al mercado mundial sus productos y ensanchando su territorio. Esta—de 1929—la ha hecho señora, para cuantos sólo la creían rica, por no conocerla más que á través de interesadas referencias de toda especie, jaez y procedencias.

El agua y la luz, derrochadas sabiamente, desparramadas con cálculo de poeta y visión de precavido, han dado al certamen



Un modesto farol, cuna de la luz que crea, purifica y conduce...

la única nota que podía poner sobre sus torres el regio manto de lo que no se olvida.

Y sobre ellas la campana, quizá más humildemente, ha cumplido la misión de llamar á cuantos tengan ojos y quieran ver, y alma y quieran sentir.

Yo bien sé que el curioso observador que, profano y extranjero, pase bajo los campanarios del Pueblo Español, posiblemente no comprenderá cómo el tañido de estas campanas no llegó más lejos. Pero su condición le releva de deshacer el equívoco. No todas las campanas de España son de campanario; hay muchas de plata, otras mudas y alguna sin badajo; pero nada de ello basta, al contrario, justifica, que éstas de la exposición de Barcelona, casi sin moverse de su sitio, hayan logrado despertar la curiosidad, primero, y la generosa simpatía del mundo entero.

Porque no en otra cosa estriban los grandes triunfos de los hombres: agua, que vivifica, limpia y fortalece. Luz que crea, purifica y conduce. Campana que recuerda, avisa y ora.

Nuestros abuelos los moros hicieron de ello un culto.

Nuestros padres estudiaron y consiguieron su progreso.

Nosotros hemos intentado alguna vez mitigar sus efectos.

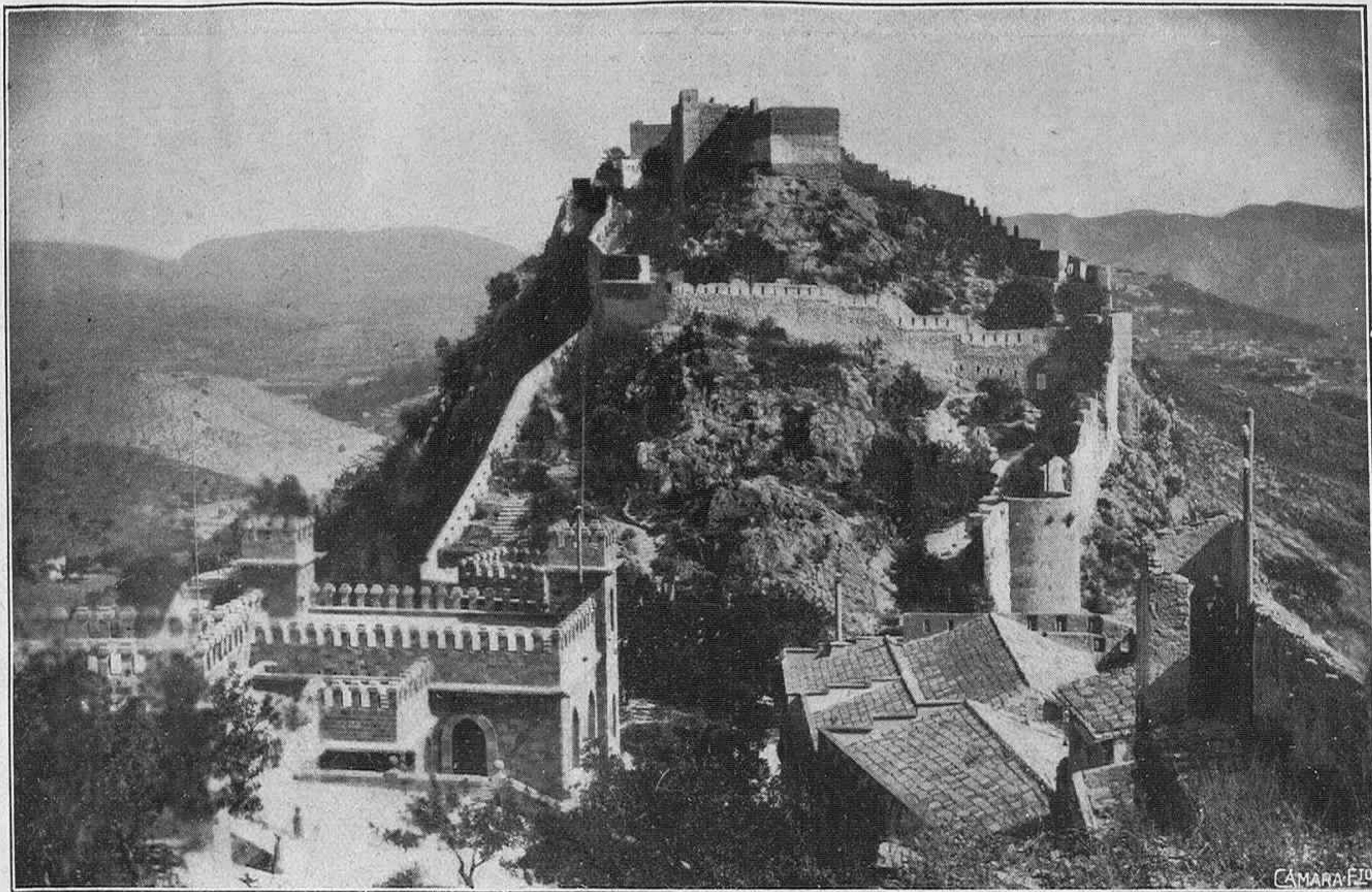
Nuestros hijos las verán brillar en su fatal apoteosis, para lo que las invita este gran éxito de la Exposición, que visitan con alborozo, sin darse cuenta de que la alegría que lleva á sus almas es justamente la filosofía de las pequeñas grandes cosas, curiosa realidad en que se basan virtualmente los mejores aciertos del Hombre.

VILA SAN-JUAN

Barcelona, 1929.



«Melodía rusa», dibujo
de Marcial Rovira y Recio



El Castillo Menor de Játiva

JÁTIVA, LA OLVIDADA

RUINAS QUE HABLAN DE AMOR

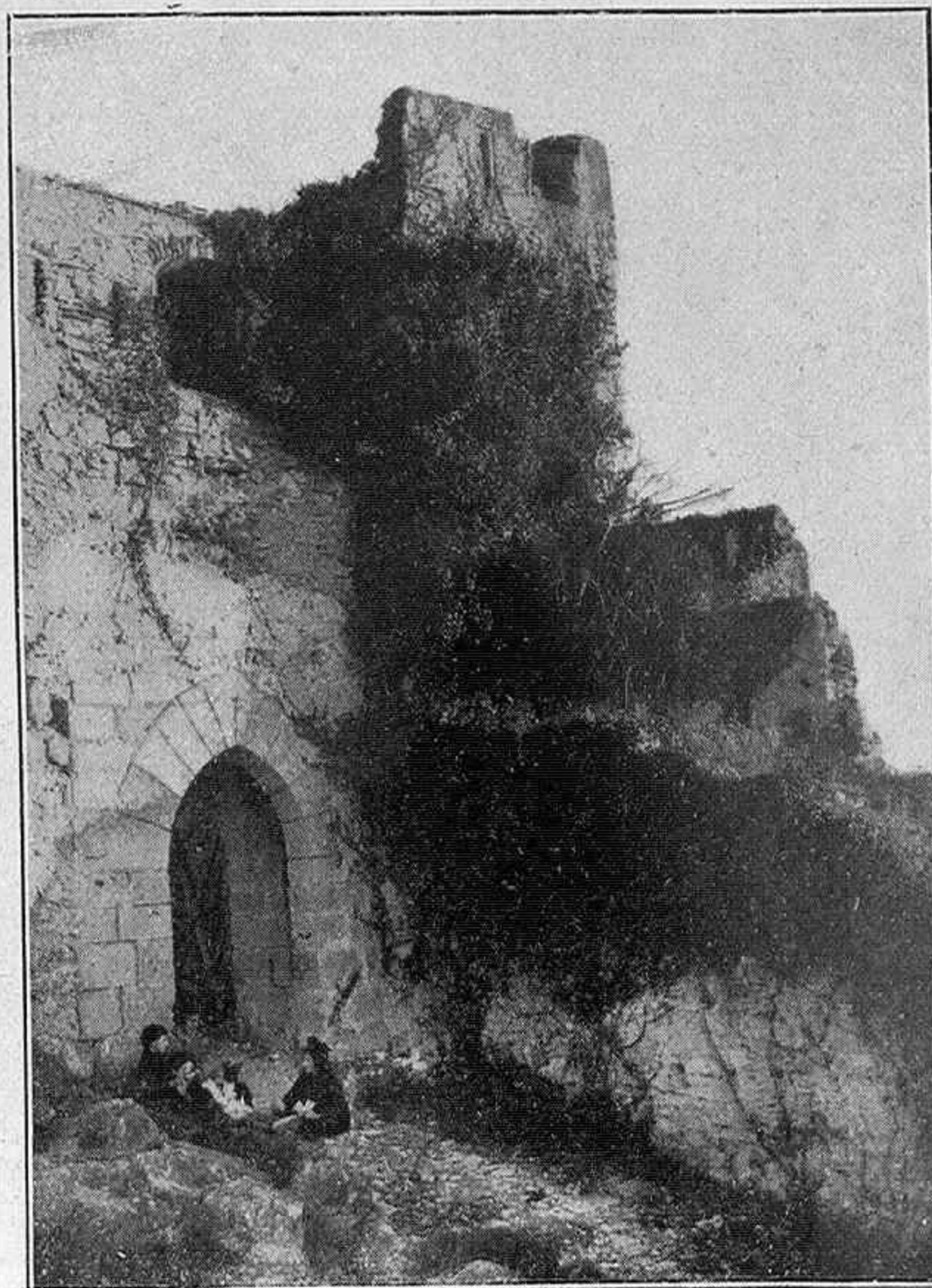
PARECE que hay puntos de la tierra donde se acumula una fuente mayor de energía que obra sobre el paisaje y sobre la raza.

Tal sucede con Játiva. Esa ciudad, hoy tan olvidada, fué la turquesa que forjó á los rudos caracteres de la familia de los Borgias; rama de héroes, pontífices y asesinos, grandes desde todos los puntos de vista que se les quiera examinar.

De Játiva salió José Rivera, niño aún, pero llevando ya inoculada su ciudadanía en la sangre. Así nos explicamos su carácter de hierro, y quizás la influencia artística que se ha atribuido á Caravaggio.

Játiva es lugar de excepción por su naturaleza, por su situación dentro de la Península y por los recuerdos de la Historia que ha grabado en ella páginas conmovedoras.

Los castillos de Játiva son como libros escritos en un idioma muerto, que no lo gramos descifrar, pero del cual se han



Puerta del castillo

traducido brillantes capítulos, por historiadores enamorados de su belleza, como su actual cronista Dr. Sarthou.

La silueta de las fortalezas de Játiva recuerda las alcazabas moriscas, y su arquitectura parece propicia para albergar todos los sueños, con su pintoresca mezcla de románico y gótico; sus torres en ruinas y sus piedras carcomidas por el tiempo y retostadas por la fuerza de su sol.

Los castillos de Játiva despiertan la ansiedad de leer en sus piedras los secretos que han quedado ocultos, y descifrar la verdad histórica de páginas que han quedado en blanco ó que han sido lastimosamente falseadas.

Da á veces ganas de increpar á los viejos muros por no haberse convulsionado para caer sobre asesinos ó por no haber abierto brechas para que recobraran su libertad prisioneros tan nobles é inocentes como el príncipe de Viana ó el duque de Calabria.

Tiene la figura del duque de Calabria, antes de llegar á su epílogo, algo de personaje escapado de un libro de Caballerías. Ofrece una gran semejanza con la virtud y la lealtad amorosa de Amadis de Gaula, acrecentada por la desgracia.

Las ruinas de los aposentos que ocupó en Játiva el heredero del trono de Nápoles están tan impregnadas de melancolía, de dulzura, que parece que su paciente espera, y una pasión vehemente hicieron que el alma del prisionero obrase sobre ellas y las saturase.

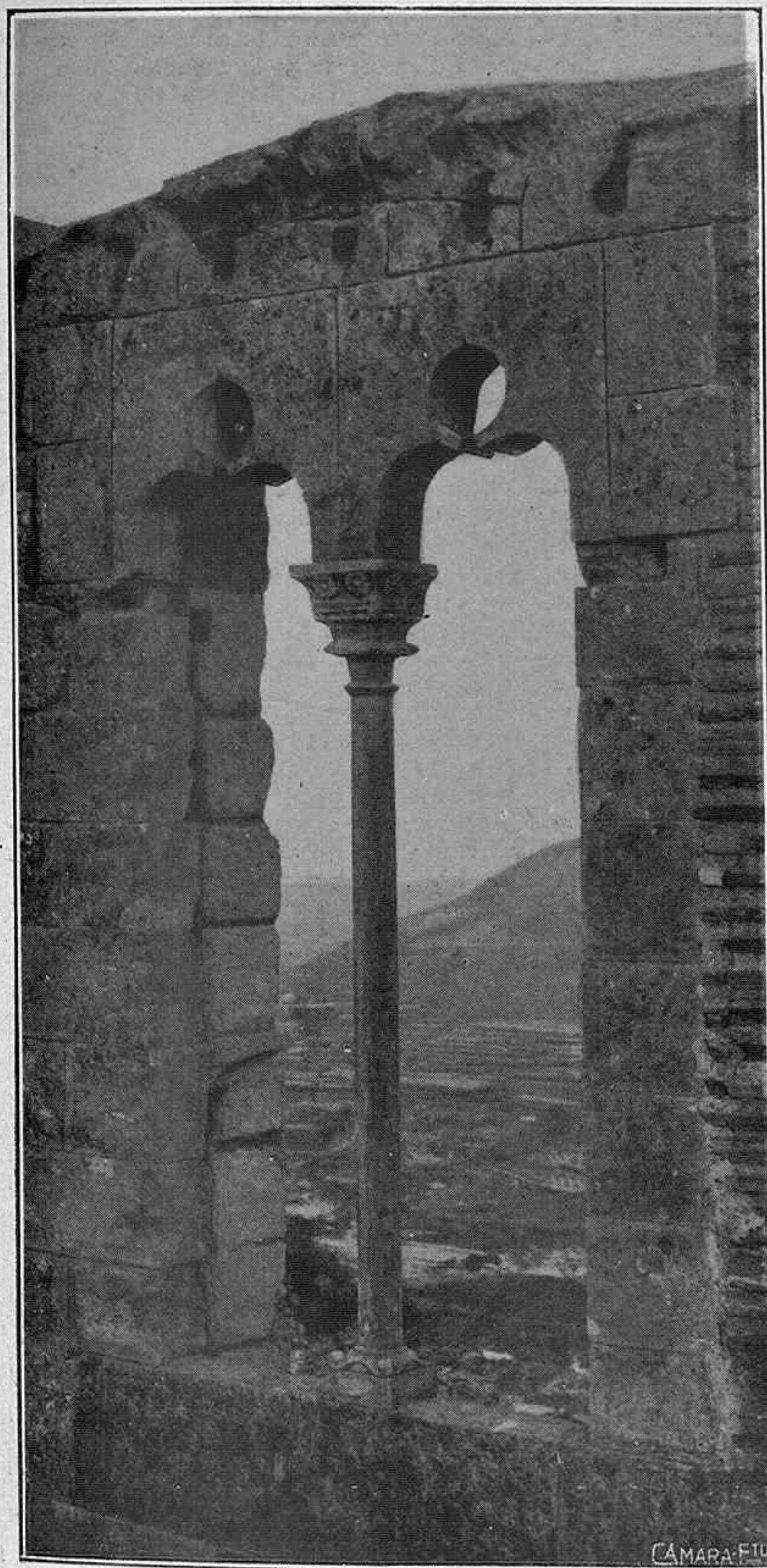
El duque de Calabria expió con años de prisión en el castillo de Játiva el pecado de ser joven, ser noble, ser heredero de un Trono codiciado por Fernando el Católico y estar enamorado de la mujer que éste elevó hasta su tálamo, una vez muerta Doña Isabel primera de Castilla.

El duque de Calabria amaba á D.^a Germana de Fox. Más que la pérdida de sus derechos al trono de las dos Sicilias, más que el alejamiento de los amorosos brazos de su madre, «la triste reina Doña Juana», sentía la pérdida del corazón de Doña Germana de Fox.

A su pasión se debe la gran virtud con que no quiso aprovechar los movimientos de las Germanías en su favor, cuando le ofrecieron ocasión de escaparse, y llegó hasta el extremo de ser él mismo quien mantuvo el orden y el prestigio de sus verdugos.

Su respeto á Doña Germana era tanto, que nunca le hizo conocer su pasión. Si alguna vez grababa en las piedras su nombre, lo borraba en seguida, temeroso de que otros ojos lo profanasen.

Aquel excesivo recato hizo que la reina, ignorante de su amor, volviera á casarse, á poco de morir Don Fernando, con



Ventanal geminado del aposento del duque de Calabria en el Castillo de Játiva



Restos del aposento del duque de Calabria en el Castillo Real

el marqués de Brandemburgo. La angustia del prisionero era tanta, que la libertad carecía para él de interés.

Y parece que alguna buena hada, compadecida al fin, hizo cambiar las cosas, con una mutación de esas que operan en el teatro los tramoyistas, tocando en la frente del duque con su varita de Virtud.

Al fin el duque de Calabria llega á verse libre y colmado de honores al par que Doña Germana enviuda segunda vez, y corresponde á su amor.

El duque de Calabria fué nombrado virrey de Valencia y desposó á Doña Germana, que ostentaba el alto cargo de lugarteniente del Reino.

La bella Valencia perfumó entre sus azahares las efusiones de aquella pasión. Juntos los dos esposos, fueron á Játiva, á visitar la prisión donde el duque consumió tantos años de mocedad, llorando su pasión y pronunciando, en la soledad de su cautiverio, el nombre de su amada Doña Germana.

La tradición marca el lugar donde los dos esposos lloraron con estos recuerdos.

Desgraciadamente, esta historia de amor fiel del duque, que resistió hasta la prueba de dos matrimonios de su adorada tuvo un vulgar epílogo.

A la muerte de Doña Germana de Fox, el duque se volvió á casar.

Pero como subsistió su pasión al través de dos matrimonios, de ella debió subsistir, á pesar del suyo propio; porque al morir mandó que lo enterrasen al lado de Doña Germana: en San Miguel de los Reyes, que ambos había fundado.

Ahora San Miguel se ha convertido en el célebre penal valenciano, como si hubiera un sino de prisión perpetua para el duque.

Su tumba y la de Doña Germana están en uno de los lugares más abandonados del presidio, sobre cuyas puertas campean sus escudos nobiliarios.

Es curioso que esta mujer que tuvo dos maridos, uno de ellos el más poderoso monarca de la Cristiandad, y este hombre que tuvo otra esposa, estén al fin como desposados en la muerte, con un desposorio único y eterno, que es como la consagración de ese amor poderoso del que nos hablan las ruinas de la prisión del duque de Calabria.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

De la «cuerda», un «nudo»

RODRIGUEZ MURCIANO

EL RASTRO DE «MALIPIERI»

ENJUICIADA la famosa *Cuerda granadina* sólo como una pintoresca anécdota de nuestra vida literaria, los *segundones*, los que gustos sufrieron los dulces estragos de un localismo absorbente, fueron poco a poco esfumándose sus figuras, perdiéndose su rastro, que apenas bucean los investigadores, contentos con si alguna vez salta al paso un detalle aislado, sin que ello les estimule a un trabajo metódico ni a una pesquisa sistemática. Y esto, a veces, supone una preterición. Un caso es Rodríguez Murciano, artista por derecho de sangre y de triunfo, y que, sin embargo, no pasa para la mayoría de un buen maestro de capilla, diestro afinador de pianos y no menos excelente narrador de cuentos y agudezas.

Infructuoso resultado dió la paciente labor de Valladar y de Cascales, los paladines más distinguidos de la famosa *Cuerda*, para aclarar la personalidad de Rodríguez Murciano; aquél, en uno de sus artículos que le dedicó en «La Alhambra», desconfiaba de encontrar los papeles. Más afortunado el autor de estas notas, logró hallar lo que se conserva actualmente de él. A su hija María y a sus nietos Teresa y Antonio debo la gratitud de haberme franqueado sin límites cuanto ellos sabían y tenían; séanles estas líneas expresión, la más intentada, de mi reconocimiento.

EL HOMBRE

A Francisco Rodríguez Murciano, tan amante de su tierra, cúpole la dicha que ansiaba Chateaubriand de morir bajo la sombra de los árboles que le vieron nacer, pues venido al mundo en Granada el 18 de Marzo de 1822, en ella murió el 3 de Septiembre de 1895.

Candorosamente, en el recuerdo de su hija brotan sucedidos a través de los que Murciano se nos ofrece dotado de una agilidad mental dinámica, de ingeniosas travesuras de niño, que le acarrearán, como obligada consecuencia, no pocos golpes de sus padres, mucho más dolorosos de no haberlos amortiguado un relleno de hierbas y papeles puesto a prevención entre las prendas del vestido.

Ya mayor, cuando en Granada la memorable *Cuerda* estaba en su auge, Murciano fué de los *nudos* más constantes y representativos de la misma, en la que se le apodaba *Malipieri*, según dice Manuel del Palacio, por haber cantado en una ópera la parte de este personaje. Porque Murciano no fué solamente músico, poseyendo una hermosa voz de bajo; fué actor de ópera en la Compañía de Ronconi, el famoso cantante veneciano que fué jefe de aquella revuelta tertulia juvenil. Ronconi le llevó consigo al Extranjero en sus prolongados viajes, durante los que Murciano cimentó su cultura, llegando a poseer el latín, francés, inglés é italiano.

Vaya un episodio más de la *Cuerda*. Frente al saloncito bajo de la casa de Mariano Vázquez, en la calle de Recogidas, vivían unas muchachas bastante bonitas, y que eran un estímulo más a la alegría inacabable de los *nudos*. Murciano llegó a intimar con una de ellas, a quien pidió una entrevista; y la noche que tuvo lugar, sus amigos, parapetados en los balcones de la casa de Vázquez, le tiraron una nube de bolitas empapadas en engrudo; Murciano acabó, y, vuelto donde sus amigos comentaban con regocijo el resultado, cuál no sería el asombro de Antonio de la Cruz, uno de los que más se habían distinguido en el bombardeo, al ver que era la suya la capa que Murciano traía en tan lamentable estado, y que éste se llevó preveyendo, con acierto, alguna ocurrencia de sus amigos.

Desde que la *Cuerda* se trasladó a Madrid, los que quedaron en Granada se reunían en la rebotica de Pablo Jiménez Torres, *Velones*, a cuya tertulia fué asiduo concurrente Murciano, muy solicitado por oírle toda una historia íntima de aquellos tiempos, así como, muy especialmente, por sus rasgos de agudeza é ingenio, siendo úni-

co para contar frases y urdir cuentos por su inimitable expresión y su mímica tan al vivo, sin exageraciones. En una ocasión, oyendo á Rubinstein, afirmaba, loco de entusiasmo: «Esas no son manos... ¡Son resmas!» Viéndose solo en sus últimos años, muertos ya sus amigos, honda pesadumbre agobió su ancianidad; poco días antes de morir lo había presentado para breve plazo.

En un mueble de cedro del gusto del siglo pasado, en que disimulados resortes descubren ocultos departamentos, que la familia conoce autónomáticamente por el pupitre, y que en su origen fué coquetona gaveta de una damisela, que lo regaló á Murciano en prueba de señalada distinción, consérvanse por sus nietos los recuerdos personales de *Malipieri*. Por cierto que muy mutilados. Ni un indicio de si el viejo Murciano, el guitarrista, mantuvo relaciones con Glinka, ni el rollo de papel en que cada *nudo* puso su nombre al levantar el vuelo de Granada, y que dejaron depositado en *Malipieri*, aunque bien pudiera ser una lista que Valladar dice que tenía, en la que constan todos los *nudos*; lista que, según manifiesta, se la facilitó Murciano. Hay una curiosísima colección de retratos, muy difíciles de identificar la mayor parte; pero que son documentos de una época que cuando menos aportan datos para la evolución de la indumentaria; es casi seguro que haya de la mayoría de los *nudos*, como hemos encontrado de Alarcón; pero repetimos que sería una labor penosa y al cabo sin fruto la de identificarlas. Entre las citadas fotografías hay algunas muy interesantes de la Granada de entonces.

Murciano debió mantener correspondencia con Ronconi, Vázquez, Alarcón y demás *nudos* ausentes de Granada; así parece indicárnoslo un papel suelto en que están anotadas varias direcciones; nada, sin embargo, hemos encontrado, excepto de Alarcón, un autógrafo sin importancia especial. Alarcón y Murciano fueron colaboradores; sobre una letra de aquel, Murciano compuso una pieza para piano titulada *La golondrina*.

LA GENERACIÓN DE LOS MURCIANO. EL ARTISTA

Hemos afirmado que Rodríguez Murciano fué artista por derecho de sangre y de conquista, y lo reiteramos. Su padre fué Francisco Rodríguez, *el Murciano*, el celeberrimo guitarrista que tanto influyó en Miguel Iwanowitch Glinka durante la visita de éste á Granada, y de cuyas influen-

cias deriva un interés reparador en el estudio de nuestro arte popular andaluz.

Recibió las primeras nociones del arte musical de un jerónimo exclaustro, á cuyo cargo corría su instrucción; después su padre fué su mejor maestro; junto á él su vocación artística, prematuramente despierta, fué fomentándose y encauzándose y demandando briosos exclusivismo de atención dió al traste con los estudios de Medicina apenas comenzados. Y ya fué su vida toda músico por profesión devota, emocionalmente sentida. Desde la zarzuela de aires populares hasta las notas graves de misas solemnes, todo fué tratado por él con acierto y originalidad, superando en composición á D. Mariano Vázquez (el *maestro Puerta* en la *Cuerda*), si bien éste le aventajó en la dirección de orquesta.

Lo que actualmente queda de su biblioteca denota que, copiosa, debió satisfacer la avidez de un espíritu amplio, lejano del particularismo de disciplina. En aquella hay poesías de Bretón y novelas de Enriqueta Lozano; discursos académicos de Riaño y estudios arqueológicos de Gómez Moreno; curiosidades bibliográficomusicales, los elementos de música de Rameaux, el tratado de *Geneuphonia ó generación de la bien sonancia música*, del mariscal de campo Virués, entre otras.

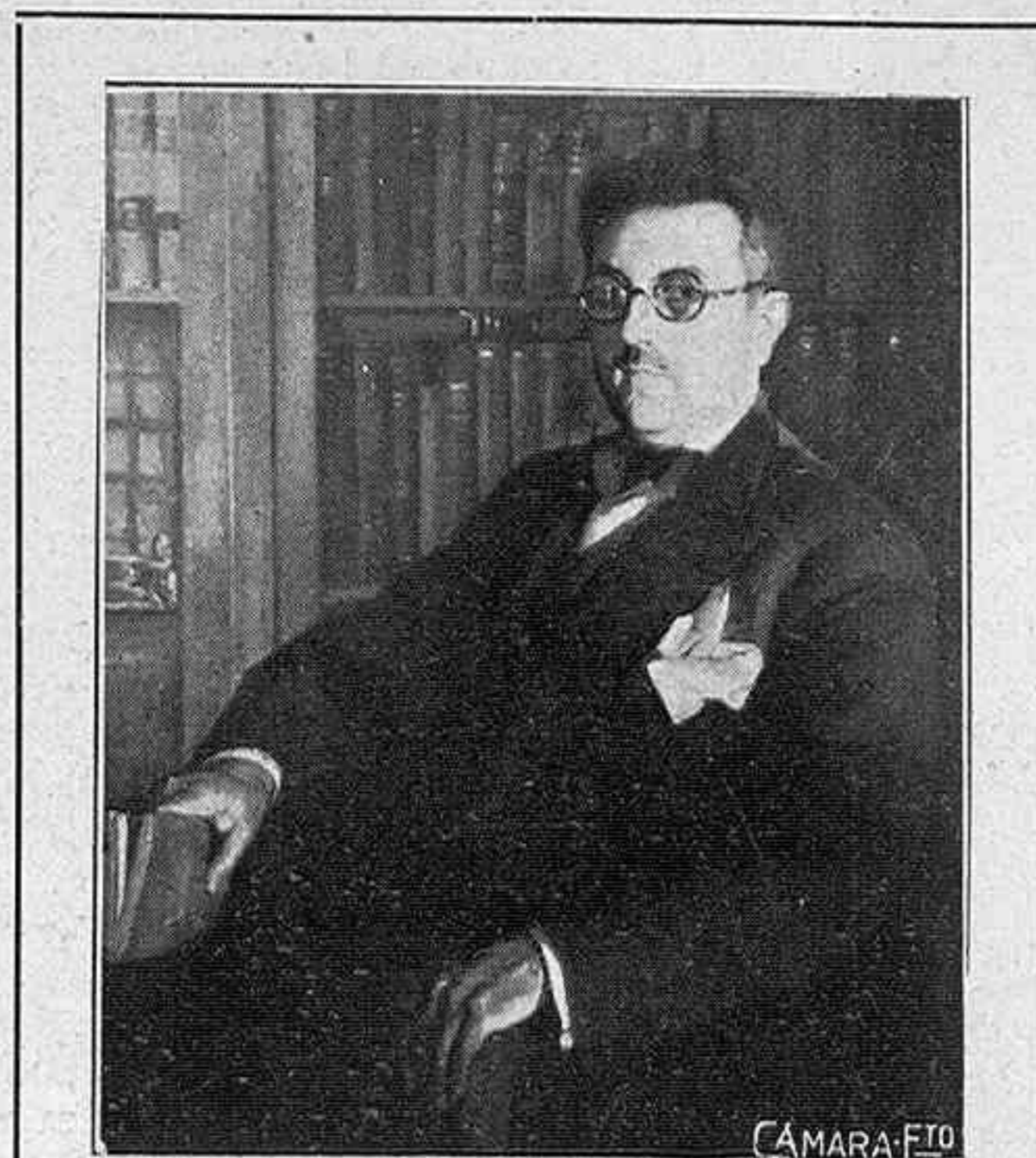
Del interesante y nutrido archivo de Murciano merecen destacarse en la mención los numerosos apuntes de arte popular andaluz, colección completísima é imprescindible de consultar para un estudio documentado seriamente; entre ellos, cuidadosamente conservadas hallamos variaciones de *rondeña* para guitarra, que, sin duda, Murciano anotó de la inspiración de su padre.

El insigne Falla examinó lo encontrado para enjuiciar su mérito, atendiendo cariñosamente á mi solicitud. «Por lo pronto, puedo decirle á usted que Murciano era un músico que sabía muy bien su oficio.» Tal fué el avance de su opinión. Y días después me confiaba entusiasmado su propósito de hacer una fantasía á base de las obras de Murciano. La promesa de Falla es el mejor elogio del arte de Murciano.

FILOSOFÍA DE UNA HISTORIA

Como hay que buscar lo eterno en el aluvión de lo sin importancia y ofrecer lo pasado como lección viva á través de una huella, se precisa ver en la *Cuerda* algo que no sea la broma, la labor ligera, puramente de ocasión y que con ella muere. Y hasta ahora sólo esto se había hecho; hablar de la *Cuerda* era reducirse á reír la genialidad de sus travesuras. Justo es orientarse en un sentido de seria crítica estimativa de lo que aquellos hombres supusieron y aun hoy siguen suponiendo en nuestra cultura. Dijo Manuel del Palacio que no pocos de aquellos *bocetos* de la *Cuerda* fueron años después acabados retratos. No puede olvidarse que algunos de nuestros hombres representativos del siglo XIX hicieron el aprendizaje de la lucha siendo *nudos*. Es necesario poner junto al «nudo» «Fenómeno», que historió la parte externa de la reunión, alguien que haga la filosofía de esa historia. Su falta ha llevado á la afirmación de que la *Cuerda* no tuvo unidad, que sus miembros se mezclaron, pero no llegaron á combinarse. No fué bastante el contacto. Se requería—se afirma—un hombre superior, un Ganivet de la «Cofradía del Avellano» que le diera la nota de totalidad, asumiendo y elevando él la síntesis, el motivo de la comunidad. Pero pensamos que la *Cuerda* no pudo tener ese hombre-todo, quizás porque en ella abundara el tipo, y es muy raro encontrar una cabeza superior que figure en sí varias superiores cabezas. Por eso ese polifacetismo de la actividad de la *Cuerda*, porque cada uno era uno por sí mismo. Y la *Cuerda*, humanamente, no pudo ser otra cosa que la trabazón de aquellas independencias.

RAFAEL CARRASCO



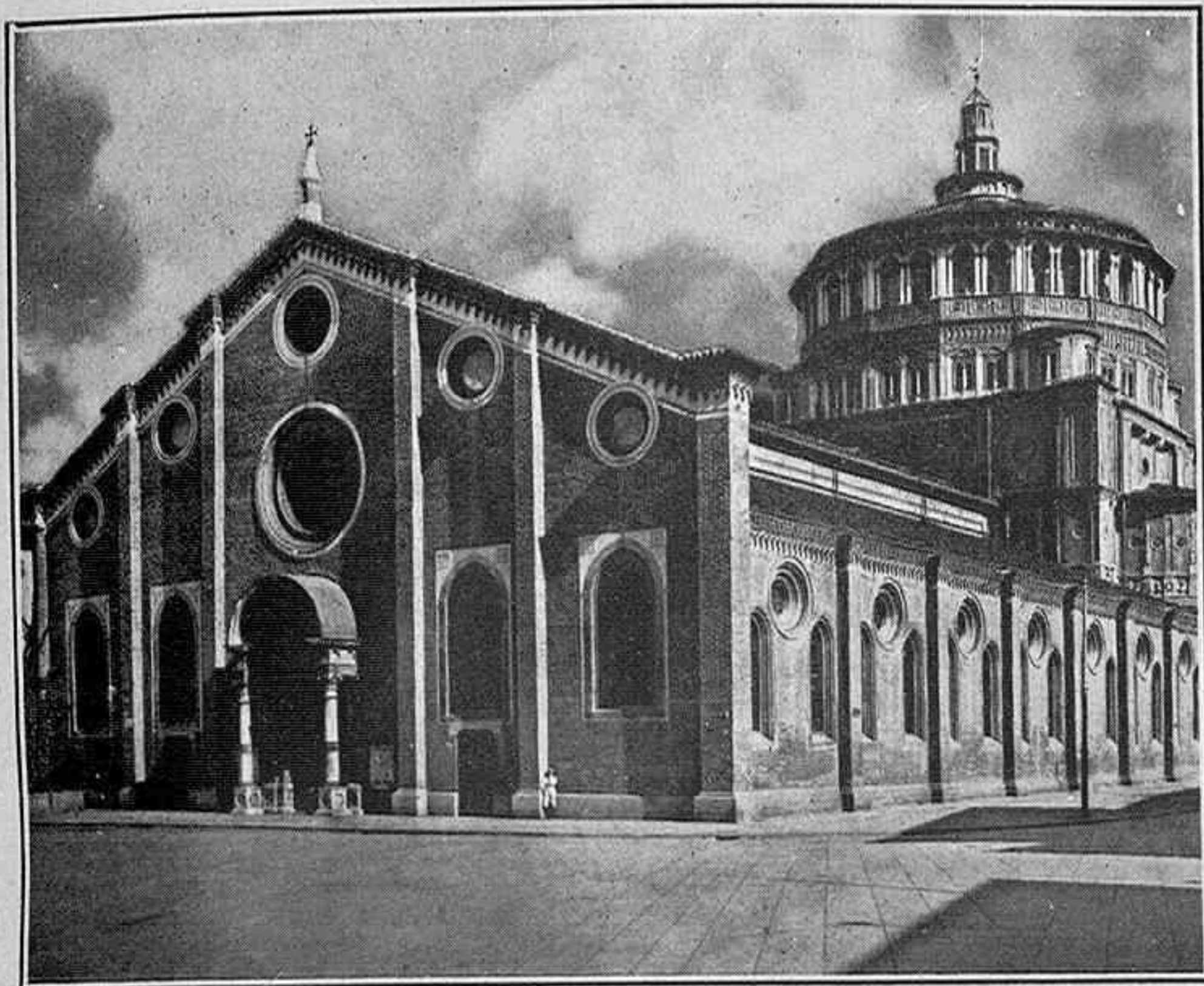
DON CRISTOBAL PORCUNA

Notable médico malagueño, una de las figuras destacadas de la Ciencia en la hermosa ciudad andaluza. Magnífico óleo del laureado pintor D. Joaquín Capulino Jáuregui

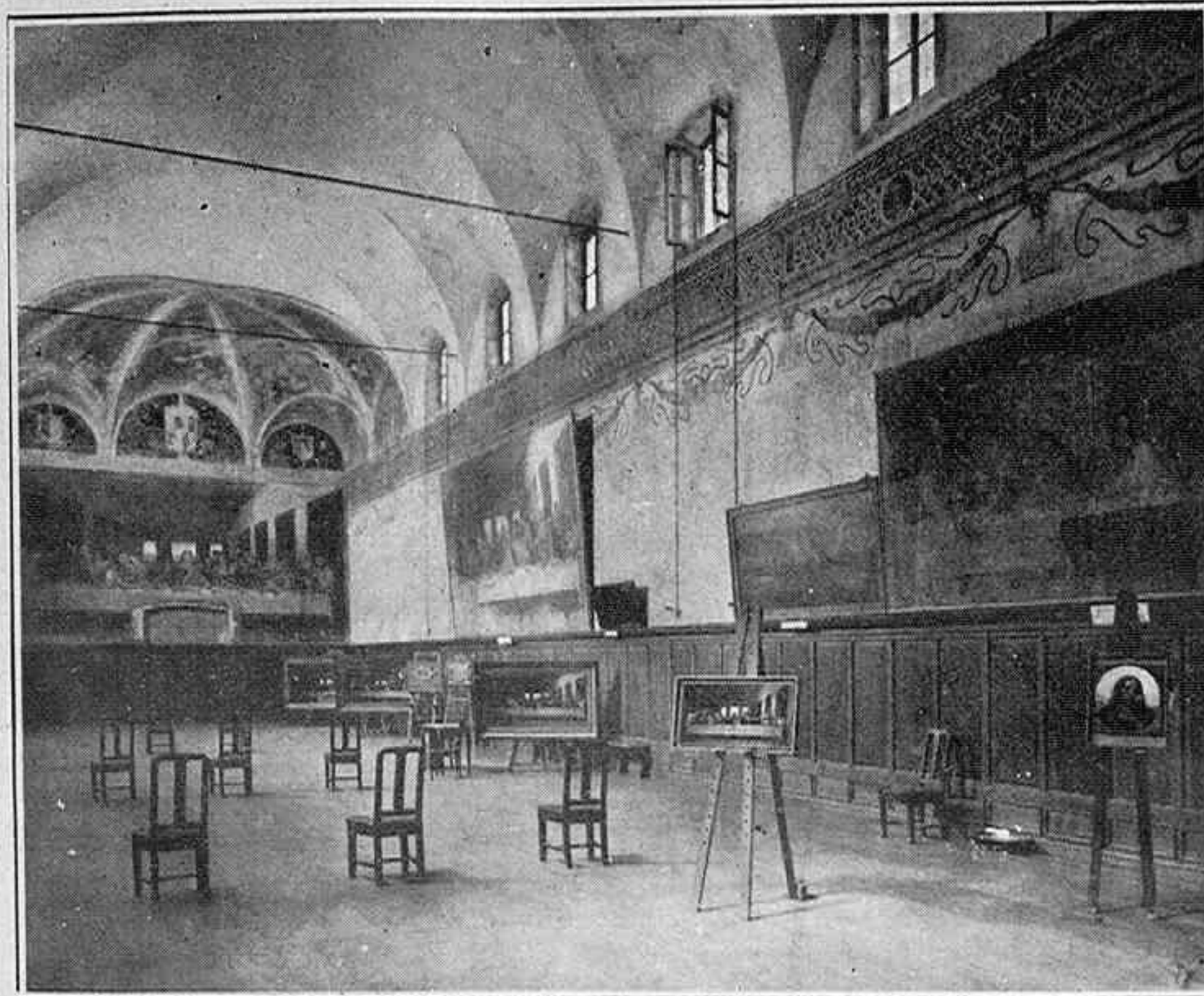
(Fot. Murillo Carreras)

DE LA ACTUALIDAD ARTÍSTICA INTERNACIONAL

LA "SANTA CENA", DE LEONARDO DE VINCI



La iglesia de Santa Maria delle Gràzie, de Milán, construida en 1464, que forma parte del Convento de Padres Dominicos



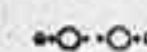
Vista del refectorio del Convento y cenáculo vinciano, en donde se conserva la célebre «Cena» de Leonardo de Vinci

DETERIORO Y PERIPECIAS QUE HA SUFRIDO Y SUFRE LA PRECIADA JOYA PICTÓRICA

SABIDO es que en la famosa *Cena*, como en todas las obras de Leonardo de Vinci, se da una circunstancia especial que contribuye á mantener vivo el recuerdo del inmortal *capolavoro*, y que además tiene la virtud de convertirla, de tiempo en tiempo, en interesante tema de actualidad; de la actualidad artística, por lo menos. Pero esta circunstancia no es como las que concurren en otras pinturas del gran florentino. En ella no se trata de apasionada controversia sobre su autenticidad, como sucede con el *San Juan Bautista* de Leningrado; ni de suposiciones, más ó menos fundadas, sobre si el pintor terminó ó dejó sin terminar su obra, como discútese aún respecto del *San Jerónimo* de la Pinacoteca vaticana; ni de probable duplicidad, como ocurre con la *Virgen de las Rocas*, de la *National Gallery*, de Londres, ó con la *Gioconda*, del Museo del Prado; ni, mucho menos, de sorpresas ruidosas, como la que la señora Hahn originó hace poco tiempo, presentando una tercera *Belle Ferronnière*, cuyo reciente pleito todavía no se ha olvidado... En la *Cena*, del Convento delle Gràzie, de Milán, se trata de otra particularidad de índole diversa; de una triste y deplorable circunstancia: el deterioro inexplicable y constante que

—como es notorio—sufre la admirable pintura; deterioro que amenaza convertirla en irremediable ruina, si en plazo breve no logran los medios modernos conjurar el amenazador peligro que sobre ella misteriosamente se cierne. Y comoquiera que la *Cena* atraviesa actualmente una nueva fase de actualidad—porque en estos días se ha prohibido la entrada al refectorio del convento, una de cuyas paredes ocupa, al efecto de limpiar la superficie dañada, delicada tarea encargada al pintor Silvestri—séanos permitido recordar las peripecias por las que ha pasado y recoger, en estas líneas, algunos deta-

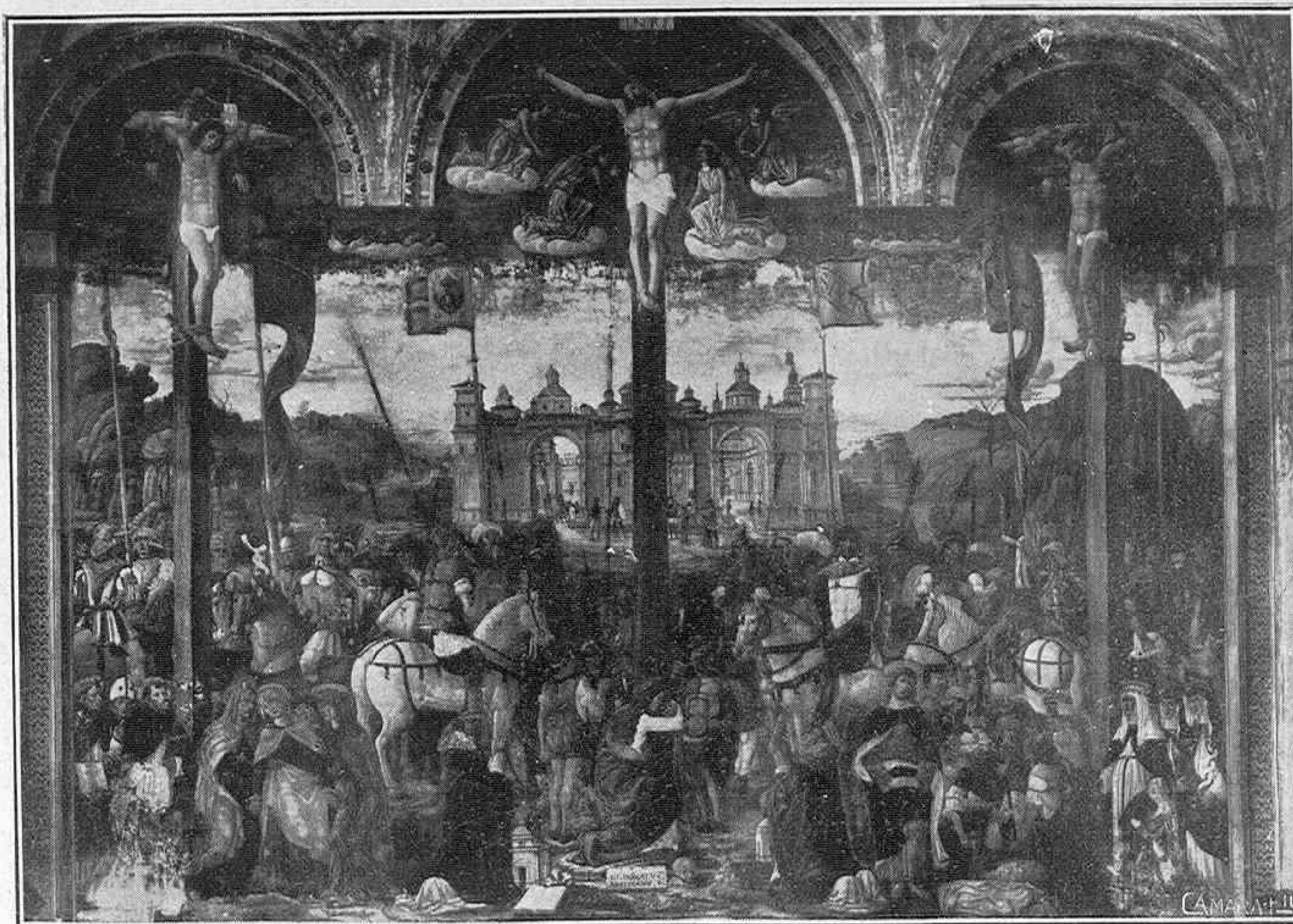
lles curiosos y poco conocidos sobre el monumental *Cenacolo* y su inmortal autor.



Aunque existen pocos datos para precisar la época exacta en que Leonardo empezó á pintar su famosa obra, y el tiempo justo que en ella invirtió, se supone, sin embargo, que no procedió con lentitud y que el origen del monumental *Cenáculo* debe remontarse al segundo tercio del año 1495. Así, al menos, parece desprenderse de dos circunstancias especiales que en aquella época concurren: la predilección de Ludovico

Sforza, el Moro, por el Convento delle Gràzie, al cual dedicó no sólo su fortuna, sino á veces hasta su personal trabajo, y el hecho de que fué en Mayo de aquel año cuando tuvo lugar la proclamación de Ludovico como Duque de Milán. De aquí que se crea que una manifestación de la benevolencia del nuevo Duque y una prueba de su gran amor al convento fuese el confiar al gran Leonardo la decoración de una de las paredes del refectorio de los padres dominicos; creencia cuya verosimilitud parece quedar demostrada por la particularidad de aparecer pintadas en el adorno de la bóveda de *La Cena*, entre frutas y flores, las armas de Ludovico el Moro al lado de las de la familia De Este, á la cual pertenecía la duquesa Beatriz, su esposa.

Establecida así,



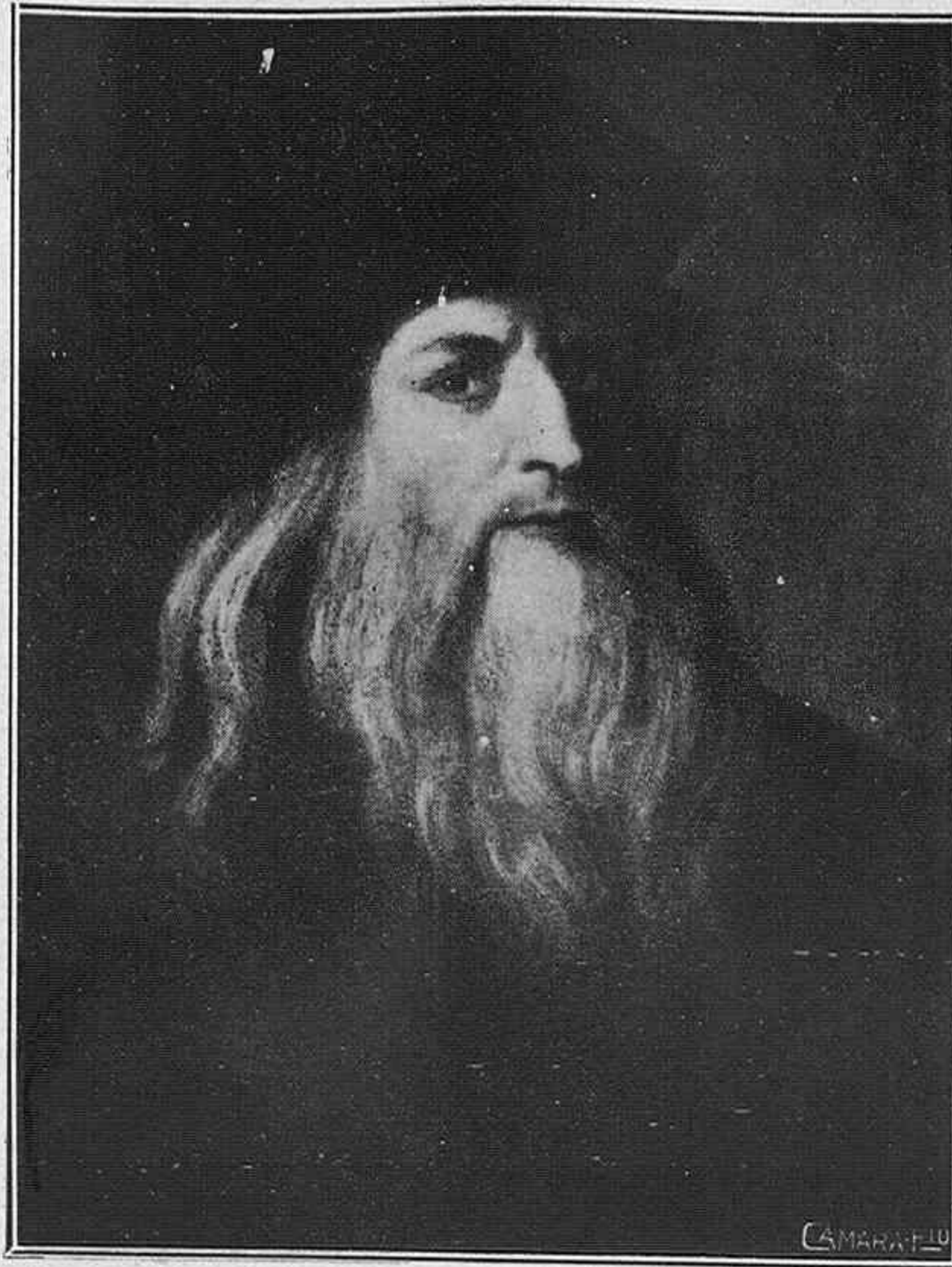
«La crucifixión», notable fresco de Donato Montorfano (1495), que ocupa la pared frontera á la de la «Cena»; en la parte inferior, y á ambos lados, aparecen las huellas de las figuras pintadas por Leonardo que, al igual de las del *Cenáculo*, van desapareciendo lentamente

por estas conjeturas, la fecha del inicio de la pintura, calcúlase que el gran florentino invirtió en realizarla algo menos de tres años, pues si bien—repetimos—aparece confusa la época de su principio, no sucede lo mismo en cuanto á la de su terminación, que data de los primeros meses de 1498 ó de los últimos del año anterior. Varios documentos así lo demuestran. Entre ellos, una nota de gastos del convento «por los trabajos realizados en el refectorio, donde Leonardo pinta los Apóstoles», que lleva la fecha de Noviembre de 1497, y una carta dirigida á Ludovico el 21 de Abril de 1498, en la que se lee: *Lunedì si desarmarà la Camera grande delle asse, cioè da la torre; messero Leonardo promete finirla per tutto settembre*; prueba inequívoca de que en aquellos días dedicóse Vinci á decorar la *Sala delle Asse*, del castillo de los Sforza, de Milán. Por lo tanto, la leyenda de la extremada lentitud con que procedió el pintor parece quedar desvirtuada, pues si se tiene en cuenta, aparte de los forzosos períodos de descanso y las múltiples ocupaciones que pesaban sobre Leonardo en aquel tiempo, la delicada factura de la obra y sus dimensiones extraordinarias—cerca de treinta metros cuadrados (107 brazas cuadradas precisamente)—, tres años no son, en verdad, un lapso de tiempo tan excesivo que permita tachar de inactivo al inmortal pintor, y mucho menos achacarle una lentitud como la que la leyenda nos ha transmitido.

A propósito de esta lentitud, cuéntase que una de las innumerables veces que el prior del convento halló al artista abstraído en sus meditaciones y planeando su maravillosa concepción, en tanto que colores y pinceles permanecían ociosos, el fraile hubo de reprocharle en términos indiscretos su falta de actividad, y aun llegó á dolerse ante el duque de la que él llamaba la gran pereza de Leonardo. Tanto hizo el buen prior llevado de su impaciencia por ver terminado el admirable trabajo, ó acaso contrariado por alguna «genialidad» del pintor, cuyo carácter no toleraba quizá las indiscreciones del dominico, que al fin Ludovico decidióse á llamar á Vinci para exigirle una actividad mayor en su cometido. Leonardo escuchó la filípica en silencio, y á modo de excusa extendióse después en consideraciones sobre su arte, haciendo resaltar las dificultades que todo artista encuentra en la realización de la obra por él concebida.

—Ved, Señor—adujo como ejemplo—: hasta hoy no he logrado superar uno de los escollos que me han tenido ocioso este tiempo y preocupado siempre. Falta en mi obra dos cabezas: la de Cristo y la de Judas. Para trazar la primera desespero ya de encontrar en la tierra modelo que reúna la belleza y la celeste gracia de la divinidad encarnada en la figura del Redentor, y para pintar la segunda, hasta ahora no he descubierto una cara que exprese la ruindad, la hipocresía y la maldad, como yo concibo la de Judas, el traidor... Vencere la primera dificultad implorando del mismo Salvador su divina inspiración... En cuanto al segundo modelo, ya no me preocupa: lo he hallado, y perfecto... Me serviré del prior...

Pocos años bastaron para que grandes y chicos se hicieran lenguas de la nueva maravilla; su fama difundióse de tal manera, que la visita al refectorio de los dominicos llegó á constituir obligada meta de viajeros, á pesar de la borrasca que sobrevino en Milán á la caída de Ludovico y durante el reinado de Luis XII, su sucesor. De aquella época, 1515, data precisamente el primer testimonio escrito acerca del Cenáculo. Es original de



Autoretrato de Leonardo de Vinci, que se conserva en la Galería de Florencia

un personaje del séquito de Francisco I, Pasquier le Moine, quien en el relato de la estancia triunfal del rey en Milán menciona *la cène que nostre Seigneur fist á ses Apostres, paincte en plat á la entrée du refectoire, est une chose par excellence singulière*. Pero dos años más tarde, de entre el cúmulo de elogios que *La Cena* despierta, se eleva la voz del cardenal D'Aragona, que lanza la alarma sobre el destino de la



Detalle del ruinoso estado de la preciada obra pictórica «La efigie del Salvador»

pintura, al escribir en sus notas de viaje que *la Cena picta al muro da Messer Leonardo Vinci che è excellentissima, incomincia a guastarsi non só se per la humidá del muro, o per altra inadvertentia*. El deterioro empieza á manifestarse; la maravillosa pintura amenaza convertirse en una mancha, desaparecer... Y desde entonces, ¡qué lucha titánica para conjurar el peligro, cuyas causas concretas aun hoy se desconocen! ¡Cuántas hipótesis sobre la técnica empleada por Leonardo en la realización de su obra!

El Concilio de Trento emana su famosa reforma, por la que desaparecen de los muros de las iglesias los frescos notables de los siglos XIII, XIV y XV, bajo la capa de cal que á todas partes alcanza. El radical procedimiento pasa de una iglesia á otra: de San Ambrosio á San Sático, á San Pedro; llega al *Convento delle Grazie*, y en él desaparecen bajo la lechada, que nada respeta, los frescos de las paredes longitudinales del refectorio; pero, afortunadamente, se detiene ante los restos venerados de *La Cena*, que no osa tocar, y deja incólume también *La Crucifixión*, de Donato Montorfano, que ocupa el lado á ella opuesto. Queriendo salvar la composición y conservar su fiel recuerdo, el cardenal Borromeo encarga al pintor Bianchi una copia que se conserva en la Biblioteca Ambrosiana. Mientras tanto, la pintura sigue desapareciendo. El pintor inglés Richardson, en su *Tratado de pintura* (Amsterdam, 1728), dice *qu'il ne reste que la simple muraille*. El padre Gallarati escribe que al copiar *La Cena* para Amadeo III de Cerdeña, observa «que, por

estar la pintura tan húmeda como si hubiera llovido encima, tiene que secarla, á veces, con una esponja, y que la superficie se cubre de moho blanquecino cuando no se ventila suficientemente el refectorio»... Y empieza el período de las restauraciones. Ya no se combaten las consecuencias del empleo de la técnica á base de óleo. Se intenta conjurar la humedad, y se culpa á los agentes atmosféricos, á la excesiva aireación y á las exhalaciones de las vivandas del creciente deterioro. Por fin, Miguel Angel Bellotti da principio, en 1726, á la restauración; percibe 500 liras como retribución, y deja á los frailes el secreto del sistema por él empleado. En 1770, el pintor Mazza la restaura de nuevo, y descubre que el misterioso procedimiento de Bellotti no fué otro que el de cubrir de aceite la pintura, con lo que logró refrescar el colorido y unir las partículas disgregadas de la superficie. Veintiséis años más tarde, las tropas invasoras convierten en cuartel el convento; *La Cena*, sin embargo, se salva, pues, según el padre Porro, Napoleón, al admirarla, firma sobre sus rodillas, antes de volver á montar á caballo, la orden disponiendo que el refectorio no se use como alojamiento militar. Mas alejado el caudillo, su orden no se cumple, y los frailes abandonan completamente el convento. Los admiradores de la obra consiguen, á pesar de todo, defenderla, y tapiaban las entradas del refectorio; pero no pueden evitar que los curiosos se introduzcan en él por las amplias ventanas y que, sirviéndose de una escalera de mano, admiren de cerca los detalles de la pintura, apoyando en ella el extremo de la escalera. Restablecida la calma, el pintor Barezzi ofrece un nuevo producto restaurador, y Viena tarda cerca de treinta años en conceder el permiso para que se ensaye. Mongeri descubre luego que el decantado ingrediente es... cola común, y, por último, viene *La Cena* á manos del arquitecto Beltrami, quien transforma el refectorio, dando á las ventanas su forma original y al local las condiciones de ventilación y



Estado actual de conservación de la maravillosa «Cena», de Leonardo de Vinci. Como se ve en la fotografía, está deterioradísima

de luz que tenía en la época de Leonardo. Esto sin descuidar el estudio técnico de las causas de la humedad. Así, en 1904, Cavenaghi limpia una vez más la pintura, labor de la que se encarga después el pintor Silvestri (que en estos días vuelve á su mismo empeño), y mientras, paralelamente, los técnicos siguen estudiando las condiciones del muro; aunque es creencia general que la ruina de la monumental *Cena* debe achacarse, principalmente, á Leonardo, como parece demostrar el hecho de que mientras que *La Crucifixión*, de Montorfano—año 1495—resiste incólume á la acción del tiempo, los dos grupos formados por el duque Ludovico, su esposa y sus hijos—que en actitud devota aparecen á ambos lados en la parte inferior, y que la leyenda atribuye á Leonardo—sufren los mismos efectos y van desvaneciéndose, como las figuras del Cenáculo.

•••••

¿Debe atribuirse el constante deterioro á la humedad del muro? ¿Es efecto de la técnica empleada por Leonardo de Vinci, cuya pasión por las mezclas extrañas, en busca de aceites y barnices que perpetuasen sus obras, está más que demostrada y aun tachada de verdadera manía? ¿Obedecerá, por el contrario, á las consecuencias acarreadas por los dis-



Detalle de algunas de las figuras cuyo colorido amenaza desaparecer (Fots. Molina)

tintos menesteres para que ha servido el refectorio del convento? Misterio. Lo único cierto, lo único evidente, es que quien visita el refectorio no puede contener una exclamación al divisar *La Cena*, que no es la de maravilla que el mérito excepcional de la pintura despierta, sino una exclamación de dolor que aquellos muros han escuchado seguramente millares de veces, expresada en todos los idiomas del mundo, y que bien puede ser ésta:

—¡Qué lástima!

•••••

¿Conjurarán los medios modernos el peligro que se cierne sobre la obra magnífica de Leonardo?

Esperemos que así sea, para que las generaciones venideras admiren, como hoy admiramos, esa grandiosa muestra del talento y de las dotes excepcionales que adornaban al gran florentino, al ser privilegiado que supo abarcar y aun dominar tantos diversos aspectos de la Ciencia y del Arte; al hombre del cual escribió Juan Bautista Strozzi, cuando Florencia lloraba la pérdida del genial artista:

Vinse costui pur solo
Tutti altri; e vinse Fidia, e vinse Apelle
E tutto il lor vittorioso stuolo...

ALFREDO DE MOLINA

Milán, 1929.

ACABA DE PUBLICARSE...

EL SEGUNDO VOLUMEN DE LAS «NOTAS DE UNA VIDA», POR EL CONDE DE ROMANONES

A medida que el tiempo pasa—y cuán rápidamente!—, las figuras políticas suelen perder relieve muy rápidamente también; pero esa ley inexorable tiene una excepción, por lo menos: no reza con el conde de Romanones.

Su alejamiento involuntario, ciertamente, de la política activa y ostensible no ha quitado aún vigor á su silueta, que hace un año aún se acentuó más con la publicación del primer volumen de un libro, «Notas de una vida», del que ahora aparece el segundo tomo, y que tuvo excepcional resonancia. Aquí, donde tan difícil es vender libros, se agotan rápidamente las ediciones de éstos.

Estas notas tienen el sello innegable de la sinceridad: muestran la figura del Conde con nueva luz, y, sobre todo, hacen desear la continuación del interesantísimo relato.

Su lectura contiene muy provechosas enseñanzas, dictadas por la experiencia política, muy rica en datos de realidad vivida. No hemos de seguir al autor—y huelga exponer las razones de nuestra abstención—por ese camino. Reproducimos del libro capítulos ó fragmentos de capítulos pintorescos, pero sin intención política alguna: Los comienzos de una vida ministerial, el primer día de un reinado y alguno más. De lo referido en el capítulo VI, donde está la explicación de sucesos ulteriores, prescindimos, sin embargo, en absoluto.

He aquí ahora algo de lo que, en su segundo libro, escribe el conde de Romanones:

EL PRIMER DÍA DE UN MINISTERIO

LEGÓ la hora deseada. Me parecía un sueño. A saltos subí la escalera de Palacio; no había entonces ascensor.

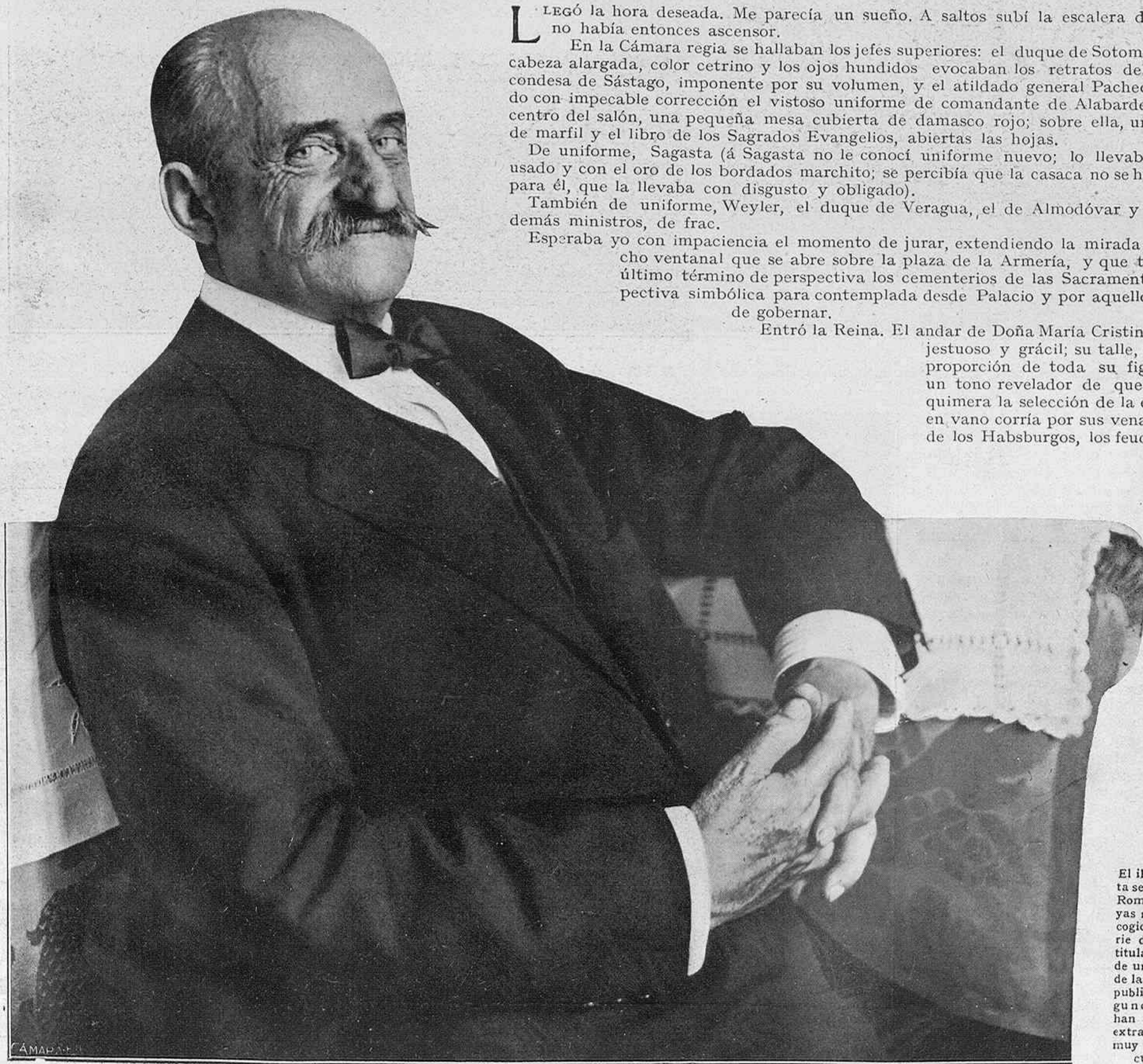
En la Cámara regia se hallaban los jefes superiores: el duque de Sotomayor, cuya cabeza alargada, color cetrino y los ojos hundidos evocaban los retratos del Greco; la condesa de Sástago, imponente por su volumen, y el atildado general Pacheco, vistiendo con impecable corrección el vistoso uniforme de comandante de Alabarderos. En el centro del salón, una pequeña mesa cubierta de damasco rojo; sobre ella, un crucifijo de marfil y el libro de los Sagrados Evangelios, abiertas las hojas.

De uniforme, Sagasta (á Sagasta no le conocí uniforme nuevo; lo llevaba siempre usado y con el oro de los bordados marchito; se percibía que la casaca no se había hecho para él, que la llevaba con disgusto y obligado).

También de uniforme, Weyler, el duque de Veragua, el de Almodóvar y Moret; los demás ministros, de frac.

Esperaba yo con impaciencia el momento de jurar, extendiendo la mirada por el ancho ventanal que se abre sobre la plaza de la Armería, y que tiene como último término de perspectiva los cementerios de las Sacramentales; perspectiva simbólica para contemplada desde Palacio y por aquellos que han de gobernar.

Entró la Reina. El andar de Doña María Cristina era majestuoso y grácil; su talle, flexible; la proporción de toda su figura tenía un tono revelador de que no es una quimera la selección de la estirpe. No en vano corría por sus venas la sangre de los Habsburgos, los feudales y do-



El ilustre estadista señor conde de Romanones, cuyas memorias, recogidas en una serie de volúmenes titulados «Notas de una vida», serie de la que acaba de publicarse el segundo volumen, han despertado extraordinaria y muy justificada curiosidad



S. M. el Rey Don Alfonso XIII á la edad de diez y seis años, en la época á que se refiere el segundo volumen de las «Notas» del conde de Romanones (Fot. Franzen)

minadores señores de la Edad Media. Con un ceremonioso saludo correspondió al que el Gobierno le rendía; sentóse y comenzó el juramento. A Sagasta, según ritual, se lo tomó el ministro de Gracia y Justicia saliente, y Sagasta á los demás ministros, por orden de carteras. Llegó mi turno, me hincé de rodillas, puse la mano sobre los Evangelios, y con verdadera emoción pronuncié el «Sí, juro».

Terminado el acto, la Reina conversó breves instantes con cada uno de los ministros, quedándose á solas con Sagasta, quien recogió la firma de los Decretos nombrando el nuevo Gobierno.

Ejerce la Realeza enorme sugestión sobre las gentes; quizá haya en ello algo de influencia fetichista, ó tal vez un rezago secular de servidumbre del que ninguno se escapa; y no es el concepto teórico de la Monarquía, sino algo plástico, un efluvio desprendido de la Persona Real, lo que influye en todos, aunque en menor grado en cuantos están acostumbrados al trato con los Reyes, sin duda por la propia razón que permite á los sacristanes mayores familiaridades con las imágenes de los Santos.

Cuando llegue en mis recuerdos al viaje del Rey á París en 1913, volveré sobre este tema, pues no son de fácil olvido las demostraciones de fascinación, de adulación y de servilismo que observé, promovidas por la persona de Don Alfonso: en cuantas personas, cualesquiera fuera su condición, encontraba á su paso, todos convencidos republicanos, cuyos antepasados no habían vacilado en llevar al patíbulo á Luis XVI y á María Antonieta.

Los que formábamos el nuevo Ministerio; los que días antes habíamos votado con fruición y jactancia en contra de la boda de la Princesa María de las Mercedes, hiriendo con nuestra actitud los sentimientos de la Reina, ante su presencia y una vez ministros, casi estábamos arrepentidos y avergonzados de lo hecho. Doña María Cristina, sin duda por un ataque de amnesia, había olvidado aquella votación, sus antecedentes y sus consecuencias; que los Reyes son, entre todos los humanos, los más obligados á olvidar ó simular que olvidan, sobre todo cuando la necesidad se impone, y en aquella ocasión se impuso, porque Sagasta y el partido liberal eran la única solución posible, la única salida.

Sagasta sintió siempre por la Reina grande y verdadero

afecto, alabando, sobre todo, la lealtad de su conducta para con los ministros y su resistencia á dejar que hicieran mella en su ánimo las murmuraciones; la Reina nunca abrió los oídos á la calumnia, cosa muy de ponderar cuanto en el ánimo femenino prende con tanta facilidad la insidia.

•••••

Si bien en este volumen de *Notas de una vida* los recuerdos de la política predominarán casi por completo, no puedo pasar en silencio la pasión que, después de la política, ha tenido mayor lugar en mi ánimo, embargando mis días.

Esta pasión ha sido la caza, afición despertada en mí en los primeros años, cuando todavía era niño, y que ha perseverado hasta hoy sin un momento de interrupción ni de descanso.

Se cree que es la afición á la caza un resto de atavismo ancestral, influencia de aquellos tiempos en que el hombre la practicaba como su principal ocupación, por ser el único medio de satisfacer su apetito. Sin duda, la influencia que pesa sobre mí no es la del cazador de fieras en los bosques ni en las cavernas, sino la modestísima de captador del ave sencilla y succulenta que, atravesando el mar, busca el verano de nuestro suelo. Yo, aficionado también á la caza de la liebre, del conejo y de la perdiz, algo á la de las aves acuáticas y muy tardío en haber entrado en la de la caza mayor, he preferido, á todas, la de la codorniz á muestra de perro.

Precisamente en estos años, cuyos recuerdos políticos relato en este tomo, fué cuando esta afición se posesionó de mí, dominadora.

Las he cazado en diversos lugares, mas en ninguno con mayor constancia que en Sigüenza y sus términos vecinos. Son sus vegas las más atractivas de toda España para la avecilla africana. Es difícil para quien no sienta esta afición formarse cabal idea del placer que proporciona. ¡Si será éste grande, que en el rigor del verano, á pleno sol, con más de cuarenta grados de temperatura, me pasaba las horas cazando tras el perro en los rastros y en las caceras! Para cualquier otro, este ejercicio, aunque duro, no envuelve extraordinario esfuerzo; pero para mí... y, sin embargo, lo resistía durante todo el mes de Agosto.

Matar en ojeo un solo cazador doscientas perdices en un día usando dos ó tres escopetas, es cosa hoy frecuente; hace años, esta hazaña se hubiera tomado por quime-



Su Majestad el Rey, acompañado de su augusta madre la Reina Doña María Cristina, en 1902



Una curiosa fotografía hecha por Campúa hace veinticinco años.—S. M. el Rey asistiendo á la inauguración de una obra pública, rodeado de los señores Maura, Moret, Canalejas, conde de Romanones y conde de Peñalver

ra: la vida ha cambiado en todo, y la caza mucho. Entonces, cobrar dos docenas de perdices en una jornada se consideraba como algo extraordinario, hasta el punto de que uno de los mejores aficionados que he conocido, D. José Argáiz, se retrataba ufano con su perra teniendo en la mano este número de perdices muertas por él en una jornada.

Desde el año á que antes me he referido, no perdí Agosto sin cazar en Sigüenza, aun siendo ministro ó presidente del Consejo; ¡quién sabe si alguna vez sacrificué el cumplimiento exacto de los deberes de mi cargo á satisfacer mi pasión por algunas horas!

•••••

Algo diré de los que fueron mis compañeros en esta diversión: ante todo, mis hijos, quienes desde los diez años aprendieron á usar la escopeta, resultando maestros en ella; después, mi nieta Casilda, y como ayudante y experto morralero, uno de los mejores amigos que he tenido: Perico, figura popular en la calle de Madrid bautizada con mi nombre y maestro consumado en el difícil arte de asar chuletas á la parrilla; con esto hizo una fortuna considerable. El buen Perico tenía por mí devoción ciega; mas, acendrado republicano, nunca pude convencerle de que fuera mi correligionario.

Los auxiliares más eficaces que encontré en los pueblos, los que me señalaban los parajes donde la caza era abundante, acompañándome solícitos, eran casi siempre los curas: mis Reales órdenes, las que tanto asustaban al Episcopado y á las damas, no les alejaban de mí; á alguno de ellos, esta amistad cinegética le ayudó, además

de su talento y virtud, á sentarse en el coro catedralicio.

•••••

Anotado queda la afición que más ocupó mis ocios y mis días; sería torpe olvido no recordar siquiera algo referente á las cacerías reales, de las que fuí, en tiempos, asiduo invitado.

Comenzó el Rey á practicar el uso de la escopeta apenas tuvo nueve años, afición la más destacada de la estirpe borbónica.

Las crónicas nos cuentan con interesantes detalles de qué modo la pasión de la caza ha dominado en todo tiempo á las testas coronadas; ¡quién no se ha solazado con los detalles pintorescos atribuidos á Carlos IV, y no recuerda aquella frase solemne anotada por un embajador: «hoy he matado un lobo, hoy no he perdido el día!»; y las proezas de los Austrias de España, de los Borbones de Francia, para quienes también la caza era el principal solaz y entretenimiento de su vida!

Y en la época moderna, ¿cómo no recordar las hazañas cinegéticas del Kaiser, de los Reyes de Inglaterra, de los Escandinavos y del malogrado Carlos de Portugal?

A todos, puede decirse sin lisonja, ha superado en destreza D. Alfonso, hoy la mejor escopeta de España (1).

Manejando á la vez tres, produce maravilla verle en los ojeos abatir por centenares las perdices y los faisanes, sin que desmerezca su habilidad cuando con el rifle se dedica á balear sobre los venados, los jabalíes y los corzos.

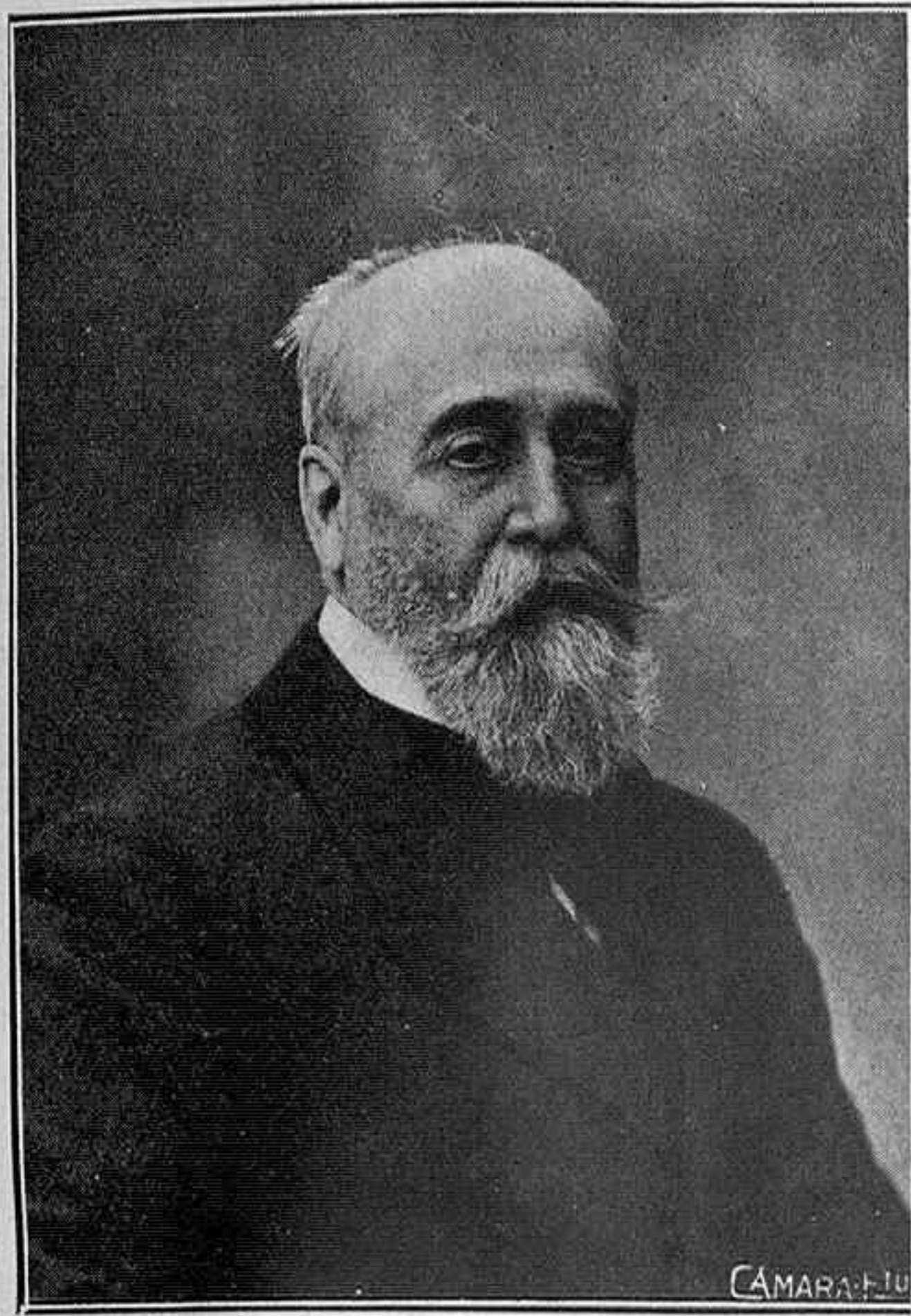
(1) Lo dice el padre del marqués de Villabrágima.

Cuántas piezas ha matado el Rey, llévalas cuidadosamente anotadas en un libro; la primera creo fué una astuta urraca; la segunda, un conejo, y la tercera, una paloma. Es posible que en el Mundo no haya otro cazador que pueda hacer gala de una estadística tan variada y copiosa.

Como todos los cazadores, tiene el Rey un *fetiché*; es éste un sombrero tirolés verde, cuyo fieltro está atravesado por más de un perdigón que no respetó á su Real persona.

Las cacerías del Rey son tan conocidas, y la prensa gráfica las ha reproducido en tal profusión, que no quiero entretener al lector con nuevas descripciones de ellas.

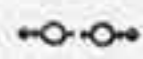
En las leyes de *Partidas*, Alfonso el Sabio dejó descritos los ejercicios en que debían ocuparse los reyes y los hijos de reyes, y al referirse á los de la caza, los ensalza y determina de tal forma, que no resisto á copiar algunos de sus admirables consejos: «En la caza—dice—, la juventud se desenvuelve, cobra fuerzas y ligereza; se practican las artes militares; se reconoce el terreno; se mide el tiempo de esperar, acometer y herir; se aprende el uso de los casos y de las estratagemas. Allí el aspecto de la sangre vertida de las fieras, y de sus disformes movimientos en la muerte, purga los afectos, fortalece el ánimo, y cría generosos espíritus que desprecian constantemente las nubes del miedo. Aquel mudo silencio de los bosques levanta la consideración á acciones gloriosas, y ayuda mucho la caza á menguar los pensamientos, é la saña, que es más menester al Rey que á otro *home*. «E sin todo aquello da salud; ca el trabajo que se toma, si es con mesura, face comer, é dormir bien, que



DON SEGISMUNDO MORET

es la mayor cosa de la vida del home»; y concluye con esta, como de él, sabia advertencia: «Que non debe meter tanta costa, que mangüe en lo que ha de cumplir, nin use tanto della, que le embargue los otros fechos» (1).

He cazado en todos los cotos reales: en la Casa de Campo, El Pardo, La Granja, Ríofrío y Aranjuez. También he tomado parte en cacerías dadas en honor del Rey; durante muchos años no he faltado á las del castillo de Mudela, el primer criadero de perdices de España; en Láchar, del duque de San Pedro; el Rincón, de la marquesa de Manzanedo; en Hornachuelos, con el inolvidable marqués de Viana; en las de los marqueses de Bolaños y de Monteagudo, y en algunos otros.



Por concurrir con frecuencia á estas partidas de caza hombres políticos de primera fila, la gente solía creer que en las conversaciones mantenidas con el Rey se preparaban acontecimientos de importancia: no niego el supuesto; pero, por lo general, de lo que menos se hablaba era de *res pública*, y sí mucho de toda clase de *reses*. Durante muchos años fué el verbo inagotable, genial y *sui generis* de ellas el marqués de Villaviciosa, quien sostenía el interés de la conversación durante largas horas.

Una vez, allá por el año once, siendo presidente del Consejo Canalejas y yo del Congreso, fuimos invitados á una señorial mansión, en un cazadero imponderable. A pesar de su gran ingenio y de su experiencia de la vida, anduvo Canalejas un tanto desconcertado, pues se daba cuenta de que la malicia de algunas de las escopetas intentaban en la conversación convertirle en blanco principal de sus tiros; y lo hubiesen logrado, á no impedirlo el Rey, piadosa y discretamente, cortando y desviando peligrosos temas.

Muchos hombres políticos del antiguo Régimen eran aficionados á la caza; como D. Francisco Silvela, Gamazo, Maura, Villaverde, Barroso, Sánchez Guerra, etc. También lo fué Sagasta, mas sólo por poco tiempo. Según nos refería, desistió de la afición por haber dado muerte al perro más estimado de uno de sus amigos al tirar á una codorniz.

Los más de ellos buscaban en ella sólo el solaz del campo; así, Silvela en las cacerías no dejaba de la mano un libro: cazador que se dedica á la lectura no es buen aficionado. Maura, á veces, abandonaba los ojeos para dedicarse á

la acuarela. Maura era bastante buen tirador. El primer marqués de Estella reunía todas las condiciones del verdadero cazador, y había practicado la caza durante toda su larga vida; pocos como él amenizaban la conversación con anécdotas cinegéticas y comentarios mundanos y políticos.

Para el militar como para el político, es la caza adecuado y conveniente ejercicio, y para todo el que luche, pues el éxito de la lucha estriba siempre en la más certera puntería.

EL PRIMER DÍA DE UN REINADO

Sagasta decidió revistiera el acto de la Jura máxima solemnidad, para que el Monarca y el pueblo se dieran cabal cuenta de toda su trascendencia é importancia. Por eso se fijaba en los más pequeños detalles: así, habiendo encargado á Moret de redactar la alocución del Rey al pueblo para ser publicada inmediatamente después de la jura, no obstante lo impecable del documento, leído éste en Consejo de Ministros, le dió algún retoque.

El 17 de Mayo, día luminoso de primavera, el Gobierno entero, de uniforme, esperaba al Rey en la amplia escalera de piedra del Congreso. Llegó éste con su fastuosa comitiva en las magníficas carrozas arrastradas por tiros de caballos ujosamente enjaezados.



EL GENERAL WEYLER



DON PRAXEDES MATEO SAGASTA



EL DUQUE DE ALMODOVAR

La muchedumbre se apiñaba clamorosa en los alrededores del Congreso y llenaba todas las calles del tránsito. Acompañaba al Monarca su augusta Madre. Al penetrar en el Salón de Sesiones fueron saludados con entusiasmo jubiloso.

Presidía el acto el marqués de la Vega de Armijo, prócer liberal de larga historia; á él le correspondía, no tomar el juramento al Rey, porque al Rey no se le toma juramento, lo presta espontáneamente, sino pronunciar la fórmula de ritual.

Ya dijo Cánovas que el Rey no presta juramento para ser Rey, sino por serlo.

El silencio era imponente. Don Alfonso, poniendo la mano derecha sobre el libro de los Santos Evangelios abierto, con voz llena y dicción rotunda, pronunció el juramento, estallando larga salva de atronadores aplausos. Fué un instante de emoción intensa.

Desde el Congreso se trasladó el Monarca á San Francisco, cantándose un solemnísimo *te-déum*, y desde allí regresó á Palacio, donde todos, y más aún Sagasta, llegamos rendidos por el cansancio y el calor después de cinco horas de tener puesto el uniforme.

Apenas de nuevo en presencia del Rey, el presidente del Consejo declinó los poderes recibidos de la Reina. Don Alfonso, como estaba previsto, se los confirmó plenamente, prestando ante él juramento el mismo Gabinete.

Cuando creímos terminada la penosa y magnífica jornada y nos disponíamos á retirarnos, el Rey, alegre y satisfecho y, sin duda, deseoso de entrar en el ejercicio de sus funciones, propuso celebrar en el acto Consejo de Ministros. A Sagasta no le entusiasmó la proposición; mas, no pudiendo rechazarla, pasamos á la estancia donde los Consejos se celebran. Por cierto, una de las más tristes y frías de Palacio: en los tiempos en que no había calefacción general, en ella se sentía frío, no obstante el fuego que ardía en su monumental chimenea.

Tomó asiento el Rey en la cabecera de la larga mesa de nogal á cuyos lados se colocan los ministros, y dió comienzo el Consejo, primero del reinado efectivo de Don Alfonso. Tras breves palabras de salutación de Sagasta, dichas con voz apagada, reveladoras de su fatiga, el Rey, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa que presidir ministros, con gran desenvoltura, dirigiéndose al de la Guerra le sometió á detenido interrogatorio acerca de las causas motivadoras del cierre decretado de las Academias militares.

CONDE DE ROMANONES

(1) L. 22, Tit. 5, Part. II.

Elegancias



Sombrerito de fieltro, color «beige»
(Modelo Rose Valois)



Toca de fieltro negro
(Modelo Luzy White)



Sombrero de terciopelo con cinta de seda
(Modelo Marcelle Roze)



Sombrero de fieltro adornado con trencilla
(Modelo Marcelle Roze)

Los trajes estivales tienen un encanto especial. Los tejidos, los colores, los dibujos, todo ofrece á la mujer una nota alegre y optimista. Nada ofrece un conjunto tan pintoresco como una playa de moda á la hora del mediodía cuando el sol pone sobre la tierra su luz más intensa.

Los creadores de la Moda han tenido este verano inspiraciones geniales. Sus modelos son juveniles, como nunca. Pocas complicaciones en lo que se refiere al corte; sencillez extremada. Una alegría desbordante en el color; estampaciones brillantes y luminosas. Crespón de China, *georgette*, muselina, vuela, telas sutiles y ligeras que imprimen á la figura una silueta alada y vaporosa.

Faldas de amplios vuelos, ajustados los cuerpos al talle y muchos boleros ó pequeñas casacas rectas del mismo tejido, con guarniciones de lencería en los puños y cuellos; pero de una lencería exquisita trabajada con una minuciosidad y buen gusto sin límites.

Para este mes de Septiembre, y para llevarlos sobre los trajes estampados, hay unos lindos abrigos de *cheviote* ó *kasha* muy ligeros.

El *tailleur* de *jersey* se llevará más adelante.

Su corte será clásico é irá acompañado de unas blusas sencillas en apariencia, pero muy trabajadas en realidad.

Hay un *tailleur* de crespón, raso negro, con chaleco ó blusa de crespón blanco, que es exclusivo para la tarde.

También hay para esta hora un modelo de *taffetas* ligerísimo, con volantes plisados y dispuestos en forma de serpentín.

Para cultivar el deporte hay múltiples conjuntos á cual más bonitos, con los cuales la mujer halla nuevo motivo para triunfar con su poderosa coquetería.

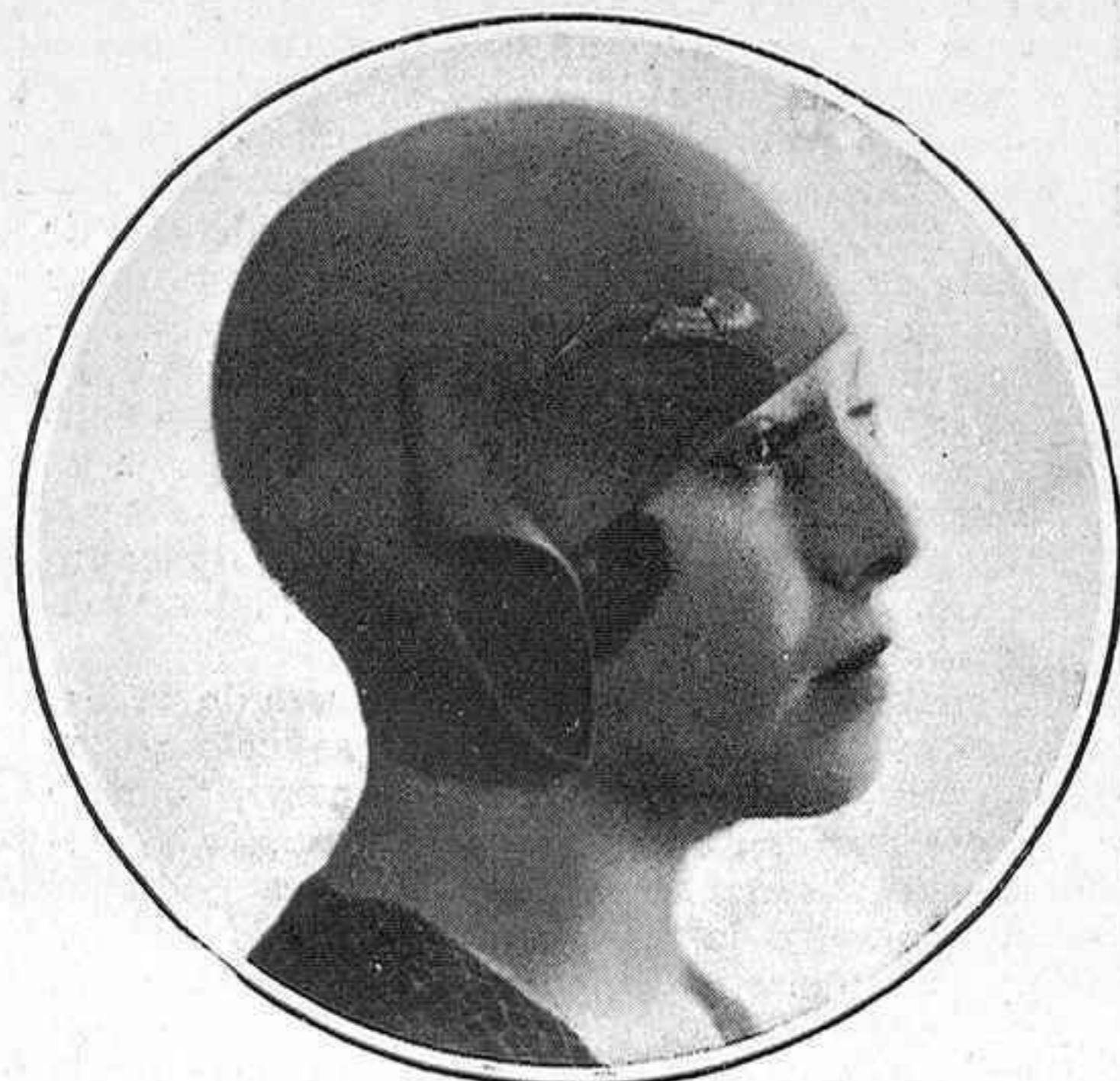
Como el calor se deja sentir todavía con fuerza, se adoptan para estas confecciones el *surah*, el crespón *marocain* y otros tejidos similares aún más ligeros, tales como el *chemisier* con dibujo menudo y colores pastel.

Respecto á las hechuras, hay poca variación: faldas con pliegues profundos, plegados anchos, plisados y grandes tablas; los cuerpos inspirados en las camisas varoniles, unos con el aditamento de una corbata; otros con una especie de *écharpe* de la misma tela; los más con un gracioso cuello de organdí bordado de *plissé*.

ANGELITA NARDI



Vestido de seda estampada con bieses de seda azul marino



Toca de fieltro rojo con un motivo de pedrería
(Modelo Louise Liana)
(Fot. Hugelmann)



Fieltro gris guarnecido de cinta negra
(Modelo Paraf)
(Fot. Manuel Frères)



LOS AUTOMOVILES GRAHAM-PAIGE

con transmisión de cuatro velocidades, son admirados en todas partes por su elegante presentación, rendimiento más perfecto y mayor valor intrínseco. Tenemos un coche dispuesto para que usted lo conduzca.

DISTRIBUIDORES:

Albacete: D. Estanislao Ibáñez (garage Ibáñez), calle de Alfonso XII, núm. 4.—**Barcelona:** A. S. E. S. A., Paseo de Gracia, 28.—**Badajoz:** D. Luis Plá y Alvarez, Martí Cansado, 5.—**Bilbao:** Sres. Rotaeché y Elorduy, Gran Vía, 42.—**Ceuta:** Sres. Romani López y Compañía, Primo de Rivera, 37.—**Coruña:** Sres. Labarta y Vaamonde, S. L., Linares Rivas, 36.—**Granada:** D. J. Rubio Márquez, Gran Vía, 48.—**Madrid:** A. S. E. S. A., Alcalá, 69.—**Melilla:** D. Jacob de J. Salama, Alfonso XII, núm. 2.—**Oviedo:** Garage Blanco.—**Sevilla:** D. José Luis Mauri, Plaza del Pacífico, 3.—**Valencia:** D. José Serratos, Pintor Sorolla, 23.—**Zaragoza:** Otama, Costa, 8.

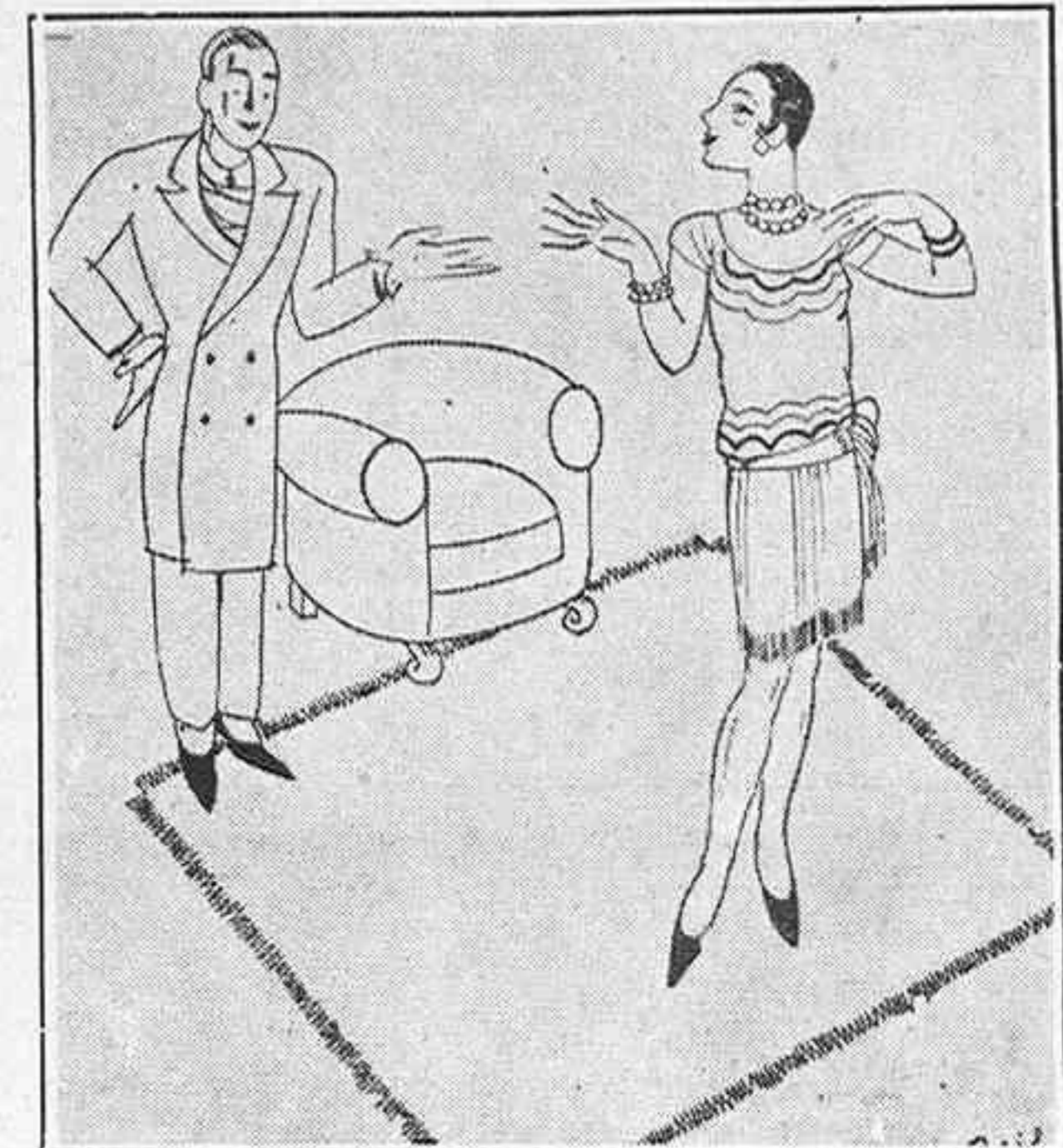


El reloj anunciador por horas

He ahí una nueva modalidad curiosa del anuncio puesta en práctica por una agencia alemana. Trátase, según parece verse en la adjunta fotografía, de un reloj expuesto en el Parque Zoológico de Berlín, que en vez de manecillas, señala por medio de cifras móviles las horas y los minutos.

Esta clase de relojes no es realmente una novedad, puesto que ya existen numerosos modelos de relojes llamados «de salto»; lo nuevo es la aplicación del sistema á la publicidad, puesto que debajo de cada cifra móvil, en los cuadros de horas y minutos, va inscrito un anuncio comercial que dura una hora ó un minuto, según el precio contratado por la agencia.

NOTA CÓMICA



El.—Quedas invitada á mis bodas de oro.
Ella.—¡Cómo! ¿Qué bodas de oro?
El.—Sí, mujer. ¿No ves que me caso con una millonaria?
(De Acilu, en «Buen Humor».—Madrid)

Agotada la primera tirada de
**LO QUE CURA
Y CÓMO CURA**
EL DR. ASUERO

POR
A. GONZÁLEZ

se ha puesto á la venta una
segunda edición

Pedidlo á corresponsales de
PRENSA GRAFICA
* * y buenos librerros * *

*Un sexteto de
pesos pesados*

COMPÓNENLO la ya famosa familia West, ricos industriales norteamericanos que durante la temporada invernal de baños han constituido la *great attraction* de la playa de Los Angeles (California).

Ofrecen los West la chocante particularidad de que todos sus individuos presentan una tal exuberancia de tejido adiposo que totalizados los pesos de la familia, suman 730 kilogramos. El as de la gordura *westeliana* es el joven Leonardo (á la derecha de la fotografía), que pesa 217 kilogramos, siguiéndole en importancia su hermanito Bernardo, que excede de los 170. Como los orondos West acostumbraban á bañarse al mismo tiempo, se ha atribuido á esa nefasta coincidencia acuática las grandes mareas que durante el pasado invierno asolaron las costas de California. Pero huelga decir que nadie se ha atrevido á decirselo cara á cara á los interesados, ante los peligros de un ataque en masas compactas.



PARIS

BUENOS AIRES

JANSEN

DÉCORATION

ANTIQUITÉS

EXPOSICIÓN DE BARCELONA

*Un representante está a la disposición
de la clientela en el*

PABELLÓN ALFONSO XIII

CASA VILCHES

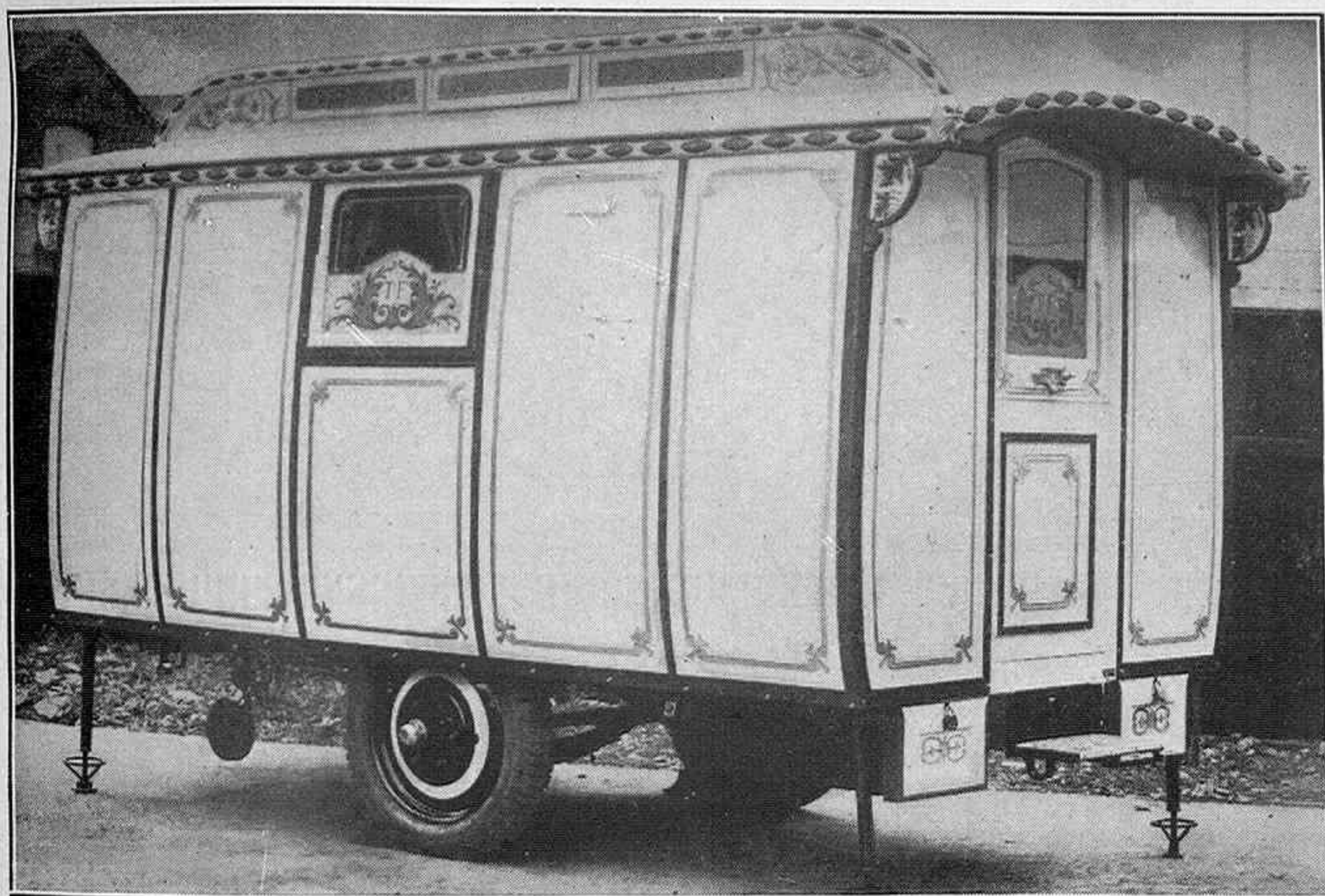
GRABADOS
MARCOS
LIBRERIA DE ARTE
OBJETOS PARA
REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5
(Gran Vía)
MADRID



Una biblioteca encadenada

La biblioteca de la catedral de Hereford (Inglaterra) es de un valor inestimable, debido al gran número de códices que posee, la mayoría de ellos procedentes del siglo VII, época de la construcción de dicha basílica. Fue ésta, en efecto, fundada en el año 676, favoreciéndola con grandes donaciones San Etelberto, rey de los ingleses orientales en tiempos de la heptarquía anglosajónica, y que hubo de perecer á manos de Ofa, rey de los mercios, en el año 793. El cuerpo de este santo monarca descansa en la catedral á él dedicada, siendo objeto de gran veneración, pues se cuentan muchos milagros debidos á su intercesión. Como la referida biblioteca es muy frecuentada por bibliófilos y eruditos, y resulta difícil á los encargados de la vigilancia discernir quién acude allí por afán de saber y quién por *afanar* lo que se pueda, el Municipio de la ciudad ha ordenado que todos los valiosísimos códices y manuscritos estén sujetos á los plúteos de la librería por fuertes cadenas de acero. Nuestra fotografía presenta una de las secciones de la referida biblioteca, después de adoptarse la previsorá medida á que hemos hecho referencia.

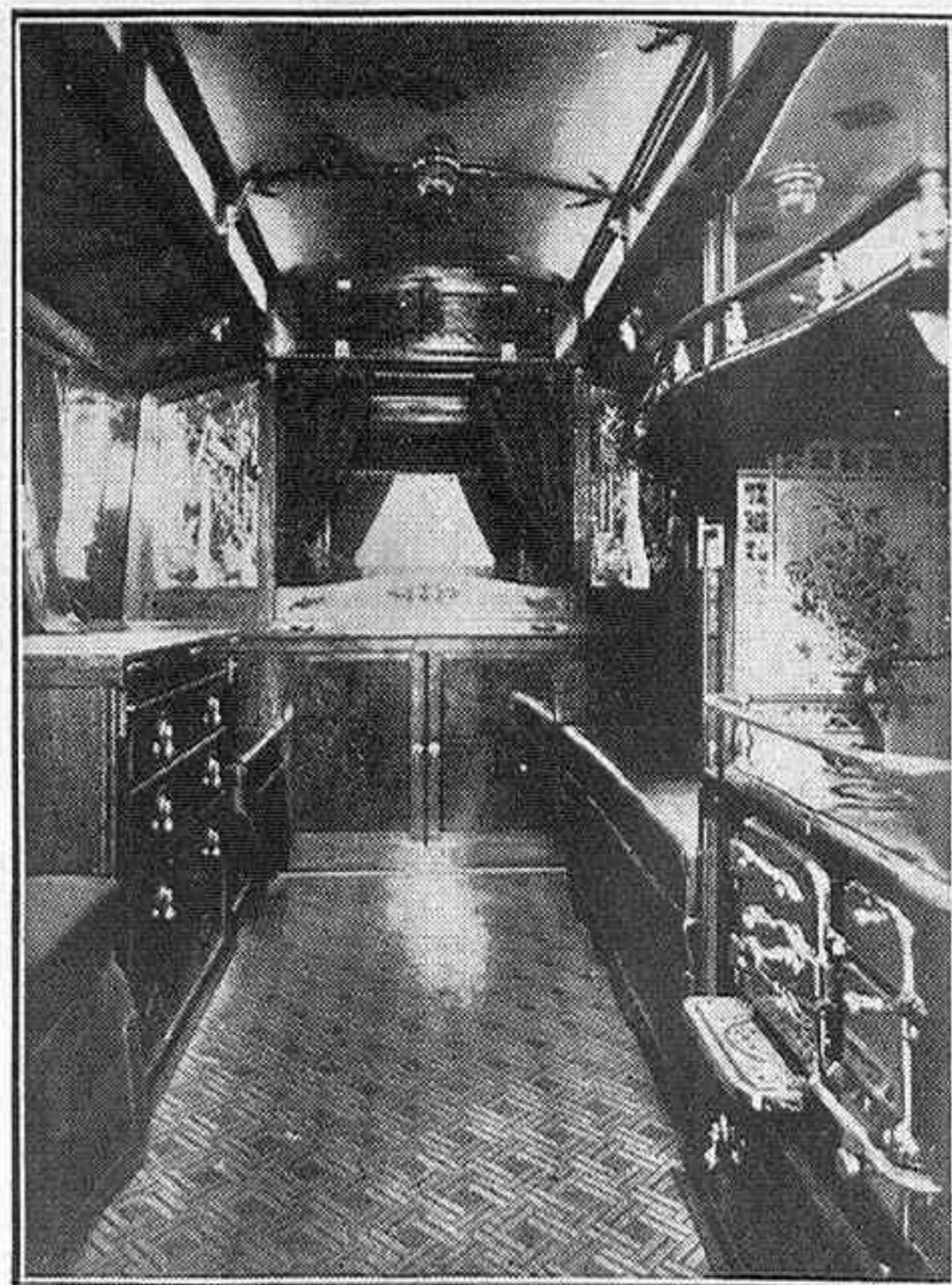


El «auto-home» y sus ventajas

Una casa constructora de carrocerías de Birmingham, teniendo en cuenta lo que va extendiéndose entre los automovilistas la afición al campo y á las grandes excursiones, ha ideado el modelo de *roulotte* remolcable que muestran los adjuntos grabados. Este utilísimo aditamento del automóvil de turismo, une á su elegante aspecto exterior todas las comodidades de instalación de un *home* confortable, adaptadas á las exigencias del pequeño espacio disponible. En el interior de la *roulotte* van emplazados el comedor, la cocina eléctrica y dos literas; todo ello lujosamente decorado y en extremo práctico. El vagón remolcable, llamado por sus constructores *Auto-Home*, es, como puede suponerse, bastante caro.

Pero si se calcula lo que ha de economizar á su poseedor en gastos de hoteles y en molestias, y ello sin contar con la libertad que proporciona en cuanto á la elección de sitio donde acampar el turista, se convendrá en que una circunstancia sirve de compensación á la otra. En la actualidad circulan ya por las carreteras inglesas bastantes remolques de este modelo, destinados á

hacer ruda competencia á los fondistas y *restaurateurs* de tarifas elevadas para las aves de paso.



BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

Se ha puesto á la venta
en toda España

LA VIEJA FURIA

Una brillante temporada
del fútbol hispano

Documentado comentario á los grandes éxitos de la selección española sobre los equipos de Portugal, Francia é Inglaterra, con un prólogo interesantísimo de
JOSÉ MARÍA MATEOS
y numerosas fotografías, original de

“JUAN DEPORTISTA”
Precio: UNA peseta

La «Rolmónica», capricho de las damas



No toda reunión de muchachas aficionadas al baile puede permitirse el lujo de una pianola para sus holgorios coreográficos. Considerándolo así, un inventor alemán acaba de lanzar al mercado la Rolmónica, pequeño instrumento que resuelve el problema de proporcionar música bailable con escaso esfuerzo por parte del ejecutante y con pequeño desembolso. La Rolmónica lleva en su interior un minúsculo rollo perforado, como el de los grandes aparatos de música. Insuflando aire en el interior del instrumento, un minúsculo motor eléctrico hace girar el rollo y produce el sonido, en todo semejante al de una armónica de voces potentes. Los matices y las variaciones de tiempo se obtienen mediante varios pequeños resortes, fácilmente manejados por el ejecutante. Los rollos contienen música de baile exclusivamente, y cuestan muy barato, no siendo tampoco muy elevado el precio del aparato musical, que, sin duda, está llamado a popularizarse entre el elemento joven femenino.

La población judía en el Mundo

Una revista alemana publica la interesante estadística siguiente acerca de la distribución en el mundo de la raza judía:

Polonia:	3.300.000
Estados Unidos:	3.100.000
Rumania:	650.000
Hungría:	450.000
Austria:	300.000
Lituania:	250.000
Holanda:	110.000
Ukrania:	3.300.000



Rusia:	900.000
Alemania:	540.000
Checoslovaquia:	450.000
Inglaterra:	300.000
Sudslavia:	200.000
Palestina:	110.000

Dichas cifras parciales dan un total de 15.430.000 hijos de Israel distribuidos en el planeta, siendo Polonia, los Estados Unidos, Ucrania y Rusia los que mayor población judía cuentan.

.. Por eso

la Cafiaspirina no falta en mi mesita de noche, pues tanto a mi como a mis familiares nos prestó y sigue prestándonos verdaderos beneficios. Yo podría llenar un libro de testimonios favorables a esta bendita combinación química, ya que estoy satisfechísima y agradecida a sus indiscutibles méritos curativos.

.. Así opina uno entre tantos otros.
Pero Vd. mismo se convencerá.



La Cafiaspirina cura infalible y rápidamente los dolores de cabeza, de muelas y de oído.
La Cafiaspirina es especialmente eficaz contra la jaqueca y las neuralgias.
La Cafiaspirina alivia las molestias periódicas de la mujer.

Y también detiene sus enojosos dolores.

La



CAFIASPIRINA

nos trae el bienestar, despeja nuestro cerebro y no ataca el corazón ni los riñones.